

Bianca

Hermanos Sabbatini

Divorcio para dos

Melanie Milburne

Divorcio para dos
Melanie Milburne
2º Serie Hermanos Sabbatini



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

Melanie Milburne

ONE LAST NIGHT



Argumento

Los Sabbatini siempre jugaban a ganar, el fracaso no era una opción.

Cuando Maya conoció a Giorgio Sabbatini, él la rescató de la soledad en la que vivía. Por eso le costó tanto tomar la decisión de divorciarse de él.

Giorgio, que pertenecía a una poderosa familia que podía equipararse con la misma realeza, sentía el deber de perpetuar el linaje. Por eso, Maya, incapaz de darle el hijo que él tanto deseaba, comprendió que no le quedaba otra salida que la separación.

Pero la tinta de los papeles del divorcio aún no se había secado cuando, después de una loca y desenfrenada noche de pasión, se produjo una noticia sorprendente…

Capítulo 1

MAYA contempló sorprendida las dos marcas azules de la varilla y sintió como si una mano invisible le apretara la garganta impidiéndole respirar. Positivo.

Se sentó en el borde de la bañera. Le temblaban las piernas. Un rayo de esperanza brilló por un instante en su mirada, pero desapareció en seguida.

No podía ser cierto. Oveja Negra

Respiró profundamente y echó una ojeada de nuevo a la varilla. Parpadeó incrédula un par de veces. Las marcas seguían allí, en el mismo sitio.

Sonó de repente el timbre de la puerta. Se levantó con el corazón en un puño y escondió el test de embarazo en el cajón del lavabo que tenía al lado. Suspiró hondo tratando de recobrar la calma.

Gonzo estaba ya ladrando muy eufórico, pero ella no necesitaba el olfato del animal para saber quién estaba al otro lado de la puerta. Nadie llamaba de esa manera más que Giorgio Sabbatini, el hombre del que estaba a punto de divorciarse. Era muy dominante y no acostumbraba a admitir un no por respuesta.

Trató de poner la expresión más fría y distante que pudo antes de abrir la puerta.

–Gior… Giorgio –dijo ella tratando inútilmente de ocultar su nerviosismo–. Creí que habíamos acordado que mandarías a una persona del servicio a recoger a Gonzo.

–Lo pensé mejor y decidí venir yo en persona –respondió Giorgio, inclinándose hacia el perro para acariciarle las orejas–. Me sorprende encontrarte en casa –dijo incorporándose de nuevo y mirándola con ironía–. Supuse que estarías con tu nuevo amante inglés. ¿Cómo se llama éste de ahora…? ¿Hugh…? ¿Herbert…?

Maya se mordió el labio inferior por dentro, arrepintiéndose una vez más de aquella cita estúpida que había tenido con un compañero de su clase de yoga.

–Howard –dijo ella, de mala gana–. Y no pasó ninguna de esas tonterías que salieron en la prensa.

Giorgio arqueó las cejas en un gesto de cinismo.

–¿Así que no es verdad que te arrancó el vestido a la entrada de tu apartamento y luego protagonizasteis un buen escándalo?

Maya lo miró como si quisiera fulminarle con la mirada y cerró la puerta de golpe.

–No –replicó ella–. Eso es más propio de tu estilo.

–Creo que tratas de engañarte a ti misma, *cara*, tú nunca hiciste nada conmigo contra tu voluntad –dijo él con una sonrisa indolente.

Ella sintió un escalofrío, a la vez que un calor intenso entre los muslos, al recordar los momentos de placer vividos a su lado. Se dio la vuelta para que él no viera el rubor de sus mejillas, recordando avergonzada su conducta la noche de la boda de Luca, el hermano de Giorgio. No sabría decir a ciencia cierta cómo habían llegado a aquello. ¿Habría sido efecto del champán o del dolor de la separación? Tal vez sólo había sido sexo, nada más. No había que buscarle más explicaciones. Al menos, seguro que eso era lo que habría sido para él. Lo más probable era que se hubiera acostado con varias mujeres desde su separación. A juzgar por lo que publicaba la prensa del corazón, estaba saliendo actualmente con una modelo de lencería que trabajaba en Londres. Aquella noticia había sido para Maya como si le hubiesen clavado un puñal en mitad del corazón, pero no quería por nada del mundo que él se diera cuenta de su sufrimiento.

Sintió su aliento en la espalda. Sin duda, se estaba acercando a ella. Era el perfume inconfundible de su loción de afeitado con fragancia de limón mezclado con su propio olor masculino. A pesar de su esfuerzo, todos sus sentidos se pusieron en alerta, como a la espera de algo imprevisto. Y en efecto, cuando él puso las manos sobre sus hombros y la rozó por detrás de la espalda con su cuerpo, creyó sentir que el corazón cobraba un ritmo desacompasado y los pulmones se quedaban sin oxígeno.

–¡Qué bien hueles, *cara*! –dijo él inclinándose hacia ella hasta casi rozarle el cuello con los labios–. ¿Es un perfume nuevo?

–Aparta las manos de mí, Giorgio –dijo ella sin saber bien de dónde había sacado las fuerzas necesarias para pronunciar esas palabras.

«Si no, me daré la vuelta y caeré rendida en tus brazos una vez más, como siempre», pensó.

Giorgio mantuvo las manos en sus hombros sólo una fracción de segundo más antes de retirarlas.

Pero fue suficiente para que ella sintiera un nuevo vuelco en el corazón.

Estaba tan cerca de ella, que su aliento le movía el pelo. Se lo había recogido provisionalmente en la nuca en forma de moño, pero se lo había soltado al ir a abrir la puerta y le caía ahora como una cascada de oro por los hombros.

–Debo recordarte que seguimos casados legalmente hasta que no se firme el último papel de nuestro divorcio –afirmó él–. Hasta entonces, deberíamos aprovechar el tiempo de la mejor manera posible.

Ella sabía lo que querían decir aquellas palabras y eso le dolía aún más que lo de la modelo de lencería. Él no estaba hablando de salvar su matrimonio, sino su fortuna. Los Sabbatini eran una familia

italiana muy rica y poderosa. Podían considerarse los verdaderos reyes de la nación. Al casarse cinco años atrás, no había firmado ningún tipo de acuerdo matrimonial o régimen económico. Simplemente, se dejó guiar por una ley no escrita, pero que regía desde siglos entre los miembros de esa familia: cuando un Sabbatini se casaba era para toda la vida. Ella se preguntó si alguno de aquellos matrimonios habría sido capaz de sobrevivir teniendo que soportar todos los sufrimientos por los que ella había pasado.

Lo dudaba mucho.

Se armó de valor y se dio la vuelta. Lo miró fijamente a los ojos, a esos ojos inescrutables, misteriosos y tan oscuros como la noche.

–¿Qué quieres de mí? –le preguntó ella.

Él comenzó a dibujar, sobre sus hombros, unos pequeños círculos con los pulgares. Ella sintió que podría comenzar a derretirse en cualquier momento. Trató de dominarse, apretó los dientes y trató de apartarse de él poniendo las manos sobre su pecho.

–¿Quieres dejar de tocarme de una vez? –dijo ella aparentemente muy enfadada.

Él, sin apenas esfuerzo, le tomó las dos manos con una de las suyas, igual que si fuera una niña.

–Estuvo bien lo de la otra noche, *¿sì?* Fue formidable, no recuerdo nada mejor, ¿y tú?

Maya no podía hablar, tenía un nudo en la garganta. Sí, aunque no quisiera reconocerlo, había sido una noche memorable. Habían hecho el amor de forma desenfrenada, sin complejos ni inhibiciones. Sin preocuparse de temperaturas, ni gráficos de ovulación, ni inyecciones de hormonas… Sexo, sin más, en estado puro, a la vieja usanza, con la única salvedad de que no lo habían hecho en la cama.

Pero, ¿y aquella visita?, se dijo ella. ¿Pretendería revivir aquella ardiente noche de pasión o sería sólo una tregua para salvaguardar su patrimonio?

–Giorgio… fue una noche loca, una estupidez por parte de los dos –dijo ella, desviando la mirada y dirigiéndose al salón.

Era pronto para decírselo. Podía traer mala suerte, como ya había pasado antes. ¿Cuántas veces había contemplado, con una sonrisa, la varilla del test de embarazo para ver luego, sólo dos semanas después, todos sus sueños rotos, como una pieza valiosa de porcelana que se cae al suelo? ¿Por qué iba a ser ahora diferente? Sí, era mejor no decirle nada. Así, Giorgio podría al menos rehacer su vida con otra mujer que le diera lo que tanto deseaba. Ambos quedarían libres para rehacer sus vidas. Ya habían perdido cinco años con aquel matrimonio. Él tenía ya treinta y seis. La mayoría de los amigos de su edad tenían ya dos o tres hijos.

Y ella no le había dado ninguno. Giorgio la siguió al pequeño

salone. Maya sintió su aliento y su mirada en la espalda y percibió al instante un calor intenso en la piel. Pero tenía que mantenerse firme, no podía exteriorizar sus deseos y sus emociones delante de él. Y menos cuando se suponía que todo había acabado ya entre ellos. Ella ya había comenzado a hacer sus planes para el futuro y Giorgio no figuraba en ellos. Tenía que mostrarse fría y distante, tenía que demostrarle que ya no ejercía ningún poder sexual sobre ella, que ella era ahora la única dueña de sus actos y de su vida.

Sí, ahora se sentía más fuerte, mucho más fuerte que nunca.

Y todo gracias a aquellos seis meses que llevaban separados. Ya no tendría que vivir a la sombra de su dinero y su fama. Podría vivir su propia vida, volver a retomar su trabajo, que había dejado estúpidamente para casarse con él y amoldarse al estilo de vida y las tradiciones de su familia. Se sintió orgullosa de los avances que había logrado en esos últimos meses. Sin embargo, aquel acontecimiento imprevisto de última hora podía echar a rodar todos sus planes. ¿Por cuánto tiempo podría mantenerlo en secreto? Él parecía mirarla de forma un tanto recelosa con aquellos ojos suyos, oscuros y penetrantes. ¿Sospecharía algo? ¿Tan transparente era para él?

–¿Qué es eso que he oído de que te vas a trasladar a Londres? –preguntó él.

–Tengo una entrevista para un puesto de profesora en un colegio privado –respondió ella muy digna–. Tengo muchas esperanzas puestas en ese empleo, creo que al final sólo han quedado dos o tres candidatos más.

–¿Y vas a aceptar el puesto si te lo ofrecen? –dijo él con el ceño fruncido.

–¿Por qué no? –replicó ella muy altiva–. No hay nada que me retenga ya en Italia.

Giorgio movió los músculos de su mandíbula como si tratase de masticar algo muy duro y desagradable.

–¿Y qué me dices de Gonzo?

Maya sintió una gran pena al pensar que tendría que despedirse de aquel perro al que tenía tanto cariño y que había criado desde que era un cachorro. Pero no se permitía tener animales en el apartamento de Londres donde pensaba vivir, y además, aquel perro de caza tan inteligente preferiría estar con Giorgio.

–Lo he pensado dos veces y creo que será mejor que se quede contigo –dijo ella.

–¡Vaya! ¿Cómo has cambiado de opinión tan de repente? Te pasaste varias semanas discutiendo sobre quién debía quedárselo. Estuve a punto de pedirle a mi abogado que presentara una solicitud para la custodia del animal.

–Se olvidará de mí en cuanto te lo lleves a tu villa, una vez

acaben las obras de remodelación –respondió ella con indiferencia–. A propósito, ¿cuándo piensas trasladarte?

Giorgio se pasó la mano por el pelo. Era uno de los gestos que ella conocía muy bien y que quizá ya nunca podría olvidar, igual que la forma que tenía de administrar sus sonrisas como si pretendiese decir con ello que no todo en la vida era divertido, o la forma en que fruncía el ceño cuando estaba muy concentrado en la lectura de algo, o el brillo especial que aparecía en sus ojos negros cuando quería hacer el amor con ella. Trató de apartar de sí aquellos pensamientos que le hacían rememorar los eróticos momentos de aquella noche loca.

–No estoy seguro. Supongo que en una o dos semanas –dijo él–. Los pintores aún no han terminado. Creo que ha habido algún retraso con la tela de las cortinas o algo parecido.

Maya recordó la ilusión con que ella misma había elegido, cinco años atrás, las telas y los colores para decorar las habitaciones de aquella casa. Entonces había pensado que tenían un futuro por delante. Ahora, sin embargo, se estaba remozando la villa, añadiendo habitaciones, tirando tabiques y remodelando los jardines, como si se pretendiese cambiarlo todo para que no quedase en aquella villa nada que pudiera recordar su presencia. Sintió un dolor muy hondo al pensar que en aquellas habitaciones podrían oírse un día no muy lejano los gritos de los hijos que Giorgio tendría con otra mujer. Recordó el cariño y la ilusión con que había decorado el cuarto de los niños la primera vez que se quedó embarazada. Tras cinco años de ilusiones rotas y esperanzas frustradas, ni siquiera se atrevía ya a entrar en aquel cuarto.

–¿Y tú? ¿Cuándo te vas? –preguntó él, rompiendo el silencio que se había producido entre ellos.

–El próximo lunes –respondió ella.

–¿No te parece un poco precipitado? –dijo él con el ceño fruncido y la mirada sombría–. Pensé que habías decidido hace tiempo no volver a la enseñanza. ¿O estás tratando de dar una imagen de mujer necesitada para conseguir mejorar tu asignación económica de cara a nuestro divorcio?

Maya no quiso caer en la provocación.

–Giorgio, no me importa lo que piense la gente. Quiero volver a la enseñanza. Necesito volver a usar el cerebro, lo he tenido aletargado demasiados años. No estoy hecha para asistir a actos benéficos con damas respetables que no hacen otra cosa en todo el día. No debía haber renunciado nunca a mi trabajo. No sé en qué demonios estaría pensando el día que lo hice.

–Parecías encantada entonces de haber tomado aquella decisión –dijo él mirándola con sus penetrantes ojos negros–. Dijiste que tu

trabajo no era tan importante como el mío y aceptaste de buen grado dedicarte por completo a ser una buena esposa.

Maya se avergonzó recordando lo ingenua que había sido entonces. Aunque en ningún momento se había hecho la ilusión de que él se hubiera casado con ella por amor, abrigaba la esperanza de que con el tiempo llegara a amarla. Aquel matrimonio había obedecido a razones que tenían más que ver con las costumbres y tradiciones de su familia que con sus sentimientos. Él tenía, por entonces, treinta años y necesitaba una esposa que le diera un heredero que perpetuase la saga de los Sabbatini. La había colmado de joyas y ella se había dejado engañar a sí misma haciéndose a la idea de que todo aquello era un cuento de hadas con final feliz. ¡Qué estúpida e ingenua había sido! Tenía sólo veintidós años, acababa de terminar sus estudios y se había enamorado en su primer viaje al extranjero. Pero aquellos cinco años de matrimonio y de sufrimientos le habían hecho madurar y darse cuenta de que no todos los cuentos de hadas tenían un final feliz.

–Lo veía todo de color rosa –dijo ella a sabiendas de que con esas palabras alimentaría la opinión de mujer ambiciosa y cazafortunas que él tenía de ella–. ¿Qué chica podría haberse resistido ante aquella ostentación de dinero, hoteles de lujo, villas majestuosas y viajes exóticos?

–Si has pensado por un instante que vas a llevarte la mitad de mi fortuna, ya puedes ir quitándote esa idea de la cabeza –dijo él con un rictus de desprecio–. Aunque el proceso de nuestro divorcio tenga que prolongarse veinte años, no conseguirás salirte con la tuya.

Maya alzó la barbilla desafiante. Giorgio no sabía discutir con ella sin tener que hablar de dinero. Ella misma no había sido para él más que otra transacción comercial más. Y lo que él no podía perdonarla era precisamente que esa operación no hubiera salido como esperaba. Ella no había conseguido hacerla feliz, como él tampoco a ella. El dinero había suavizado y limado las asperezas durante un tiempo, pero al final ella había comprendido que no había otra solución que la separación.

–No hace falta que llegues a esos extremos, no me interesan tus bienes –dijo ella muy seria.

Giorgio resopló con ironía.

–¿De veras? ¡Vamos, Maya! No trates de engañarme. Sé que deseas quedarte con la villa de Bellagio, que ha pertenecido a mi familia durante siete generaciones. Tiene un valor sentimental para todos nosotros. Supongo que es por eso precisamente por lo que quieres apropiártela, ¿verdad?

Maya se armó de valor para evitar perder la compostura.

–Esa casa hace años que deberíais haberla vendido y tú lo sabes.

Estuvimos allí sólo una vez y tú te sentiste todo el tiempo como un león enjaulado. Tus hermanos hace mucho que no van y en todo el tiempo que llevamos casados no recuerdo que tu madre se haya acercado por allí una sola vez. Está la mayor parte del año vacía. Es un derroche inútil.

Él desvió la mirada, tal como ella se había imaginado. Nunca quería hablar del trágico suceso que había ocurrido hacía muchos años en esa casa durante su infancia. Cada vez que intentaba hablarle de la causas de la muerte de su hermana pequeña, él ponía una expresión impenetrable y se negaba en redondo a hablar de ello. Era algo que a ella le dolía mucho. Parecía como si pensase que ella no tenía categoría suficiente para contarle sus problemas y sus sentimientos. Era como si todo lo que quisiera de ella fuera que se comportase como una esposa de cartón piedra con la que pasear del brazo por las tardes e hiciese todas las cosas que se suponía tenía que hacer una esposa como es debido.

Él le dio la espalda y se puso a dar vueltas por la salita, apretando y aflojando los puños para tratar de dominarse.

–Quizá mi madre decida algún día irse a vivir allí –dijo él finalmente–. Así que, por si acaso, no se venderá.

–¿Tienes intención de ir por allí en breve, Giorgio? –preguntó ella con ironía–. ¿Cuánto tiempo hace que no has ido? ¿Dos… tres años?

Giorgio se giró y clavó en ella su mirada con expresión dura y amenazante.

–Nunca tendrás esa villa. Ahora que mi hermano Luca y Bronte están casados, es probable que vayan allí con cierta frecuencia. Es el lugar perfecto para que Eve pase las vacaciones.

Maya sintió una cierta desazón al pensar en aquella niña de ojos azules y pelo negro que Luca había presentado a la familia hacía sólo unas semanas. Luca había conocido a Bronte, su actual esposa, en Londres. Era una australiana muy atractiva que estudiaba ballet, pero él había roto su relación con ella sin saber que la había dejado embarazada. Su posterior reconciliación y boda habían sido los sucesos más emotivos y románticos de los que Maya había sido testigo.

Ver a la pequeña Eve, tan adorable y resplandeciente el día de la boda de sus padres, había sido una verdadera tortura para ella, que no había conseguido dar un hijo a Giorgio. Se preguntó si habría sido ésa la razón por la que se había comportado de forma tan estúpida e insensata aquella noche. Se había sentido tan alterada emocionalmente, tan triste y sola por el fracaso de su matrimonio, que no había tenido fuerzas para resistirse cuando Giorgio la había invitado a tomar una copa.

La boda se había celebrado en los *salones* del hotel Sabbatini de Milán donde él se alojaba. Aceptar ir con él a su habitación había sido su primer error. El segundo había sido dejar que él la besara.

Y el tercero haber caído de aquella forma tan vergonzosa en sus brazos, sin oponer la menor resistencia. Se había comportado como una mujerzuela y él la había tratado como tal, yéndose de su lado al acabar, como hace un cliente con una prostituta de la calle después de haberle pagado por sus servicios.

–Quiero la villa de Bellagio, Giorgio –dijo ella, sosteniendo su mirada tan dura como el acero–. Es lo menos que me merezco. Podría exigirte mucho más y tú lo sabes.

Giorgio adelantó la mandíbula con gesto de arrogancia y la miró con unos ojos tan negros como una noche sin luna.

–No quiero que me malinterpretes, Maya. Deseo este divorcio casi tanto como tú, pero la villa no es negociable y no pienso ceder un milímetro.

¡Así que estaba deseando conseguir el divorcio! Ella había imaginado que la demora de aquel proceso era debida a que él aún seguía sintiendo algo por ella y albergaba la esperanza de que las cosas volvieran a su cauce. Pero no, la única razón era porque él quería conseguir el acuerdo más ventajoso para sus intereses.

–¡Eres un canalla y un malnacido! –le dijo ella fuera de sí–. Tienes mucho más dinero del que nadie pueda imaginar y te niegas a concederme lo único que quiero.

–¿Por qué la quieres? ¿Qué vas a hacer tú con una villa de treinta habitaciones? Máxime, cuando acabas de decirme que te vas a ir a Londres dentro de unos días.

–La convertiría en un hotel maravilloso y un spa –respondió ella entusiasmada–. Me proporcionaría unos ingresos adicionales al de mi trabajo como profesora. Sería una buena inversión, una excelente inversión.

–¡*Dio*, ya está bien, Maya! –exclamó él con los ojos echando chispas–. ¡Basta! No sé cómo quieres que te lo diga. Deja ya de presionarme.

–¿Por qué? –preguntó ella–. ¿Te preocupa acaso que puedas demostrar por una vez tus sentimientos como cualquier persona? ¿Que te enfadas o te apasionas cuando hablas o que incluso tienes también alguna debilidad?

El aire pareció volverse irrespirable. Ella lo miró a los ojos. Eran tan negros, que no sabría decir dónde acababan las pupilas y dónde empezaba el iris. Su rostro impenetrable parecía esculpido en piedra. Se preguntó si se acercaría ahora a ella, la abrazaría y la tomaría en sus brazos, tal como había hecho la noche de la boda de su hermano Luca. Recordó que aquella noche habían estado discutiendo como

ahora, y que de repente, en vez de ponerse a gritar o a tirarse los trastos a la cabeza, habían acabado fundidos en un abrazo apasionado. Se estremeció al recordarlo y, al contemplar la forma en que él la miraba, habría jurado que él también estaba recordando el erótico instante en que su boca se acercó a la suya y sus labios se fundieron en un beso ardiente y lleno de pasión.

–¿De veras es eso lo que quieres, Maya? –dijo él con voz suave y apagada mientras le agarraba una mano de forma furtiva–. Quieres hacerme perder el control y que acaben las cosas como la última vez, ¿no es eso?

Ella sintió un calor por toda la piel, especialmente en la mano donde parecía tener un anillo de fuego alrededor de la muñeca.

–No te atreverías –replicó ella.

Él respondió a su provocación atrayéndola hacia sí. Su cuerpo musculoso y duro entró en estrecho contacto con su suave feminidad.

–Ya me atreví una vez –respondió él–. Y tú disfrutaste cada segundo de aquel momento.

Ella sintió un intenso rubor en las mejillas, pero trató de contrarrestarlo elevando la barbilla con arrogancia.

–Había bebido demasiado champán.

–¡Bonita excusa para justificar el haberte acostado conmigo! –dijo él con una sonrisa burlona–. Vamos, Maya, no trates de engañarte a ti misma, sabes tan bien como yo que lo estabas deseando. Me lo estabas pidiendo a gritos, antes incluso de que tomaras la primera copa. Lo leí en tus ojos cuando entraste en la iglesia y me miraste.

Maya recordaba muy bien aquel momento. Se había sentido realmente impresionada al contemplarlo allí, junto a su hermano, después de varios meses sin haberle visto. Había tratado de evitarle hasta aquel día de la boda. No confiaba en sí misma, sabía que todo su valor se vendría abajo en cuanto lo tuviera cerca de ella. Aquel día, al contemplar a Giorgio en la iglesia, le había parecido como si lo viera por primera vez. Todos sus recelos y rencores se habían evaporado como por arte de magia. Lo único que había visto delante de ella era a un hombre alto y apuesto, con unos increíbles ojos castaño oscuros que la miraban fijamente. El mensaje que, en aquella ocasión, había leído en su mirada había sido tan excitante como el contacto de su cuerpo.

–Tienes una imaginación casi tan grande como tu ego. Crees que todas las mujeres que se cruzan en tu camino se vuelven locas por ti, ¿verdad? –dijo ella, retirando la mano y apartándose unos pasos–. Deberías llevarte ahora a Gonzo contigo. Tienes su correa ahí en el vestíbulo, colgada de una percha.

–No pienso ir a ninguna parte, Maya –replicó él muy enfadado.

–Giorgio… –dijo ella, pasándose la punta de la lengua por los

labios–. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. El resto queda en manos de nuestros abogados.

Se produjo de nuevo un tenso silencio.

–No he venido aquí para discutir sobre nuestro divorcio. –¿Ah, no? –exclamó ella, volviendo a pasarse la lengua por los labios ahora entreabiertos.

–No, vine para darte una invitación.

Ella parpadeó varias veces, entre sorprendida y alarmada.

–¿Una… invitación, dices? ¿Qué clase de invitación? Espero que no sea lo que me imagino. No estoy dispuesta a aceptar de ningún modo otra proposición indecente y ultrajante como la de la otra vez.

–No, no se trata de esa clase de invitación.

–¿No lo comprendes? Todo ha terminado entre nosotros, Giorgio. Se acabó.

–Lo sé, Maya. Es lo que los dos queríamos, ¿no? Es lo que los dos necesitábamos para rehacer nuestras vidas.

Maya se limitó a asentir con la cabeza porque no se sentía muy segura de haber sido capaz de decir dos palabras seguidas en ese instante. Pero sí, era cierto. Todo había terminado entre ellos. Era lo que ella quería. Ella había sido la que había iniciado el proceso de divorcio. No podía ser ahora tan hipócrita como para decir lo contrario. Aquellas dos marcas azules en la varilla que había dejado en el cajón del mueble del cuarto de baño no significaban nada. Habría que hacer un segundo test y quizá un tercero. Ya había pasado lo mismo otras veces. Podía tratarse sólo de un error. O quizá hubieran sido sólo imaginaciones suyas. Sería necesario, en cualquier caso, hacer otro test para asegurarse.

Giorgio se pasó de nuevo la mano por el pelo, apartándose un mechón que le había caído por la frente. Maya observó entonces un cierto cansancio en su mirada. Demasiadas fiestas, se dijo para sí. Después de cinco años de matrimonio, sentiría ganas de volver a su vida alegre de antes.

–Mi abuelo cumple noventa años el próximo fin de semana –dijo él volviendo a clavar sus ojos en ella–. Quiere que asistas a la fiesta de su aniversario.

–¿Por qué no me llamó para invitarme él personalmente en vez de encargártelo a ti? ¿O me envió al menos una invitación por correo? ¿Ocurre algo?

–Ya sabes cómo es, un viejo loco y testarudo que sigue creyendo que nuestro matrimonio es perfecto. Quería que yo te lo dijera. Aún cree que yo ejerzo alguna influencia sobre ti –dijo él mirándola con ironía–. Ya te lo dije, no es más que un viejo loco.

–No pienso seguir haciendo el papel de fiel esposa para la familia Sabbatini –dijo ella con mucha firmeza–. Y menos después de

lo que pasó la última vez.

–Prometo no tocarte –dijo Giorgio alzando las manos en son de paz.

–No tengo mucha fe en tus promesas. Nada más entrar por esa puerta te faltó tiempo para ponerme las manos encima, como si yo fuera un objeto de tu propiedad.

–Debe de ser un acto reflejo o algo así –dijo él con una sonrisa burlona.

–¿Un acto reflejo? Ésa es la excusa más ridícula que he oído en mi vida. Te recuerdo que estamos a punto de divorciarnos. No tienes ningún derecho a tocarme.

La sonrisa desapareció del rostro de Giorgio al tiempo que una profunda arruga surcaba su frente.

–Mira, Maya, si vas a esa fiesta, harás muy feliz a mi abuelo. Divorciados o no, él te sigue considerando un miembro más de la familia y se sentirá desolado si no te ve allí.

Maya se mordió el labio inferior, debatiéndose entre la duda de ofrecer sus respetos al hombre que representaba para ella la figura del único padre y abuelo que había conocido y su reticencia a tener que estar con el hombre con el que seguramente caería rendida en sus brazos en cuanto se acercara a ella.

–Si voy, será porque él me lo pide, no por ti –respondió ella.

Giorgio hizo sonar las llaves que llevaba en el bolsillo, como queriendo decir que ahora sí estaba dicho todo. Misión cumplida, se dijo Maya. Él había conseguido lo que quería y ahora podía disfrutar de su libertad. Le contempló mientras se dirigía hacia la puerta de su pequeño apartamento de alquiler. Las palabras que acababa de decirle unos minutos antes resonaban en sus oídos.

«Todo ha terminado entre nosotros».

«Se acabó».

«Es lo que los dos queríamos».

–Me llevaré a Gonzo el día antes de que te vayas a Londres –dijo él en el umbral de la puerta.

–Está bien –dijo ella tratando de aparentar serenidad.

Él le dirigió una última mirada antes de salir.

–No sé si fue por el champán, pero fue una noche inolvidable, *cara*. La mejor forma de poner el broche de oro a nuestra relación.

Maya se dio la vuelta para que él no viera las lágrimas que estaba a punto de derramar.

–Por favor, vete… –dijo ella, sorprendida de ver la firmeza con que había conseguido decir esas tres palabras.

Tras unos segundos que a ella se le hicieron eternos, Giorgio cerró la puerta con un clic que ella sintió dentro de su pecho como si le hubieran partido en dos el corazón.

Capítulo 2

LA fiesta de cumpleaños de Salvatore Sabbatini estaba en todo su apogeo cuando Maya llegó aquel sábado. Había estado a punto de no ir, pero al final pensó que, si no iba, Giorgio iría seguramente a buscarla y sería peor.

Ahora más que nunca necesitaba mantenerse apartada de él. Quería tener su secreto a salvo el mayor tiempo posible. Se había hecho otros tres test de embarazo y todos habían dado positivos. Tuvo una sensación de vértigo al pensar que estaba embarazada y llevaba un hijo en sus entrañas. Pero sólo estaba de seis semanas. Era aún muy pronto para tener garantías de que todo saliese bien. Los abortos que había tenido en el pasado se habían producido durante las ocho primeras semanas del embarazo.

Un buen número de camareros uniformados, dando muestras de gran habilidad y equilibrio, pasaban por entre los invitados llevando en la mano bandejas con todo tipo de bebidas.

–*Signora* Sabbatini –le dijo uno de ellos–. ¿Le apetece un poco de champán?

–Gracias –contestó ella con una sonrisa de circunstancias–. Pero prefiero un zumo de naranja.

Con la copa en la mano, se dirigió a la zona de recepción donde un nutrido grupo de gente se arremolinaba en torno al homenajeado para felicitarle. Había estrellas de Hollywood, altos personajes del mundo de las finanzas e incluso algunos representantes de las monarquías europeas, además de los amigos íntimos de Salvatore y, naturalmente, toda su familia.

Maya se había puesto muy elegante para la ocasión. Tenía que seguir representando el papel de esposa modelo que había desempeñado durante todos esos años. Había elegido un vestido fucsia que resaltaba el rubio natural de su pelo y el bronceado que había adquirido en un breve viaje que había hecho recientemente. Llevaba unos zapatos de tacón bastante altos, aunque no lo suficiente como para estar a la altura del hombre que se acercó a ella en ese momento y le puso una mano en la espalda. Sintió un pequeño sobresalto y estuvo a punto de derramar la copa.

–¡Giorgio! ¿Qué demonios te crees que estás haciendo presentándote así de esta manera? –exclamó ella algo irritada.

–Estás maravillosa esta noche, Maya –replicó él sin hacer el menor caso a sus palabras y acercándose a ella hasta hacerle sentir su aliento en el cuello–. Mmm… veo que te has vuelto a poner ese nuevo perfume. Va muy bien con tu personalidad.

Ella frunció el ceño apartándose de él unos pasos.

–Creo que será mejor que te vayas con tus amigos. Todo el mundo se pondrá a cotillear si nos ven juntos. No quiero tener más incidentes con la prensa.

–Déjales que hablen –dijo él con una sonrisa burlona–. ¿O es que no puedo estar un rato con la que pronto será mi ex mujer? Además, tenemos que discutir aún algunos asuntos.

–Si te refieres a la villa de Bellagio, debo decirte que no he cambiado de opinión. Ya he enviado todos los papeles a tu abogado. No estoy dispuesta a que me despaches de cualquier manera. Ya te dije que quería esa propiedad.

–Lo sé –dijo él, tomando una copa de champán de la bandeja del camarero que pasaba por su lado en ese momento–. Pero el caso es que existe un pequeño problema –añadió mientras echaba un buen trago–. Yo también la quiero.

–Pues hay una cosa clara –dijo ella con una leve sonrisa irónica–. Los dos no podemos tenerla, ¿no crees?

Él le dirigió una mirada tan dura como el acero.

–Bueno, he estado pensando en ello. Me gustaría que, al menos durante los próximos doce meses, la villa continuase siendo una finca privada, tal como ahora, sin ningún cambio.

–¿Y después? –preguntó ella recelosa.

Giorgio tomó otro sorbo de champán, demorando intencionadamente la respuesta para dar mayor tensión e interés a sus palabras.

–Si finalmente sigues interesada en ella, podrás comprársela a mi familia.

–¡Oh, vamos! ¿No estarás hablando en serio? –exclamó ella.

–¿Por qué no? Vas a recibir toda una fortuna por nuestro divorcio. Podrás comprarte diez villas como ésa, si quieres.

–No quiero tu maldito dinero –respondió ella dirigiéndose a la terraza para evitar las miradas curiosas de la gente que empezaba a fijarse en ellos.

Giorgio la siguió hasta allí antes de que ella cerrara las puertas francesas.

–¿Cómo te las arreglas para conseguir que las cosas contigo sean siempre tan difíciles? –preguntó él.

–¡Vaya, eso tiene gracia viniendo de ti! Tú eres el que trata de poner todo tipo de obstáculos legales, haciéndome firmar una pila de documentos tan grande como dos guías telefónicas juntas.

–No lo tomes como nada personal –dijo él arrugando el entrecejo–. Son cosas de negocios. Tengo que defender los intereses de mis accionistas e inversores.

Maya dejó la copa de zumo de naranja en una mesita, antes de responderle.

–Ya, ya sé. Toda tu vida no es más que un negocio. Como lo ha sido nuestro matrimonio. El único problema es que yo no respondí a tus expectativas.

–¿Qué pretendes decir con eso? –dijo él con una voz dura y afilada como un dardo.

–Lo sabes tan bien como yo, Giorgio.

–Yo quería que lo nuestro funcionase, Maya –replicó él muy sereno–. Lo deseaba sinceramente, pero, por alguna razón, los dos contribuimos a que las cosas acabaran mal. Estuvimos casados durante cinco años. Sé que no fue fácil para ti pero, créeme, tampoco lo fue para mí, viéndote…

No pudo acabar la frase, se apartó unos pasos y apuró su copa de champán de un solo trago.

Ella lo miró, presa de aquel estado emocional que sentía siempre que se ponían a discutir. Sabía que él no quería hablar nunca de ese asunto. Ella pensaba que los abortos que había tenido en su matrimonio habían sido el modo del que la naturaleza se había servido para decirles que no eran lo bastante responsables y maduros para ser padres. Hubiera querido hablarle de sus bebés malogrados. Todos ellos tenían nombre. Ella se los había puesto nada más conocer su embarazo. Hubiera querido hablarle de cada uno de ellos, de sus sueños rotos y de sus esperanzas frustradas.

Giorgio odiaba el fracaso. Era una palabra que no figuraba en su vocabulario. Él era un hombre de negocios responsable y comprometido con sus proyectos, un triunfador. Estaba acostumbrado al éxito y no dudaba en poner en juego todos los medios necesarios para conseguirlo. Su abuelo y luego su padre habían levantado con gran esfuerzo el imperio hotelero que él había heredado y que se sentía en la obligación de perpetuar y acrecentar. No podía perder el tiempo en nimiedades. Quería resultados y no podía andarse con sentimentalismos. Así era como había conseguido que Maya fuera su esposa. Su padre había sufrido por entonces un grave trauma craneal a consecuencia de un choque frontal en un accidente de tráfico y había sido ingresado en estado de coma en un hospital, con pocas esperanzas de vida.

Giorgio se había fijado en ella, pensando que sería la esposa ideal: educada, inteligente, joven, con buena salud y en la edad ideal para tener hijos. ¡Qué ciego había estado!, pensó ella con amargura. Podía haber elegido otra mujer mucho mejor. Algunos miembros de su familia se habían encargado de recordárselo sutilmente en más de una ocasión durante esos años: que si tal o cual amigo suyo acababa de tener un hijo, que si aquel antiguo compañero de la universidad había tenido gemelos… Cada uno de aquellos comentarios había sido como un puñal que le clavasen en el corazón, haciéndola sentirse fracasada

como mujer y como esposa, y destruyendo su autoestima y su esperanza de llegar a ser madre algún día. No había respondido a las expectativas que los Sabbatini habían puesto en ella para que les diera el heredero que perpetuase la dinastía. Sabía que mientras siguiera siendo la esposa de Giorgio, su familia seguiría todas las noches, durante la cena, con aquellas indirectas mezcla de reproche y compasión.

Giorgio depositó su copa en una mesita de hierro forjado y luego la miró fijamente.

–Mi abuelo se está muriendo –dijo en voz baja con tono grave–. Me lo dijo esta mañana. Le quedan sólo uno o dos meses de vida. Nadie más lo sabe.

–¡Oh, no...! –exclamó ella, muy afectada.

–Sí, por eso él quería que toda la familia estuviese aquí esta noche. Quería pasar una velada feliz en compañía de todos. Comunicará la noticia a la familia y a los amigos en una o dos semanas.

Maya podía comprender que Salvatore quisiera centrar la celebración en su cumpleaños y no deseara hablar de su inminente fallecimiento. Era, sin duda, cosa del orgullo de los Sabbatini. Giorgio lo tenía a raudales.

–Gracias por decírmelo –dijo ella suavemente, sin saber muy bien por qué lo decía.

¿Por qué no se lo había dicho antes a Luca y a Nic, que eran sus hermanos?, se dijo para sí.

–Quiero que reconsideres tu decisión de irte a Londres y pospongas el viaje para más adelante. Llama al instituto y diles que no puedes presentarte a la entrevista. Diles que necesitas un permiso por motivos familiares.

Ella lo miró muy sorprendida con la boca abierta.

–No puedo pedir un permiso de trabajo antes de haber conseguido el trabajo. Le darán mi empleo a otra persona.

–Si creen de verdad que eres la persona más adecuada para ocupar ese puesto, te esperarán hasta que puedas presentarte.

–No creo que vayan a dejar alegremente el puesto vacante hasta que a mí se me ocurra aparecer por allí –dijo ella muy enfadada–. Soy la persona con menos experiencia de los tres candidatos. No he vuelto a dar una clase desde que terminé las prácticas en la universidad. No tendré ninguna oportunidad de conseguir el trabajo si no me presento a la entrevista.

–No necesitas ese trabajo en este momento, Maya. Tendrás una asignación más que generosa. Si de verdad quieres trabajar, ya tendrás ocasión de conseguir un empleo más adelante.

Maya le dirigió una mirada asesina.

–¿Cómo te las arreglas para tomarte siempre los problemas de los demás con tanta filosofía?

Giorgio le devolvió la mirada frunciendo el ceño y arqueando una ceja.

–¿Y cómo te las arreglas tú para tener siempre una postura tan irracional?

Maya se dio la vuelta y se puso a mirar los jardines con las manos fuertemente agarradas a la balaustrada de la terraza para tratar de controlarse.

–¿Tiene esto algo que ver con la salud de tu abuelo o es sólo una estratagema para tratar de que cambie de opinión sobre nuestro divorcio?

–Tendrás el divorcio que tanto deseas, pero a su debido tiempo. Ahora lo único que quiero es que mi abuelo viva tranquilo, pensando que nos hemos reconciliado.

Ella se dio la vuelta bruscamente y lo miró con cara de indignación.

–¿Me estás pidiendo que vuelva contigo como si siguiera siendo tu esposa?

Él sostuvo su mirada sin dificultad, con expresión serena e impasible.

–Será sólo cuestión de uno o dos meses. Quiero que mi abuelo viva en paz los días que le queden de vida. Nuestra separación le ha disgustado mucho. No me había dado cuenta de cuánto hasta ahora.

Maya creyó ver una acusación velada en aquellas palabras.

–No me estarás echando a mí la culpa de su estado terminal, ¿verdad?

Él le dirigió una mirada que parecía reprocharle que se comportara de una forma tan infantil cuando él, en cambio, trataba de comportarse como una persona madura y responsable.

–Maya, no pongas en mi boca palabras que no he dicho. Mi abuelo tiene noventa años. No es de extrañar que tenga alguna enfermedad a esa edad. El hecho de que esté ya en fase terminal es algo muy triste, pero no inesperado. Ha fumado mucho durante toda su vida. Ha tenido mucha suerte de haber conseguido vivir tantos años. Mi padre, en cambio, no fue tan afortunado.

Ella lo miró con indiferencia.

–Sin duda, crees que tengo una mala influencia sobre tu abuelo, que soy una especie de gafe que le trae mala suerte. Anuncio que quiero el divorcio y unas semanas después se está muriendo. Parece que ejerzo sobre él una relación perniciosa, ¿no crees?

–Tú no tuviste la culpa de que mi padre muriera unos días después de casarnos –replicó él con la mandíbula contraída–. Nadie la tuvo. Fue sólo un accidente trágico y desgraciado, como muy bien

sabes.

–No estaba hablando de tu padre.

–Los abortos son otra de las fatalidades que ocurren en la vida, como lo es la vejez –dijo él sin apenas mover los labios para hablar–. Son cosas más corrientes de lo que crees.

Ella le dio de nuevo la espalda para que no se diese cuenta del rubor que subía por sus mejillas.

–Si volvemos a vivir juntos, lo único que conseguiremos será complicar aún más las cosas y retrasar nuestro divorcio. Contribuiremos a crear falsas esperanzas en la familia y luego sufrirán una gran decepción al darse cuenta de la cruda realidad.

–Soy consciente de que es algo que tendremos que tratar con mucho tacto pero, de momento, creo que es lo mejor que podemos hacer.

Maya se volvió de nuevo hacia él con un gesto de desdén.

–¿Por qué? ¿Porque así dispondrás de más tiempo para planear la forma de poner a buen recaudo todos tus bienes?

–No te conocía en esa faceta, Maya. No sabía que pudieras llegar a ser tan cínica.

–He madurado, Giorgio –dijo ella, alzando la barbilla muy arrogante–. He aprendido mucho de ti y de los golpes que me ha dado la vida.

Él se apartó unos pasos de ella y se puso a contemplar los bellos parterres del jardín, tal como ella había hecho unos instantes antes. Pero se agarró con fuerza, no a la balaustrada como ella, sino al respaldo de un banco metálico que estaba a más de un metro de distancia. Ella sabía que tenía vértigo y que le daban pánico las alturas desde que era niño. Era algo de lo que se había enterado por casualidad, él nunca se lo habría dicho. Así era su relación, pensó ella. Giorgio veía aquel miedo irracional como una debilidad que tenía que vencer. Ella le había visto multitud de veces luchando por dominar aquella primera reacción de miedo. Su tenacidad le había impresionado, pero también se había sentido frustrada por no poder ayudarle a superar aquella fobia. En más de una ocasión había sentido el deseo de acercarse a él para infundirle confianza, pero no se había atrevido a hacerlo nunca. Sabía que la habría apartado como si pensara que pretendía empujarle por el borde de aquel oscuro abismo que tanto miedo le daba.

–Quiero que mi abuelo muera en paz –volvió él a repetir tras un largo silencio–, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

A Maya, aquellas palabras le resultaron familiares. Sabía que él no se paraba en nada cuando quería conseguir algo, aunque fuera verse obligado a volver a vivir con una esposa a la que nunca había

amado e incluso despreciaba por no haber respondido a las expectativas que había puesto en ella. A él no le costaría nada seguir interpretando aquella farsa. Ya tenía para divertirse a su escultural modelo de lencería.

Sabía por propia experiencia que la prensa no siempre decía la verdad, pero… «Cuando el río suena, agua lleva», dice el refrán. Ésa era la duda que la había corroído multitud de veces a lo largo de su matrimonio. Giorgio había negado siempre todos los escarceos amorosos que le había adjudicado la prensa del corazón, pero no había conseguido con ello disipar sus dudas y recelos. Volvían a salir a flote como acaba el aceite por subir a la superficie de un recipiente con agua por mucho que se le remueva. Ella había tratado de superarlo todo aferrándose a la esperanza de quedarse embarazada y tener un hijo que viniera a reforzar la frágil estructura sobre la que se había cimentado su matrimonio.

Pero eso nunca había llegado a suceder.

Se puso ahora una mano en el vientre y sintió un vuelco en el corazón…

Quizá aún estaba a tiempo…

Giorgio apartó las manos de la silla y se dio la vuelta al ver que alguien se acercaba a la terraza.

–Luca –dijo él con una media sonrisa–. No te vi llegar.

Su hermano Luca, dos años más joven que él, lo miró sonriente.

–Hemos llegado un poco tarde. Tuvimos que esperar a que Eve se despertara de la siesta –dijo inclinándose hacia Maya y besándola en ambas mejillas–. Bronte estará encantada de poder tener a alguien con quien charlar. Aún se siente un poco insegura hablando italiano en público.

–No tiene por qué –dijo ella–. Todo el mundo la quiere mucho y no digamos a la pequeña Eve.

–Tenemos una noticia que daros –dijo Luca muy sonriente y orgulloso–. Siento que quizá os resulte algo molesto oírlo en vuestras circunstancias, pero el caso es que… estamos esperando otro bebé.

La atmósfera de la sala pareció volverse irrespirable por un instante.

Maya fue la primera en romper el hielo.

–Luca, eso es un noticia maravillosa. Me alegro mucho. Debéis sentiros muy felices. Y, ¿para cuándo va a ser?

–Bueno, aún no estamos seguros del todo –respondió Luca con cierta timidez–. Sólo hemos hecho uno de esos test caseros de embarazo. Para ser sinceros, es aún un poco pronto para asegurar nada.

«¿Qué me vais a decir a mí?», pensó Maya, con una enigmática sonrisa que ningunos de los dos hermanos supo interpretar.

–¡Enhorabuena! –exclamó Giorgio felicitando muy efusivamente a su hermano–. Me alegro mucho por ti. Estoy deseando otra sobrina, o sobrino, al que darle todos los caprichos.

Luca pareció ahora más aliviado al ver la forma en que su hermano y su cuñada se habían tomado la noticia.

–Bueno –dijo aún muy sonriente, pero ahora con una expresión de malicia en la mirada–. ¿Y qué andabais haciendo aquí los dos solos?

Se produjo otro tenso y largo silencio que pareció quedar suspendido en el aire como la humedad que precede a la tormenta.

–Maya y yo también tenemos algo que deciros –dijo Giorgio finalmente, pasando un brazo por la cintura de su esposa y atrayéndola hacia sí–. Hemos decidido reconciliarnos. Ya no habrá divorcio.

Maya se quedó boquiabierta y clavó los ojos en él, pero no dijo nada. Sentía su brazo alrededor de su talle como una cadena que la mantuviera atada a él con la misma fuerza que pretendía hacerlo con sus palabras.

Luca miró a los dos sucesivamente con una sonrisa de oreja a oreja.

–Ésa sí que es una gran noticia. ¿Se lo habéis dicho ya al abuelo? Le haréis el mejor regalo de cumpleaños de todos.

Giorgio sonrió con aire de suficiencia.

–Nos disponíamos precisamente a hacerlo cuando llegaste, ¿verdad, *cara*? –dijo él mirando a su esposa.

Maya sintió deseos de negarlo. Quiso decirle a Luca que su hermano era un hombre cruel, despiadado y manipulador, que no reparaba en nada con tal de conseguir sus propósitos. Pero sabía que, si lo hacía, le aguaría la fiesta a Salvatore. El abuelo se estaba muriendo y Luca tenía razón: la noticia de la reconciliación de su nieto favorito con su esposa le colmaría de felicidad en aquel día de su aniversario. Por eso prefirió esbozar una sonrisa de circunstancias.

–Ha sucedido todo tan deprisa…

–Tengo que decírselo a Bronte –replicó Luca muy ufano–. Se va a poner muy contenta. Esto hay que celebrarlo con champán –tomó la copa vacía de Giorgio y se fue luego a donde Maya había dejado su zumo de naranja por la mitad, volviendo al poco rato con una sonrisa burlona–. Maya, creo que la ocasión se merece que brindemos con algo más serio que un zumo de naranja, ¿no te parece?

–No sé… –respondió ella, sintiendo sobre sí el peso de la mirada de Giorgio–. No suelo tomar alcohol.

–Tendrás que hacerlo esta noche –dijo Luca muy sonriente, saliendo de la terraza para reunirse con su joven esposa y su pequeña de dos años.

–Luca tiene razón –afirmó Giorgio después de un silencio que pareció interminable–. Ésta es una noche de celebraciones.

–¿Cómo te has atrevido a mentir a tu propio hermano de esa manera? –replicó ella con una mirada cargada de indignación–. Esto es sólo una farsa y tú lo sabes.

Él hizo un gesto de indiferencia como tratando de restar importancia a sus palabras.

–Sólo se trata de hacerle la vida lo más feliz posible a mi abuelo en estas últimas semanas que le quedan. Me dijiste que querías la villa de Bellagio, ¿verdad? –dijo él mirándola muy serio–. Pues bien, Maya, créeme si te digo que ésta es la única forma en que podrás conseguirla.

Capítulo 3

MAYA salió echando chispas de la terraza, agarrada firmemente de la cintura por Giorgio. Habían llegado más invitados y se veía a varios reporteros gráficos disparando sus cámaras entre las celebridades que asistían a la fiesta. Se preguntó si Giorgio habría preparado todo aquello para que ella no pudiera volverse atrás cuando se hiciese pública su reconciliación. Quedaría como una completa estúpida si se atreviese a decir algo en contra. Además, la mayoría de los invitados la habían visto charlando con él en la terraza. La gente, de hecho, estaba empezando ya a hablar de ellos.

–Deja de temblar, *mio piccolo* –dijo él en voz baja mientras se dirigían hacia donde estaba Salvatore sentado en medio del *salone*, como si fuera un rey en su trono recibiendo a sus súbditos en un día de audiencia.

Ella apretó los labios y sus palabras salieron como perdigones.

–Tú montaste todo esto, ¿verdad? Me preparaste esta encerrona para que no pudiera desmentirte. Sabías que no le estropearía la fiesta a tu abuelo y organizaste esta farsa a propósito.

Él apretó la mano alrededor de su cintura como si fuera una brida de acero. Era un gesto que tenía mucho de posesivo, pero también de advertencia.

–Trata de seguirme la corriente, Maya. Mira al abuelo. ¡Qué feliz se le ve! Cuando le digamos lo nuestro y Luca y Bronte le den su buena nueva, será la guinda del pastel.

La verdad era que no había necesidad de comunicar oficialmente nada, pues la noticia parecía correr ya de boca en boca por toda la sala. Todas las cabezas se volvieron hacia ellos tan pronto hicieron acto de presencia. Hubo, a su paso, murmullos, susurros y movimientos de cabeza en señal de asentimiento y complicidad. Se dispararon, una y otra vez, los flashes de los reporteros.

Al llegar a donde estaba Salvatore, el anciano miró directamente a Giorgio y luego a Maya, y su rostro arrugado y envejecido por los años se iluminó con una radiante sonrisa.

–¿Es esto lo que me imagino, Giorgio? –dijo con las lágrimas a punto de brotar de las cuencas hundidas de sus ojos–. ¿Es verdad que Maya y tú habéis cambiado de opinión y no pensáis ya en divorciaros?

Maya sintió cómo Giorgio le agarraba la mano y se la apretaba suavemente.

–Sí, Nonno –contestó él–. Vamos a poner todo nuestro empeño por sacar adelante este matrimonio.

Salvatore tomó muy efusivamente la otra mano de Maya y casi la aplastó entre las suyas, lleno de emoción.

–Maya, mi nieto y tú me habéis hecho esta noche el hombre más feliz del mundo. No puedo decirte lo que esto significa para mí. Toda mi familia está hoy aquí a mi lado para compartir conmigo este momento de felicidad.

Maya sintió que las barras de la jaula de oro, en la que había estado viviendo aquellos cinco años, volvían a cerrarse sobre ella. Estaba atrapada en una farsa que iba en contra de todos sus principios y sentimientos. Se sentía una farsante, engañando a todos los invitados y muy especialmente a Salvatore. No estaba segura de poder seguir con aquel juego toda la noche y menos aún a lo largo de las semanas siguientes. Alguien tendría que darse cuenta de ello. Los chicos de la prensa parecían estar ya observándola detenidamente, aunque tal vez sólo fueran imaginaciones suyas. Nunca se había sentido a gusto con los medios de comunicación. No estaba acostumbrada a ser el foco de atención... Cuando vivía en casa de su tía abuela, ni siquiera tenía la atención de ésta.

Corrió el champán y los reporteros siguieron tomando documentos gráficos de la fiesta. Luca y Bronte anunciaron su feliz noticia, que a juicio de Maya hubiera merecido más atención que la suya, pero aquella noche todo el mundo parecía interesado sólo en su reconciliación.

Giovanna, la madre de Giorgio, se acercó a ella y la saludó con cierta reserva, que Maya comprendió por las diferencias y litigios que habían surgido durante el proceso de su separación. Pero, a pesar de todo, Giovanna la felicitó y le dio de nuevo la bienvenida al seno familiar. No había que olvidar que su suegra estaba exultante por ser al fin abuela, y pronto por partida doble.

Nicolo, o Nic como le llamaba casi todo el mundo, era el menor de los hermanos y el menos complaciente de los tres. Adoptó su habitual expresión irónica cuando se acercó a Maya aprovechando que Giorgio se había ido a por otro vaso de zumo.

–Veo que has reconsiderado tu postura, ¿eh, Maya? Me alegra que hayas recobrado la sensatez. No tenías nada que hacer si te hubieras enfrentado al gabinete de abogados de Giorgio.

Maya trató de controlar los nervios y aparentar tranquilidad.

–Hola Nic. ¿Cómo te van las cosas? ¿No has venido acompañado?

Él se puso a jugar con su copa casi vacía de champán, haciéndola girar por el tallo con los dedos, mientras clavaba en ella su mirada penetrante.

–No creo que el abuelo aprobara mi última conquista. Hace unos minutos volvió a insistir en que tenía que casarme.

–Pero si sólo tienes treinta y dos años.

–Ya conoces la ley de los Sabbatini: cuando cumples los treinta,

debes pensar en sentar la cabeza.

–Luca ha hecho eso a los treinta y cuatro –dijo ella–. No deberías precipitarte en ese tipo de cosas. Podrías acabar cometiendo un grave error.

–Como te pasó a ti, ¿verdad? –replicó él continuando dando vueltas a su copa con los dedos.

Sus palabras parecieron quedar suspendidas en el aire como una espada colgada de un hilo dispuesta a herir en cualquier momento.

–No considero que mi matrimonio con tu hermano haya sido un error –dijo Maya, deseando más que nadie poder creer sus propias palabras–. Hemos pasado por una mala racha, eso es todo.

Giorgio volvió en ese momento con el zumo de Maya y debió captar en seguida la tensión del ambiente porque clavó los ojos en su hermano con cierto recelo.

–Espero, Nic, que te hayas guardado para ti tus opiniones sobre el matrimonio. No quiero que importunes a Maya con tus bromas y sarcasmos.

–Sólo estaba dándole la bienvenida por su retorno a la familia –respondió Nic, y añadió luego dirigiéndose a ella–: Espero, por tu bien, que funcionen las cosas entre vosotros. Te lo digo en serio, Maya.

Ella se preguntó si Nic se habría dado cuenta de su inseguridad. Era un playboy consumado, pero aquel estilo de vida disipado, que había llevado casi desde su adolescencia, parecía haberle dotado de un sexto sentido. Había madurado bastante tras la trágica muerte de su padre, pero todos sabían que su madre y sobre todo su abuelo querían que sentase la cabeza casándose con una mujer responsable y sensata. Pero eso era algo que no entraba en sus planes. Él amaba la libertad y odiaba las cadenas del matrimonio. Por eso, incluso en el propio seno de su familia, había sido, de los tres hermanos, el que había gozado de mayor libertad. Él era el que viajaba por el mundo para adquirir algún inmueble de interés o supervisar la marcha de los hoteles de la familia, sin quedarse nunca más de una o dos semanas en el mismo sitio.

–Gracias, Nic –dijo ella–. Pondré todo mi empeño en conseguirlo.

Después de departir con algunos invitados y otros miembros de la familia, Giorgio llevó a Maya a un rincón más tranquilo del salón. La notaba algo cansada. Estaba bastante pálida y la había visto llevarse discretamente, un par de veces, la mano a la frente como si pensase que pudiera tener algo de fiebre.

–No le hagas a caso a Nic –le dijo Giorgio mientras observaba a su hermano menor conversando animadamente con una pelirroja despampanante junto a la mesa del bufé.

–Sí, ya sé, Nic es Nic –respondió ella con la voz apagada.

–Así es –dijo Giorgio, mirándola fijamente–. Pareces algo cansada. Ha sido una noche muy ajetreada. ¿Quieres que te lleve a casa?

Ella, bastante aturdida, estuvo a punto de que se le cayera la copa que tenía en la mano, pero Giorgio estuvo muy atento y evitó que se rompiera.

–Lo siento –dijo ella mirándole tímidamente y bajando luego la mirada mientras se mordía el labio inferior.

Él la miró fijamente durante unos instantes preguntándose si no debería haberla avisado con antelación de sus intenciones. Su irrupción por sorpresa en la terraza sin duda la había trastornado. Él también estaba bastante alterado por la triste noticia que le había comunicado su abuelo. Siempre le había visto lleno de vitalidad, como si no pasasen los años por él. A pesar de sus arrugas y de sus achaques de artritis, conservaba una mente lúcida y despierta que le había servido de gran ayuda para resolver bastantes problemas del negocio familiar. Se sentía emocionado por haber sido el primero al que le había revelado la noticia de su enfermedad. Desde la muerte de su padre, Giancarlo, Salvatore había ido poco a poco depositando en él toda la responsabilidad de la empresa. Se le hacía muy duro pensar que iba a perder dentro de pocas semanas al hombre que no sólo había sido su abuelo, sino también su amigo y su mejor asesor en los negocios.

También iba a resultarle doloroso a Maya. Había llegado a tener una relación muy afectuosa con Salvatore a lo largo de aquellos cinco años de matrimonio. Ella había crecido sola con su madre, y se había quedado sin ella tras sufrir un trágico accidente cuando tenía sólo diez años. Había vivido desde entonces con su tía abuela que estaba soltera y no tenía hijos. Maya no le había contado casi nada de su infancia a Giorgio, pues debía de resultarle muy doloroso hablar de ello.

Él se había sentido muy feliz cuando ella le había expresado su deseo de tener hijos. Era, después de todo, una de las razones por la que se había casado con ella. Cuando sus dos primeros embarazos acabaron en aborto, él se sintió decepcionado, pero trató de ocultarle su decepción para no herir sus sentimientos. No quería que pensase que era culpa suya y que era una mujer estéril incapaz de darle un hijo. Pero después del cuarto aborto, llegó a la conclusión de que podría ser él la causa. Se hizo varios reconocimientos, pero todos arrojaron el mismo resultado: él no tenía ningún problema para tener hijos. Sin embargo, eso no le tranquilizó.

Después de aquello, Maya no volvió a quedarse embarazada. Siguieron todas las indicaciones que les aconsejaron los médicos. Hicieron gráficos de temperatura, anotaron los períodos de ovulación

e hicieron el amor en los días que se suponía más fértiles, pero sin ningún resultado.

Pensaron en las nuevas técnicas de fecundación in vitro, pero era algo que les parecía bastante frío e impersonal. No tenía nada que ver con aquella apasionada noche de amor que habían pasado el día de la boda de Luca y Bronte.

Aún se sentía excitado recordando aquella noche. No habían seguido ninguno de los sabios consejos de los médicos, habían hecho simplemente el amor de forma ardiente y desinhibida. Nunca había disfrutado tanto del sexo como esa noche. Lo había comprendido precisamente el día que había ido a su apartamento para invitarla a la fiesta de su abuelo. Había pensado que ya no sentiría nada por ella, que podría estar tranquilamente hablando y discutiendo los pormenores de su divorcio sin sentir deseos de tocarla. Pero al poner las manos en sus hombros, había sentido como si fluyera una corriente eléctrica entre ellos. Deseaba a Maya más que a ninguna otra mujer. Cada vez que había hecho el amor con ella, su cuerpo había conservado aquella extraña sensación hasta varias horas después. Le bastaba mirarla para sentir la sangre ardiendo y corriendo como un caballo desbocado por sus venas.

Era lo que estaba sintiendo precisamente ahora junto a ella, aspirando aquella nueva fragancia suya tan sensual y tan suave, pero tan excitante y exótica al mismo tiempo, y deleitándose con aquel vestido fucsia tan sugestivo que resaltaba la delicada textura de su piel y el rubio platino de su pelo, que llevaba suelto aquella noche, como a él le gustaba.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, le acarició los hombros con las manos.

Ella sintió un sobresalto y lo miró sorprendida. –¿Cómo te atreves a hacer una cosa así? –exclamó ella con la voz apagada.

–Se supone que nos hemos reconciliado, ¿no? –dijo él, aprovechando la ocasión para darle un beso en la frente–. La gente nos observa y espera algo así de nosotros. Se imaginarán que luego haremos algo más atrevido cuando estemos solos en casa.

–¿Y cuál se supone que es ahora nuestra casa? –exclamó ella con la respiración entrecortada–. ¿La tuya o la mía?

–Mi casa, o lo que acostumbraba a ser nuestro nido de amor, no está ahora disponible –replicó él–. Llevo ya varios días alojado en el hotel. Creo que será mejor que pasemos esta noche en tu casa, de otro modo la prensa no se creerá lo de nuestra reconciliación.

–¿Crees que nos seguirán hasta allí para vigilarnos? –preguntó ella algo preocupada.

–Seguro que no has olvidado cómo se las gastan esos reporteros –replicó él con una leve sonrisa–. ¿O acaso no te has dado cuenta de

cómo te han estado siguiendo los talones durante estos seis meses de nuestra separación?

Maya recordó las veces que había tenido que salir literalmente huyendo del acoso de la prensa. Y aquella supuesta y ridícula cita con Howard Herrington había sido ya el colmo de la desfachatez. Se había publicado un foto de los dos en la que se sugería una actitud mucho más íntima de la que verdaderamente habían tenido en la realidad. Se habían sacado un romance de la manga. Ella se había inclinado ligeramente hacia delante para escuchar mejor lo que Howard le estaba diciendo, cuando en ese momento un paparazi disparó su cámara. Desde el ángulo en que se había sacado la foto, daba la impresión de que ella se inclinaba hacia Howard para besarlo. Cuando se publicó la fotografía al día siguiente en la prensa del corazón, se dio cuenta de la intención del reportaje. Sólo unos días antes había salido en esa misma revista una foto de Giorgio con su espectacular amiga, modelo de lencería. Parecía, por tanto, lógico que ella hubiera tratado de rehacer su vida con otro hombre, aunque ese otro hombre fuese el simplón y aburrido Howard Herrington.

Echó un vistazo a su alrededor. La fiesta estaba en pleno auge en aquel momento. Varias parejas bailaban al compás de las melodías que tocaba la orquesta. Recordó los días en que había bailado con Giorgio, dando vueltas y más vueltas en sus brazos, hasta sentirse aturdida y mareada, pero feliz y segura de tenerlo junto a ella, viendo el mundo girar alrededor de ellos como si no existiera otra cosa en el universo. Aquella época de su noviazgo y los primeros meses de su matrimonio fueron los más felices, especialmente para una chica como ella que había crecido en un ambiente muy humilde. No recordaba que hubiera habido en su casa fiestas, ni aniversarios, ni celebraciones de ningún tipo durante su infancia y adolescencia.

En cuanto conoció a Giorgio, trató de buscar subconscientemente en su familia el apoyo que le había faltado en la suya. Sintió que había pasado de vivir en un pequeño barco a la deriva a refugiarse en un puerto grande y seguro.

Pero ahora todo había cambiado. Había vuelto con él, pero sólo de manera temporal. Giorgio quería que hiciera como si todo fuese igual que al principio y ella había aceptado hacerlo por unas semanas, tal vez por un mes o dos. Sabía que no podía echar las campanas al vuelo, su embarazo podía acabar como las otras veces. Tenía que mantenerlo en secreto hasta que Giorgio diese su juego por concluido. No podía darle falsas a esperanzas ni a él ni a nadie, incluida ella misma.

Sintió de repente un gran dolor al recordar al abuelo Salvatore. Era un hombre tan lleno de vitalidad… El último de los patriarcas de la dinastía Sabbatini. Ella había aprendido mucho observando la

dinámica de la familia durante esos cinco años. Aunque salidos del mismo molde, todos sus miembros eran diferentes, con sus propias peculiaridades. Giorgio era, de los tres hermanos, el que más se parecía al abuelo. Sospechaba que, por esa razón, le había confiado a él su estado de salud antes que a los demás. Salvatore sabía que Giorgio tendría la fuerza necesaria para llevar las riendas de la familia en aquellos tiempos tan difíciles de crisis económica y defendería con mano firme sus negocios. Sabía que era fuerte y que no necesitaría la ayuda de nadie. Podría lamentarse, e incluso llorar, pero en privado. Nunca demostraría a nadie un asomo de debilidad.

Giorgio la acompañó hasta donde estaba su abuelo y su madre para que se despidiera de ellos. Hubo más felicitaciones y flashes de las cámaras de los reporteros gráficos. Salvatore sonrió a su nieto mientras le estrechaba la mano.

–Me has hecho esta noche el hombre más feliz del mundo, Giorgio. No sabes cuánto he rogado para que no te divorciaras de tu mujer. Sabía que volverías con ella cuando recapacitases seriamente sobre ello.

Maya esbozó una sonrisa cuando Salvatore fijó sus ojos en ella.

–Maya, tú eres la mujer que le conviene a mi nieto. Has sabido sacar de él su lado más humano. No le abandones nunca, *mio piccolo*. Cada vez me recuerdas más a María, mi adorada esposa. A pesar de que ella era fuerte y corpulenta y tú pequeña y frágil, en el fondo era igual que tú, con el mismo carácter y temperamento. Lo supe desde el mismo instante en que te vi.

–Ha sido una fiesta muy bonita, abuelo. Deseo que sigas disfrutando de ella –dijo Maya, inclinándose hacia él para darle un beso en cada mejilla, y luego, limpiándose con el dorso de la mano las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, añadió–: Te quiero mucho, abuelo.

Salvatore sonrió con indulgencia, mientras ella volvía al lado de Giorgio y él le pasaba de nuevo el brazo por la cintura.

–Nunca lo he dudado, hija mía –dijo el anciano–. Ahora, vete a casa con tu marido y dile lo mismo que a mí.

Capítulo 4

NO podemos vivir juntos en este apartamento tan pequeño –dijo Maya mientras abría la puerta de su casa una hora después.

Gonzo se puso a saltar y a dar brincos, moviendo la cola como si fuera un metrónomo marcando un compás de tres por cuatro.

Giorgio despidió con un gesto a la limusina y al coche que les había escoltado. Cerró después la puerta del apartamento y se inclinó hacia el perro para acariciarle las orejas.

–¿Por qué no? –preguntó él–. Supongo que habrá una cama, ¿no? Maya sintió un vacío extraño en la boca del estómago.

–Sí, pero… sólo hay una.

–En ese caso, tendremos que compartirla –replicó él, alzando las cejas.

–De ninguna manera –dijo ella dando unos pasos hacia atrás y levantando las manos como queriendo marcar las distancias–. Si quieres quedarte, tendrás que dormir en el sofá.

Giorgio miró con cierto recelo el sofá que había en un lado del salón. Maya lo había comprado de segunda mano en unas rebajas, junto con otras piezas del mobiliario, en un intento de tratar de olvidar la vida de opulencia que había llevado esos cinco años y volver a acostumbrarse al estilo de vida más humilde que había llevado antes.

–Yo no dejaría que durmiera en ese sofá ni siquiera Gonzo –dijo él–. Es muy pequeño.

–Tú verás –respondió ella moviendo la cabeza con gesto despectivo–. Ése no es mi problema.

Maya se encaminó hacia su habitación, pero una mano la agarró por sorpresa con la misma rapidez que una cobra se abalanza sobre su presa. En un abrir y cerrar de ojos, se vio apresada entre la pared y el cuerpo duro y musculoso de Giorgio.

–Creo, Maya, que hay algo que no has entendido muy bien de lo que te dije antes –dijo él con voz suave pero con un deje irónico–. Nuestra reconciliación no es sólo un paripé de cara a la prensa.

–¿Qué quieres decir? –exclamó ella con los ojos como platos y el corazón desbocado–. No querrás… no estarás pensando en… –añadió con la voz entrecortada y un nudo en la garganta.

¡Por el amor de Dios! ¡Sí! Estaba pensando en eso. Lo podía ver en el brillo de sus ojos.

Giorgio comenzó a acariciarle el brazo muy suavemente con las yemas de los dedos, con unos movimientos llenos de sensualidad.

–Ya que estamos aquí, podríamos aprovechar la ocasión –dijo él sin dejar de acariciarla–. ¿Qué me dices? Podríamos ver si aún somos

capaces de repetir lo de la noche de la boda de mi hermano.

Maya intentó, en vano, soltarse de él. Se sentía como si hubiese caído en un cepo para zorros y tratase inútilmente de salir de él.

–Esto no es… lo que acordamos –dijo ella, haciendo un esfuerzo por mantener la calma–. Pensé que se trataba de mantener las formas… de cara a la galería… en público, pero no… cuando estuviésemos solos.

Maya sintió que toda su cordura y sensatez empezaban a flaquear. Comprendió que estaba a punto de echar a perder en un minuto todo lo que había conseguido con tesón y disciplina en los últimos seis meses: su independencia, su autoestima y su fortaleza. No, no se sentía tan fuerte y segura de sí misma como había creído. Había bastado una simple mirada suya y una leve caricia para despertar en ella su deseo dormido.

Él se apretó más a ella, hasta hacerle sentir la dureza y el calor de su excitación.

–Sabes bien que no podría estar nunca contigo en un sitio, por grande o pequeño que fuera, sin que llegásemos a esto…

Ella creyó ver, en la luz de sus ojos negros, una expresión que conocía. Era la expresión que tenía cuando deseaba hacer el amor con ella. La misma que tenía aquella noche de la boda de Luca y Bronte.

Comprendió que tenía que sobreponerse y recuperar el terreno perdido. Había bajado la guardia y pasaba por un momento de debilidad. Quizá su inesperado embarazo fuera la explicación de todo. Después de cada aborto, habían seguido los consejos de los médicos: nada de sexo hasta el tercer mes. Giorgio había sido el primero en cumplirlos a rajatabla, tanto que ella se había preguntado en más de una ocasión si no habría estado con otras mujeres durante esos períodos de prohibición. Sabía de buena tinta que su padre había tenido más de una aventura en los primeros años de su matrimonio con Giovanna. Por supuesto, tras su muerte prematura, todos habían alabado su fidelidad y sus virtudes como si hubiera sido un santo. Quizá su hijo hubiera salido a él. De tal palo tal astilla. Giorgio seguía siendo, a pesar de los años, un gran desconocido para ella. Su hermano Nic era un playboy consumado, igual que lo había sido Giorgio antes de casarse con ella.

–No quiero dormir contigo esta noche, Giorgio –dijo ella armándose de todo el valor que pudo reunir, que no era más que el de un chihuahua tratando de reagrupar a una manada de bisontes tras una estampida.

–¿Sabes lo que eso significa? –exclamó él a su oído acariciándole ahora la muñeca con el pulgar.

–Sí…, no…, bueno… –balbuceó ella sintiendo la cálida fragancia de su aliento en el cuello.

–¿Desaprobaría Herbert que hicieras el amor con tu marido? –preguntó él muy serio como si le hubieran inyectado un dosis de cinismo en las venas.

–Howard –dijo ella de mala gana–. Se llama Howard y nunca he dormido con él.

–¡Oh, pobre Howard! –replicó él con una sonrisa sin dejar de acariciarle la muñeca–. Le comprendo perfectamente. No podría dormir mucho, teniéndote a ti en la cama.

Maya lo miró fijamente, dispuesta a contraatacar.

–¿Y qué me dices de tu modelo de lencería? ¿Pudiste tú dormir con ella?

–Sin el menor problema No sabes lo aburrida que es, tiene menos cerebro que un mosquito –respondió él, inclinándose hacia ella para darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

Maya trató de echarse hacia atrás, arqueando la espalda hasta sentir un pequeño dolor.

–¡Ay! –exclamó ella sin poder evitarlo.

–*Cara*, ¿qué te pasa? –dijo él ayudándola a ponerse derecha–. ¿Te he hecho daño? Ella negó con la cabeza.

–No, no es nada –respondió frotándose la espalda, sin atreverse a mirarlo a los ojos–. Creo que me he debido de hacer una contractura en la clase de yoga.

–Déjame entonces que te dé un masaje –dijo él muy cordialmente. «¡Oh, no, eso es lo último que necesito ahora!», pensó ella.

–No te preocupes, ya me siento mejor. Creo se me acabará pasando con un baño de agua caliente. –¿Dónde está el cuarto de baño? –preguntó él–. Yo te lo prepararé.

–No hace falta que interpretes el papel de marido ideal, Giorgio –dijo ella, mirándolo con aire de recelo–. Aquí no nos ve nadie. No hay paparazis grabándonos a través de las ventanas.

–¿Por qué malinterpretas siempre todo lo que hago? Lo que voy a hacer lo haría por cualquiera.

–Ya, claro –dijo ella con una mirada de despecho–. Por cualquiera mujer a la que quisieses seducir para irte a la cama con ella, ¿verdad?

Él dijo algo desagradable entre dientes, pero no lo suficientemente alto para que ella lo oyese.

Maya se dirigió entonces a la cocina, sacó un vaso de la alacena, abrió el grifo del agua fría y lo llenó. Giorgio la siguió hasta allí y, cuando entró, ella creyó hallarse en la cocina de una casa de muñecas. Su presencia llenaba el cuarto, haciéndolo tan pequeño que, se pusiese donde se pusiese, él podría tocarla sin necesidad de moverse del sitio.

–Parece, Maya, como si estuvieras celosa –dijo él apoyándose en

la encimera y cruzando los pies de forma indolente.

Ella se bebió el vaso de agua y lo dejó en el fregadero.

–¿Y por qué razón iba a estarlo? Estamos separados desde hace seis meses. Los dos somos libres de hacer lo que queramos. Tú puedes acostarte con quien te plazca. Igual que yo.

Aquella respuesta, lejos de encontrarla sensata y razonable, pareció molestarle.

–¿Cuántas veces te has visto exactamente con ese tal Hugh? –preguntó él

–Howard –volvió a corregirle ella, de mala gana–. Se llama Howard –insistió deletreando el nombre.

–No has respondido a mi pregunta.

–Ni pienso hacerlo. Primero, porque no es asunto de tu incumbencia, y segundo, porque yo tampoco te pido a ti que me des detalles de las mujeres con las que sales, si es que eres capaz de llevar la cuenta.

–Parece mentira, Maya. Tú, mejor que nadie, deberías saber que lo que cuentan las revistas del corazón son patrañas.

–¡Vaya! –exclamó ella, alzando una ceja con gesto irónico–. Veo que tienes dos varas de medir muy diferentes. Cuando se habla de ti, todo son patrañas, pero cuando se habla de los demás, parece que das mucho más crédito a los rumores.

–Esta discusión no nos lleva a ninguna parte –dijo él, descruzando los tobillos y poniéndose derecho–. Pareces cansada –añadió pasándose la mano por la cabeza–. ¿Por qué no te vas a la cama? Yo me echaré en el sofá.

Maya pareció dudarlo un instante. En aquel sofá le sería imposible pegar ojo, y los dos lo sabían. ¿Por qué estaba siendo tan caballeroso y cortés con ella? En otro tiempo no se habría andado con tantos miramientos, se la habría llevado a la cama y la habría transportado al paraíso dos o tres veces. Pensando en ello, no pudo evitar que un intenso rubor tiñera sus mejillas. Sintiéndole allí tan cerca, tuvo la sensación de que, en cualquier momento, caería en sus brazos y le pediría que hiciese el amor con ella, aunque no pudiera darle un heredero.

–Pero…

–No te preocupes, será sólo por esta noche –dijo Giorgio–. No creo que pueda soportar más en este cuchitril ¿En qué estabas pensando cuando alquilaste un apartamento tan pequeño?

Maya se cruzó de brazos y lo miró con una sonrisa misteriosa.

–No me extraña que todo te parezca poco, acostumbrado, como has estado tu vida, a la opulencia.

Él se echó a reír, pero no era la misma risa jocosa de unos minutos antes. Era una sonrisa extraña que apenas le había visto en

aquellos cinco años. Era un tipo de sonrisa que tuvo la virtud de hacerle sentir un escalofrío, como si un duendecillo trepara de puntillas por su espalda, apoyando sus diminutos pies en cada una de sus vértebras.

–Maya –dijo él con una expresión ahora más seria–. Sé que hemos crecido en ambientes muy diferentes y que eso ha supuesto una gran traba para ti desde el principio. Por desgracia, eso es algo que yo no puedo cambiar. Creo, por el contrario, que deberías sentirte feliz de cómo te han ido las cosas. Hay muchas mujeres que se quedan en una situación económica muy difícil tras un divorcio. Tú, en cambio, serás una mujer más rica de lo que nunca habrías soñado si te hubieses puesto a trabajar de profesora.

Maya sintió una cierta desazón al ver la forma en que él hablaba de su divorcio, como dándolo por hecho. Sabía que, si alguien tenía la culpa, era ella. Ella había iniciado el proceso de separación. Sin embargo…

Él se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, de forma que no le quedó ningún recoveco por el que escabullirse.

–Mañana regresaremos a la villa –dijo él pasándole ahora la mano por la nuca–. No me importa si las cortinas no están terminadas o si la pintura no se ha secado aún del todo. Al menos allí, tendremos más espacio e intimidad.

Ella trató de mostrarse indiferente a sus caricias, pero era casi imposible no darse cuenta de cómo inclinaba el cuerpo hacia él, de forma instintiva, igual que la aguja de una brújula apunta siempre hacia el norte, independientemente de la posición en que esté. ¿Cuánto tiempo podría aguantar sin traicionarse a sí misma otra vez? Si la besaba en aquel instante, le resultaría muy difícil resistirse. Sentía ya un ardiente deseo de percibir sus labios junto a los suyos. Tenía que morderse la lengua para no mojarse los labios y que él notase lo mucho que le deseaba.

–¿Qué hay del personal de servicio? –preguntó ella pensando en la auténtica legión de personas que trabajaban en la villa, dispuestos siempre a hacer cualquier recado o satisfacer cualquier capricho de un Sabbatini.

También eso había contribuido a acelerar su separación. Aquellas continuas miradas indiscretas a su vientre, aquellas cejas arqueadas de sorpresa cuando Giorgio y él se decían alguna palabra cariñosa como se dicen de vez en cuando un marido y su mujer… El problema era que ellos nunca habían llevado una vida como cualquier matrimonio normal. Ellos habían vivido en una pecera dorada, colmados de atenciones, pero con el tiempo se habían dado cuenta de que no tenían intimidad, de que aquella pecera se había convertido en un aquarium abarrotado de peces de todas las especies.

Georgio retiró su mano de la nuca de ella.

–He reducido su número. Tenías razón cuando me dijiste que la villa se parecía cada vez más a un hotel de la cadena Sabbatini que al hogar de un matrimonio. Yo he crecido rodeado siempre de sirvientes y eso me parecía normal, pero ahora me doy cuenta de lo extraña que has debido de sentirte. Después de todo, debido a mi trabajo, has tenido que pasar más tiempo con ellos que conmigo.

Maya apenas podía dar crédito a sus oídos. Lo miró fijamente durante un buen rato. Frunció el ceño al pensar que pronto volvería a su antigua vida de millonario en la que tendría a todo el mundo a sus pies dispuesto a servirle y a satisfacer sus deseos.

–No me crees, ¿verdad, *cara*? –dijo él con una sonrisa–. ¿Cuál es el problema? ¿No me ves capaz de hacerme una tortilla?

–Sé que eres capaz de hacer las recetas más sofisticadas, pero siento decirte que no te veo pasando la aspiradora o la mopa, por no hablar de lavar la ropa.

–No tengo tiempo de dedicarme a las labores del hogar, pero hago lo que puedo –dijo él con una sonrisa–. Carita, mi nueva ama de llaves, viene sólo dos veces por semana y sólo a media jornada.

–¿Es joven y guapa? –preguntó Maya, imaginándose a la tal Carita como otra modelo más de lencería, paseando desnuda por la villa, con unas sandalias de tacón alto y un plumero rosa en la mano.

Giorgio le acarició las mejillas, mientras clavaba sus ojos en ella.

–Veo que estás celosa.

Maya alzó la barbilla desafiante, pero sin rechazar sus caricias.

–Puede ser. Pero tú también lo estás. No haces más que pincharme con Howard, como si fuera a casarme con él cuando tengamos el divorcio.

Se hizo un silencio largo y tenso. Giorgio la miró muy serio y con el ceño fruncido.

–¿Piensas volver a casarte? –preguntó él, apartándose unos pasos de ella.

–No lo he pensando todavía –respondió ella suspirando–. ¿Y tú?

Él la miró fijamente durante unos segundos y luego desvió la mirada.

–Desde que Luca y Bronte se vinieron a vivir aquí con su hija Eve y comunicaron a la familia que estaban esperando otro hijo, ya no siento la presión de antes. Cuando concluya lo de nuestro divorcio, tendré tiempo de reconsiderar mi situación y replantearme con más tranquilidad el futuro.

–Sí, ya no te verás obligado a hacer un matrimonio de conveniencia como conmigo, ¿verdad? –dijo ella, arqueando las cejas con intención.

–Fue un matrimonio conveniente para los dos. Yo te ofrecí todo

lo que estaba en mi mano, pero tú no quisiste nada. Nuestra relación siguió su curso natural sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada por cambiarlo.

«Podrías haberme amado», pensó ella. «Quizá entonces nuestra relación podría haber tenido un futuro».

Giorgio respiró profundamente como resignado.

–Creo que los dos estamos muy cansados. Ve a acostarte, yo dormiré ahí en el sofá. Voy un momento al baño. ¿No tendrás por casualidad un cepillo de dientes para dejarme? Me he venido sin nada.

–Creo que hay uno en el cajón de debajo del lavabo. Tienes también toallas limpias.

Giorgio subió las escaleras y se detuvo en el rellano al ver una puerta que se imaginó sería el cuarto de baño. Pasó dentro. Era tan pequeño, que tuvo la sensación de ser un gigante. Tuvo que agacharse e inclinarse un poco hacia delante para poder verse la cara en el espejo. Parecía tan cansado como Maya. Y estaba tan celoso como ella, si no más. La verdad era que no se había acostado con la modelo de lencería a pesar de las facilidades que ella le había dado. Le había pedido un taxi para que se volviera a su casa y se había tomado luego media botella de whisky.

Trató de olvidarse de todo y abrió el cajón del lavabo. Estaba lleno de toda esa parafernalia de objetos que suelen tener las mujeres en el cuarto de baño: bastoncillos de algodón, pinzas de depilar, tampones, toallitas de papel perfumado y un cepillo de dientes nuevo en su estuche, aún sin abrir

Pero había también otra cosa que le dejó perplejo.

Capítulo 5

MAYA estaba poniendo una almohada y una colcha en el sofá cuando presintió, más que oyó, la llegada de Giorgio. Sintió sin saber por qué un escalofrío. Hasta el mismo Gonzo se acurrucó en el suelo y emitió un pequeño gruñido como si presintiese que se avecinaba una tormenta.

–Maya. Oveja Negra

Ella dejó la colcha que estaba alisando y se incorporó para mirarle. Tenía una expresión que daba miedo. Ella sintió pánico cuando vio el objeto que tenía en la mano derecha. Sintió un vuelco en el corazón y se pasó, muy nerviosa, la lengua por los labios.

–Yo… No pensé… No pensé que pudieras encontrar… –dijo ella angustiada, sin saber qué decir.

Giorgio dejó el test de embarazo con mucho cuidado sobre la mesita que había junto al sofá. Aquella varilla parecía un nuevo obstáculo que se abría entre ellos de forma acusadora, amenazando con separarlos definitivamente. ¡Qué ironía!, se dijo ella, pensando que, en condiciones normales, debería haber servido justamente para lo contrario.

–¿Cuándo pensabas decírmelo? –preguntó él con una mirada fría y dura como el hielo.

–Pensé que no valía la pena decírtelo, porque…

–¿Porque no es mío? –le cortó él de forma brusca.

Maya se quedó boquiabierta sin poder articular palabra, como si acabase de sufrir una profunda conmoción. Creyó ver ante sus ojos una nube de miles de lucecitas brillantes como pececillos de plata y tuvo que agarrarse a un borde del sofá para guardar el equilibrio. Nunca se hubiera esperado una reacción así de él. ¿Cómo era capaz de pensar una cosa así de ella? Sin embargo, cuando recordó la forma en que la prensa había tratado su supuesta cita con Howard, comprendió que Giorgio pensase que no estaba embarazada de él. Después de todo, no habían sido capaces de tener un hijo en todos esos años. Trató de ponerse en su lugar. Ella había sufrido mucho por no haberle podido dar un hijo, pero nunca le había preguntado cómo se sentía él. Quizá se había sentido menos hombre por ello, menos potente y viril por no conseguir uno de los principales objetivos por los que se había casado con ella.

Giorgio se puso a dar vueltas muy nervioso por aquel reducido espacio. Se detuvo luego un instante y la miró fijamente.

–Pretendías hacerme creer que era mío, ¿verdad? Por eso estuviste tan cariñosa la noche de la boda de mi hermano, comportándote de una manera poco habitual en ti. Estabas muy

interesada en conseguir el divorcio y de pronto apareciste llena de pasión tratando de rasgarme la camisa para hacer el amor.

–Yo no te rasgué la camisa –dijo ella sin saber qué decir–. Los dos estábamos casi con toda la ropa puesta…

–Sí, es verdad, ni siquiera te molestaste como otras veces en los preliminares. Sólo querías llegar al final cuanto antes para conseguir tu coartada, tu justificación para endosarme al hijo que has concebido con ese hombre.

Maya juntó las manos y las apretó con fuerza para no dejarse llevar por su impulso y hacer con ellas lo que estaba deseando.

–Te equivocas, Giorgio, no fue así… –¡Maldita sea! ¿Y cómo fue entonces? –preguntó él muy furioso.

«Fue maravilloso, fue como al principio, espontáneo, apasionado e inolvidable», pensó ella, sin atreverse a decírselo.

–Nunca pensé en acostarme contigo esa noche –replicó ella.

«¡Embustera!», le dijo su consciencia. Ella no había pensado en otra cosa desde que entró en la iglesia y lo vio allí en el altar junto a su hermano Luca, esperando a la novia. Le había recordado el día de su boda, lo ilusionada que había estado, lo apuesto y elegante que estaba Giorgio aquel día y lo orgullosa que se había sentido de casarse con él a pesar de que él nunca le había dicho que la amaba.

Sí, era cierto que habían bebido varias copas de champán durante la fiesta y que ella no había puesto ninguna objeción a subir con él a su habitación para discutir algunos detalles del divorcio, pero eso no justificaba nada. ¡Qué tonta había sido! Él había sido el que lo había organizado todo. Y ahora pretendía echarle a ella la culpa de las consecuencias.

–Eres una ambiciosa cazafortunas –dijo él apuntándola con el dedo–. Lo tenías todo calculado, pero te equivocas si crees que soy estúpido. ¿Cómo iba a ser mío este hijo cuando, en dos años y medio, no he conseguido dejarte embarazada? Lo oyes bien, Maya, dos años y medio. ¿Sabes cuántas veces hemos hecho el amor en todo ese tiempo?

Ella estaba a punto de echarse a llorar, pero su orgullo le impidió darle esa satisfacción.

–Tú eres el padre, Giorgio. Y te aconsejo que disfrutes de este momento mientras dure, pues probablemente no sea mucho.

–¿Qué estás diciendo? –exclamó él con un nudo en la garganta como si tratara de tragarse un sapo.

–Estoy embarazada de seis semanas. Nunca he conseguido pasar de las ocho primeras, como tú bien sabes. La mayoría de los médicos dicen que hasta los tres primeros meses siempre hay algún riesgo de aborto.

«Seis semanas», pensó Giorgio, haciendo rápidamente los

cálculos. No en vano era el responsable financiero del negocio de los Sabbatini. Sintió un dolor agudo en la boca del estómago, como si alguien le estuviera pellizcando por dentro con unas pinzas metálicas.

«Seis semanas, mil y ocho horas», se dijo para sí.

La noche de la boda de su hermano Luca con Bronte, él había perdido el control y había tratado a Maya como a una prostituta, sin preocuparse siquiera de saber si había vuelto bien a casa, después de haber hecho el amor con ella. Se había despedido de ella sin una palabra. Su orgullo le había impedido decirle que se quedase con él esa noche, y la noche siguiente y la noche después… Se dijo que era lo que ella había querido, lo que los dos habían querido. ¡Maldita sea! Habían sido muy desgraciados en su matrimonio, siempre discutiendo por cualquier cosa. Sí, ella había sido la que había pedido la separación pero, si no lo hubiera hecho, habría sido sólo cuestión de tiempo que él mismo la hubiera solicitado.

Pero ahora las cosas habían cambiado. ¿Cómo podían divorciarse cuando iban a tener un hijo?

Él había tratado de prolongar el divorcio, poniendo todo tipo de trabas legales, no sólo para defender sus intereses económicos y los de la empresa de su familia, sino también porque odiaba la idea del fracaso. Había fracasado en su intento de sacar a flote su matrimonio. Había fracasado en su objetivo de tener un hijo con ella. Su matrimonio estaba muerto y no había forma de resucitarlo. Tenía un buen montón de excusas para justificarse, todas ellas muy válidas desde su punto de vista: la muerte de su padre, la responsabilidad que su familia había depositado en él para llevar la dirección de la empresa y los problemas de fertilidad a los que Maya y él se habían enfrentado. Todo aquello lo había llevado a la situación tan desesperada en que ahora se veía. Por un lado estaba Maya, tratando de conseguir lo máximo posible antes de salir de su vida para siempre. Y por otro estaba él, preguntándose si no podría haber hecho algo más para evitar haber llegado a esa situación.

Lo primero que tenía que hacer era retractarse y pedirle perdón por sus terribles acusaciones. ¿En qué estaría pensando para decirle unas palabras tan crueles cuando jamás le había dado la menor muestra de infidelidad en todos esos años? Él había sido su primer y único amante. Aún recordaba con emoción aquel momento en que ella le había entregado su virginidad.

Se aclaró la garganta antes de hablar, sintiéndose como un colegial en vez de como el ejecutivo de treinta y seis años que llevaba las riendas de una corporación internacional con un presupuesto de más mil millones de euros.

–Maya… No sé cómo decirte esto, pero me gustaría… Se detuvo a mitad de frase al ver el brillo de sus ojos grises.

–No voy a acceder a hacer un test de paternidad. No, hasta después de que nazca nuestro hijo, si es que nace finalmente. Supondría para él demasiado riesgo.

Giorgio sintió una nueva punzada en el estómago.

–No estaba pensando en una prueba de paternidad. –¿De veras? –dijo ella con una mirada llena de ironía.

–No –replicó él–. Me basta con tu palabra. Si tú me dices que el niño es mío, te creo. En todo caso, las fechas no mienten. Yo no usé ningún preservativo aquella noche, por lo que tiene que ser hijo mío.

Ella le dio la espalda indignada.

–Así que, si no te hubieran salido los cálculos de las fechas, me habrías pedido una prueba de paternidad, ¿no es eso? –exclamó ella con una mirada de desprecio–. No podía esperar otra cosa de ti, Giorgio. ¡Eres un malnacido!

Giorgio encajó aquellas palabras con resignación. Sabía que se las merecía. Durante aquellos seis meses amargos de su separación, había descubierto un lado desconocido de ella. Era mucho más independiente y segura de sí misma de lo que se había imaginado. Siempre le había parecido muy recatada y sumisa, pero durante aquel período de su separación había descubierto en ella unas cualidades que le habían sorprendido muy gratamente, hasta el punto de verla más deseable.

–Ha sido una gran sorpresa para mí encontrarme de repente este test en el cajón del lavabo –dijo él–. Ya sabes lo poco que me gustan las sorpresas. No he tenido aún tiempo de asimilarlo.

Se pasó la mano por la cabeza. Pensó que tenía ya el pelo demasiado largo y que tendría que ir a cortárselo. Al principio de su matrimonio, se lo cortaba Maya. ¿Cuándo había dejado de hacerlo? No podía recordarlo. Lo que sí recordaba eran sus delicados dedos hurgándole la cabeza mientras le cortaba el pelo muy despacio con las tijeras y le hablaba de sus cosas, y se reía dulcemente, y él la miraba extasiado, unas veces por el lado derecho y otras por el izquierdo. Ella había conseguido convertir aquellos momentos en algo mágico e inolvidable.

Pero eso había quedado atrás hacía ya mucho tiempo…

Ella se giró para mirarlo, con actitud defensiva y los brazos sobre el pecho. Él, por su parte, parecía no poder apartar la vista de su vientre aún liso. Sintió una extraña sensación al pensar en aquella promesa de una nueva vida aún frágil pero esperanzadora.

«Por favor, permite que sobreviva», imploró a Dios, a ese mismo Dios al que él había ignorado desde hacía tantos años. Y sintió deseos de tocar con la mano esa parte, ahora milagrosa, del cuerpo de Maya, para comprobar que su hijo vivía, que estaba a salvo, y poder decirle que lo quería y que lo protegería toda su vida, no importaba lo corta o

larga que fuese.

–No quiero que la prensa sepa nada de esto –dijo Maya–. No quiero tener que soportar las especulaciones sobre si el embarazo va a seguir adelante o no.

Giorgio comprendió lo que quería decirle. Él estaba ya acostumbrado a la prensa, en la medida en que cualquier personaje famoso podía estarlo. Había crecido en medio de aquel ambiente de rumores y cotilleos. Pero Maya había vivido en un mundo muy diferente. Se había acostumbrado desde pequeña a andar por su humilde barrio sin que nadie le prestase la menor atención. Y lo mismo le había ocurrido luego en Sidney, donde había estado estudiando en la universidad antes de hacer aquel viaje por el extranjero en el que la había conocido. Nunca le había parado nadie por la calle para pedirle un autógrafo o sacarle una fotografía. Casi desde el principio, se había recluido en sí misma, como si quisiese esconderse del mundo. Comprendía todo eso ahora, cuando ya era demasiado tarde para cambiar las cosas.

¿Por qué no la había protegido más? ¿Por qué no había estado más pendiente de ella? ¿Por qué no se había dado cuenta a tiempo de que ella había nacido en un mundo muy diferente al suyo? Un mundo donde el pez grande se comía al chico, donde las personas competían sin ninguna ética ni moral por conseguir los máximos beneficios para ellos o para sus empresas, y donde todo valía para ascender en la escala social. Maya había tratado de adaptarse a ese mundo, pero había supuesto un gran desgaste para ella.

Desde que le había dejado, Giorgio había visto su vida pasar ante sus ojos como en una retrospectiva: la repentina muerte de su padre, la trágica pérdida de su pequeña hermana de tres meses… Sabía que la presión que habían ejercido para que se casara y tuviera un hijo era debida a esa pérdida. Su familia quería reemplazar a la niña que habían perdido de forma inesperada. Ninguno de ellos había vuelto a la villa de Bellagio desde entonces. Como Maya había dicho, se pasaba vacía la mayor parte del año. Nadie hablaba de ello. Les traía a todos recuerdos muy dolorosos, especialmente a su madre desde la muerte de su marido tras aquel horrible accidente de tráfico. Giorgio comprendió que debía haberle hablado a Maya de todo aquello, pero había preferido encerrarse en sí mismo. La única vez que había llevado a Maya a esa villa, había sido tras insistirle ella mucho. A él le resultaba muy difícil abrir su corazón en aquel lugar en el que había dejado su infancia y su inocencia.

–Haré todo lo que pueda por mantener a la prensa al margen de este asunto, de momento. Pero es algo que se escapa de mi control –dijo él–. ¿Has ido ya a ver al médico?

–No, todavía no –respondió ella, mirándolo como una niña

perdida en busca de amparo–. No estaba segura de si creerme o no el resultado del test. Pensé que sería más sensato esperar una semana o dos… para estar más… segura.

Giorgio se imaginó lo que estaría pasando y se sintió de nuevo culpable por la forma en que se había comportado con ella en el pasado. Le había dado pie a que pensase que él se limitaba a ver aquellos primeros abortos como algo accidental, propio del curso de la naturaleza, esperando con aquella postura filosófica ayudarla a sobrellevar su dolor, en vez de hacerle partícipe de su propio sufrimiento. Sabía bien lo que ella se había involucrado emocionalmente en cada uno de aquellos embarazos. Él también. ¿Por qué no le había dicho entonces lo que sentía? Quizá eso la hubiera ayudado más a sobreponerse que el pretender hacerle ver que no le preocupaba lo más mínimo y que era algo más normal de lo que pensaba. ¿Cómo podía haberle dicho una cosa así cuando cada uno de aquellos embarazos podía haber acabado siendo un hijo suyo?

Después del dolor tan grande que había visto en sus padres tras la muerte de su pequeña hermana, había cerrado la puerta a esa clase de sentimientos. Había sido la única forma que había encontrado de enfrentarse a ellos.

Maya había estado imaginándose, desde el primer instante de cada uno de sus embarazos, cómo sería la graduación de ese hijo, cómo sería el día de su boda… Y él se había mantenido al margen como si la cosa no fuese con él. No era de extrañar que ella pensase que era un canalla despiadado y sin sentimientos.

–Necesitamos que nos lo confirme un médico –dijo él–. Tendremos que confiar en su discreción y profesionalidad, pero creo que eso no será ningún problema. Necesitarás descansar lo más posible. ¿Te encuentras bien?

Ella se mordió el labio inferior por dentro, y él, al mirarla, creyó ver de nuevo la imagen de una niña perdida en la calle en busca de amparo.

–Siento náuseas, pero tampoco excesivas. Me siento cansada a ratos y noto a veces un pequeño dolor en la espalda, pero eso creo que tiene más que ver con alguna mala postura en mi clase de yoga que con el embarazo.

–Creo que sería más sensato que dejaras de hacer cualquier tipo de ejercicio físico hasta que no te vea el médico –dijo él–. Tienes que tomártelo con calma, Maya. Esto es ahora lo más importante de tu vida. No debes hacer nada que pueda poner en riesgo a nuestro hijo.

–No te preocupes tanto por mí, Giorgio. Con eso no vas a cambiar nada. Si pierdo a este bebé… Bueno, no quiero hacerme ilusiones tan pronto…

Giorgio se acercó a ella y la envolvió con sus brazos. Maya se

acurrucó en ellos, sintiéndose tan a gusto encajada en su cuerpo, como una llave en su cerradura. Él enterró su cabeza entre su pelo rubio y sedoso, deleitándose con el suave perfume a gardenias de su delicada fragancia femenina.

Era un aroma que no había podido olvidar durante todos aquellos meses de su separación.

Seis largos meses.

–Trata de no preocuparte por nada, *cara* –dijo él–. Lo que tenga que ser será. Nosotros no podemos hacer otra cosa que tomar todas las precauciones necesarias para que el embarazo llegue esta vez hasta el final con las máximas garantías posibles.

–¿Y si no es así? –preguntó ella con una expresión de dolor en la mirada.

¿Qué respuesta podía darle? Él quería lo mismo que ella. Quería un hijo, un heredero, un hijo que llevara su misma sangre, la sangre de los Sabbatini. Nunca había pensado que las cosas fueran a resultar tan difíciles, pero había aprendido que la vida daba muchas vueltas y que no había que dar nada por sentado. Había que vivir el momento, disfrutando de las cosas que uno tenía a su alcance. Su trabajo llenaba gran parte de su vida, pero había llegado a la conclusión de que no era suficiente. Había un vacío que el trabajo no era capaz de llenar. Deseaba tener lo que su hermano Luca tenía. Tampoco a él le había resultado fácil. Había tenido que sufrir mucho, pero al final lo había conseguido. Tenía una esposa encantadora y una hija adorable. Y otro hijo en camino. ¿Qué más podía desear un hombre?

Eso era lo que él deseaba. Si no lo lograba, sería voluntad de los dioses. Pero el azar era algo que no entraba en su carácter. A él le gustaba tenerlo todo bajo control. Él hacía números y supervisaba cifras. Sabía lo que había que hacer y lo hacía.

Pero había veces en que eso no era suficiente.

–Maya –dijo él, dándose tiempo para encontrar las palabras adecuadas–. Si esto no funciona, si al final aún sigues queriendo el divorcio, lo discutiremos. Pero sólo entonces. Ahora estamos juntos sólo por mi abuelo. Lo del embarazo ha venido a ser como un extra, un regalo que nos ha caído por sorpresa y del que debemos esperar… –dudó de nuevo buscando terminar la frase con las palabras más apropiadas– un hijo sano y fuerte.

–Necesito descansar –dijo ella sin poder ocultar un gesto de dolor en la mirada, con un tono como si diese por terminada la conversación.

Él observó una mirada de determinación en sus bellos ojos grises y comprendió que no quería continuar la conversación esa noche.

Se agachó para ponerle a Gonzo la correa.

–Lo sacaré a dar una vuelta. Tú vete a la cama y llámame si

necesitas algo durante la noche.

–No te necesito, Giorgio –dijo ella secamente con una mirada inexpresiva–. Puedo hacer esto yo sola si es preciso.

A pesar de los saltos de alegría de Gonzo ante la perspectiva de aquel inesperado paseo nocturno, Giorgio se quedó mirando a Maya, absorto en su mirada fría e impasible.

«No te necesito». Aquellas palabras resonaron en su corazón, llegando a lo más profundo de su alma. Pero tenía una cosa clara: no estaba dispuesto a dejar que se fuera por segunda vez de su lado sin luchar con todas sus fuerzas por ella. Con bebé o sin él.

–Me dijiste, Maya, que el niño es mío. Pues bien, quiero que sepas que nunca dejaré a un hijo que es carne de mi carne y sangre de mi sangre. Ya no soy el de antes, he cambiado, y haré todo lo posible para que nuestro matrimonio sea para toda la vida.

Capítulo 6

O HASTA que pierda a este hijo, como perdí a los demás», se dijo ella tras escuchar a Giorgio saliendo de casa con el perro.

No podía hacerse a la idea de verle soportando durante años un matrimonio estéril, llevado sólo por su sentido del deber y la responsabilidad.

Era preciso que hubiera algo más. Algo como el amor.

Se reprochó a sí misma por creer en los cuentos de hadas como cuando era niña. Hacía mucho que se había resignado a aceptar que él nunca llegaría a sentir nada por ella. ¿Por qué seguir torturándose inútilmente?

Salió del pequeño *salone* y aprovechó que él estaba fuera para quitarse el maquillaje y darse su habitual crema hidratante antes de meterse en la cama. Contempló con desdén la colección de lociones, perfumes y cremas limpiadoras y antiarrugas. Había tenido la tentación de tirarlas todas, junto con el resto de objetos a los que tenía derecho como esposa legal de Giorgio Sabbatini, pero odiaba desperdiciar las cosas, por eso las había metido todas en su equipaje el día que lo había abandonado.

Le costaba tener que recordar aquel terrible día. Se había comportado de forma bastante cobarde, aprovechando para irse de casa cuando Giorgio estaba en Suiza asistiendo a una conferencia financiera muy importante en Zurich. A pesar de todo lo que se había deteriorado su relación en los últimos meses, pensó que, estando él presente, le habría faltado el valor necesario para dejarlo. Se pasaban el día discutiendo por cualquier cosa y parecía ya un hábito el que se llevaran la contraria de forma sistemática. Llegó a pensar incluso que había empezado a odiarla.

Llevaban por entonces varias semanas sin hacer el amor… Tres meses parar ser exactos. Las inyecciones de hormonas que Maya se ponía como parte de su tratamiento de fecundación in vitro la habían vuelto más irascible e irritable. Por si fuera poco, Giorgio había tenido que dar una muestra de esperma, cosa que había encontrado humillante pese a que los doctores y enfermeras se habían comportado de manera muy discreta y profesional.

El sexo era una carga pesada, una obligación que había acabado matando los sentimientos que él pudiera haber sentido alguna vez por ella. No le había hablado de amor, pero ella se había casado con la esperanza de que algún día llegara a sentir algo por ella. Giorgio, sin embargo, estaba lejos de ser uno de esos hombres románticos y sentimentales. No podía imaginárselo demostrando una debilidad en presencia de otra persona. Siempre mantenía las distancias con los

demás.

Maya tenía suficientes amigas como para saber lo difícil que era la convivencia en el matrimonio. La pareja más unida y feliz podía verse rota en un instante por cualquier revés o contratiempo imprevisto. Ella se había prometido a sí misma que nunca abandonaría al hombre que fuese su marido, que sería una esposa amante y fiel, y que haría todo lo posible para mantener siempre viva la llama de la pasión. Pero al final, a pesar de todos sus buenos propósitos, había fallado. Y había fallado porque no sólo estaba ella en aquel matrimonio. También estaba Giorgio. Él se había ido distanciando poco a poco de ella. Al principio, no le había dado mayor importancia, achacándolo al dolor que sentía tras la trágica muerte de su padre y a la mayor responsabilidad que había tenido que asumir en el negocio de la familia.

Aquellas tres semanas en el hospital, junto a Giancarlo en estado de semicoma, habían sido las más penosas de su vida. Había sido realmente cruel tener que ver a aquel hombre tan fuerte y tan lleno de vitalidad convertido en un guiñapo.

Ella había tratado de ayudar a su suegra durante aquellos días tan duros, pero Giovanna había preferido refugiarse en sus hijos, y ella se había sentido relegada a un segundo plano.

Su sentido del fracaso, por no ser capaz de llevar su embarazo más allá de la sexta semana, había alcanzado su punto culminante cuando Giovanna comenzó a hacer comentarios acerca de cómo ella había traído tres hijos al mundo, sanos y fuertes, además de una hija. Parecía como si quisiese decir con ello de forma solapada: «¿Pero qué clase de mujer es esta Maya que no es capaz de hacer lo mismo?». A pesar de todo, sentía pena por su suegra. Giovanna apenas salía de la villa familiar y el médico había tenido que recetarle antidepresivos.

Nadie de la familia, aparte de Salvatore, había vuelto nunca a hablar de la muerte de la pequeña Chiara, a pesar de los años que habían transcurrido desde entonces.

El abuelo le había contado que había sido Giorgio, con sólo seis años, el que había encontrado a su hermana fría y sin vida en la cuna.

Siempre que había intentado hablar con él de ese asunto, había respondido igual que su madre, negándose a dar detalles de lo sucedido y alegando que eran cosas del pasado que había que olvidar.

Ella veía en aquella actitud una falta de comunicación y un signo de que la relación no marchaba bien entre ellos. Nunca había confiado en ella. Siempre se guardaba las cosas para sí.

Ni siquiera cuando volvió de Suiza aquel día y encontró su nota en el escritorio del estudio, reaccionó como ella había esperado secretamente. La buscó durante un par de días y, cuando dio con ella, se limitó a decirle de forma fría e impersonal, como si estuviera

tratando otro más de sus negocios, que se encargaría de preparar los papeles de la separación lo antes posible. No demostró la menor indignación, permaneció inmutable sin mover un solo músculo de la cara. Apenas tardó cinco minutos en decir todo lo que tenía que decir, contando el invertido en dar unas palmaditas a Gonzo en el lomo.

Había comprendido entonces que no había ninguna esperanza. Había tenido razón desde el principio. Pertenecían a dos mundos muy diferentes y dispares. Ella era una pobre huérfana abandonada mientras él pertenecía a una familia de sangre azul, muy rica y poderosa.

Cuando oyó abrirse ahora la puerta en la planta de abajo, se metió en la cama corriendo, se tapó con la colcha hasta la barbilla y apagó la lámpara que tenía en la mesita de noche, renunciando a leer el libro que tenía al lado, como hacia todas las noches para conciliar el sueño. Cerró los ojos y contuvo la respiración unos segundos, esperando oír el sonido de sus pisadas subiendo la escalera.

Pero no oyó nada.

No supo si sentirse alegre o decepcionada. Se puso entonces a pensar en Giorgio, tratando de buscar la postura menos incómoda para poder dormir en aquel sofá tan pequeño. Se lo imaginó encogido y con las piernas adormecidas, colgando del brazo del sofá.

Se dio la vuelta en la cama, abrió los ojos y se puso a mirar a través de la ventana. La luna, con su cara de plata, parecía estar mirándola. Se quedó así quieta unos minutos, escuchando cualquier movimiento que pudiera venir de las escaleras.

Después de un buen rato, oyó unas pisadas. Pero no eran de Giorgio. Oyó entonces los gemidos de Gonzo, arañando en la puerta.

Le había estado adiestrando para que durmiera por las noches en su cojín del cuarto de lavar, pero el animal parecía haber olvidado todas sus enseñanzas, y muy testarudo, como todos los Sabbatini, quería dormir entre las suaves sábanas de algodón egipcio de su cama.

Se dio la vuelta, apartó la colcha y se dirigió a la puerta.

–No, Gonzo. Tienes que dormir abajo –dijo ella muy seria señalando con el dedo en dirección a las escaleras–. Vuelve a tu sitio, ahora mismo.

Se oyeron entonces unas nuevas pisadas subiendo por la escalera. Sintió que le temblaban las piernas al ver aparecer a Giorgio en calzoncillos. Lo miró con los mismos ojos de satisfacción que pone un animal hambriento cuando se le pone delante un festín y se le invita a comer todo lo que quiera. Vio su torso desnudo y musculoso, con aquel suave y a la vez áspero vello que le producía aquel excitante hormigueo en sus pechos cuando estaba en sus brazos. Miró fascinada su abdomen liso y duro y la línea de su vello púbico, cuyo rastro se perdía por debajo de sus calzoncillos. Lo miró atentamente. No podía

asegurar que estuviera excitado del todo, pero le faltaba poco. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo al ver el bulto entre sus muslos.

–No puedo con él –dijo ella con su mejor voz de profesora, como si estuviera reprendiendo a un alumno en clase, delante del director–. No es la primera vez que me hace una cosa así.

Giorgio apoyó uno de los hombros en el marco de la puerta y se la quedó mirando, momento que Gonzo aprovechó para entrar y meterse de un salto en la cama. Tras unos ligeros movimientos para hacerse un hueco, el animal cerró los ojos y se quedó dormido con un gemido.

–Mira lo que has conseguido –dijo Maya muy enfadada–. Después de todo el trabajo que he estado haciendo con él estas semanas, ahora vienes tú y lo estropeas todo –añadió chasqueando los dedos para dar mayor efecto a sus palabras.

Giorgio tomó su mano en el aire y se la llevó a la boca. Le besó los dedos, uno a uno, mientras la miraba fijamente con sus ojos negros brillando de una forma que ella conocía muy bien.

–Parece, *cara*, que todos quieren compartir tu cama contigo esta noche –dijo él–. No culpo a Gonzo. El sofá es sin duda el lugar más incómodo de toda la casa para dormir, o si no que te lo diga mi espalda.

–Gonzo debería estar durmiendo en el lecho que le preparé en el cuarto de lavar –dijo Maya apartando la mano.

Él se encogió de hombros como poniéndose de parte del animal.

–Tu cama parece mucho más confortable.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, procurando no perder los nervios.

–Estás muy equivocado si crees que voy a compartirla con los dos.

Giorgio cerró la puerta con el pie, produciendo un chasquido que sonó como el disparo de un arma de fuego en el silencio de la noche

–¿Qué… estás haciendo? –exclamó ella, dando unos pasos hacia atrás.

Él la miró con ojos sensuales, recorriendo su cuerpo con la mirada, a través del vaporoso camisón que marcaba sus pechos y sus curvas. Ella sintió que la temperatura le subía varios grados y su corazón le latía cada vez a más velocidad.

–No…, para Giorgio…, detente –dijo ella con la respiración entrecortada–. Sabes que no podemos dormir juntos ahora. Podría ser peligroso.

Él levantó una mano y la pasó por detrás de su cabeza, atrayéndola suavemente hacía sí, hasta que ella sintió de forma inequívoca la excitación que había conseguido provocar en él.

–¿Quién habla de dormir? –replicó él–. Hay muchas otras cosas que podemos hacer.

Maya sabía perfectamente a qué otras cosas se refería y sintió la sangre agolpándose en sus venas. En sus primeros días de matrimonio, se habían dado placer mutuamente llevando a cabo todo tipo de juegos sexuales sin llegar a la penetración. Había sido una época feliz de su vida en la que habían dejado volar su imaginación, dando rienda suelta a todas sus fantasías eróticas y alcanzando las cimas más altas de la voluptuosidad.

Ella recordaba aquellos momentos con nostalgia y deseaba revivirlos.

Pero…

¿Cómo era él capaz de despertar su deseo tan fácilmente? Suponía que había conseguido después de aquellos meses no ser tan vulnerable a él. Tendría demasiado poder sobre ella si supiese que caería rendida en sus brazos si le acariciase con la lengua o con los dedos en el lugar adecuado.

–Olvídalo, Giorgio –dijo ella con aparente indiferencia–. Estoy cansada. No me interesan tus juegos eróticos.

Él le tomó las manos y la atrajo hacia sí, hasta que ella sintió la dureza y el tamaño de su virilidad entre los muslos.

–Ven, *tesoro mio* –dijo él con un tono de voz enternecedor–, hazme lo que solías hacerme entonces.

Ella sintió la tentación de volver a probar aquel sabor salado y sentir cómo se estremecía en su boca aquel miembro duro y a la vez suave como la seda, entre las convulsiones finales.

Él frotó de nuevo su cuerpo contra el suyo. Tenía una fuerte erección. Ella lo recordaba entrando y saliendo de ella acompasadamente una y otra vez, mientras ella elevaba ligeramente las caderas para sentir ese contacto íntimamente en su zona más sensible y erógena, hasta llegar al clímax final en que sentía como si su cuerpo se rompiese en mil pedazos.

Todo lo que tenía que hacer era arrodillarse frente a él, bajarle los calzoncillos y acariciarlo con la lengua, una vez, dos veces… hasta que empezase a jadear.

Pero no iba a hacerlo. No en ese momento, ni en aquellas circunstancias.

Él estaba en su habitación sólo porque tenía un deseo sexual. Un deseo que, después de todo, cualquier mujer podría satisfacer, como probablemente lo habría hecho más de una durante los meses que habían estado separados.

Maya se armó de valor, reuniendo las pocas fuerzas que aún le quedaban después de aquel día tan ajetreado.

–Está bien, Gonzo y tú podéis quedaros aquí a dormir –dijo ella,

tomando la bata que había dejado a los pies de la cama–. Yo me iré al sofá.

–No tienes por qué hacer eso, Maya –dijo Giorgio pasándose la mano por el pelo para echarse hacia atrás los mechones de pelo que le caían por la frente–. Los paparazis ya no volverán por aquí esta noche. Me iré a descansar a mi hotel. Vendré a recogerte por la mañana para irnos a la villa. Ten preparadas sólo las cosas más esenciales. Después te llevarán el resto.

Maya lo miró en silencio mientras salía del dormitorio. Contó luego cada uno de sus pasos mientras bajaba la escalera.

Después de unos minutos, oyó la llegada de un coche. Supuso que sería una de las personas del servicio de los Sabbatini que habría venido a recogerlo. A los pocos segundos, oyó el sonido del motor arrancando y luego desvaneciéndose en la noche.

Se giró y contempló a Gonzo, dormido y roncando. Movió la cabeza con gesto de resignación y se metió en la cama con cuidado para no despertarlo. Tenía por delante un noche complicada. Los minutos parecían pasar muy lentamente. No sería fácil dormirse en aquellas condiciones. Seguramente no podría conciliar el sueño en toda la noche.

Pero poco a poco, los resoplidos y ronquidos acompasados del perro y su propio agotamiento físico y mental fueron apoderándose de ella. Se dio la vuelta en la cama, se acurrucó encogiendo las piernas para dejar sitio a Gonzo, y cayó finalmente dormida.

Capítulo 7

EL timbre de la puerta se puso a sonar justo en el momento en que Maya, agarrada con las dos manos a la taza del sanitario del cuarto de baño, inclinaba la cabeza hacia adentro. Había sentido de repente unas náuseas terribles. Nunca había sentido antes una sensación igual. Era como estar haciendo el peor viaje en barco de su vida. Su pequeño apartamento alquilado parecía dar vueltas a su alrededor. Pero no era sólo el apartamento, también el olor de algunas cosas le producían una sensación de vómito. Había abierto una lata de comida para Gonzo y había tenido que subir corriendo las escaleras para llegar a tiempo al cuarto de baño.

El timbre de la puerta volvió a sonar de nuevo. Ahora con el acompañamiento de los ladridos de Gonzo.

Maya se lamentó de lo inoportuno de la llamada y se limpió la cara con una toalla. Estaba muy pálida y tenía ojeras.

Bajó la escalera agarrándose con fuerza a la barandilla, temiendo que pudieran flaquearle las piernas en cualquier momento. Medio aturdida y con la mirada perdida, consiguió al fin llegar a la puerta principal, donde estaba ya Gonzo moviendo el rabo muy alegre. Abrió.

–*Dio!* ¿Qué demonios te ha pasado? –dijo Giorgio nada más verla, sujetándola entre sus brazos y dando una orden tajante a Gonzo para que se marchara de allí–. ¿Estás enferma, Maya? –preguntó él con gesto de preocupación.

–Siento unas náuseas espantosas –respondió ella con un hilo de voz–. Llevo así casi una hora. Cuando abrí la lata para ponerle la comida a Gonzo…

–Bueno, eso lo explica todo –dijo él–. Enviaré a alguien para que recoja tus cosas. Necesitas reposo. Yo daré de comer a Gonzo a partir de ahora. Tú lo que tienes que hacer es descansar y cuidar de que no le pase nada al bebé. Lo primero que vamos a hacer es pedir cita ahora mismo para el ginecólogo.

–No, no quiero que me diga las probabilidades que tengo de perder a mi bebé –dijo ella, apartándose el mechón de pelo que le caía por la cara.

Giorgio sintió como si una garra le retorciera las entrañas.

–No vas a perder esta vez a nuestro bebé, *cara*, yo voy a estar tu lado para impedirlo.

–Tú no puedes hacer nada, Giorgio –dijo ella mirándolo con expresión apenada.

–Tenemos que luchar y tener confianza, Maya. Sé que es aún muy pronto, pero esas náuseas que tienes son una buena señal. He

leído en algún sitio que, cuando una mujer tiene muchas náuseas en las primeras semanas del embarazo, significa que está desarrollando una actividad hormonal muy importante y beneficiosa para el futuro del feto. Hay que mantener la esperanza y confiar en que esta vez todo saldrá bien.

–Me da miedo tener esperanza –dijo ella con voz apagada dándose la vuelta–. Me siento como si me hubieran dado un regalo que no pudiera tener en las manos y tuviera el presentimiento de que fueran a quitármelo en el último momento.

–No puedes pensar así, Maya. Tienes que ver las cosas de forma más positiva. Ella se volvió de nuevo para mirarlo con expresión seria.

–Sé que no te gusta hablar de ello, pero tú perdiste a tu hermana cuando tenía solo tres meses. Era una niña con vida, que respiraba y se reía cuando la miraban. Nuestro bebé es sólo un pequeño embrión, incapaz de vivir fuera de mi cuerpo. ¿Qué garantía podemos tener de que no siga el mismo camino que sus hermanos o que no podamos perderlo en el futuro como tu perdiste a tu hermana?

El rostro de Giorgio pareció cubrirse con una máscara, como el escenario de un teatro cuando cae el telón. Maya comprendió que se había excedido, que se había pasado de la raya. Había osado hablar del tabú de la familia, del asunto prohibido que nadie se atrevía a mencionar. Pero ella quería buscar en él la seguridad que a ella le faltaba. Deseaba que su embarazo fuera el aglutinante que los uniera a los dos para sacar adelante su matrimonio.

–Son dos casos completamente distintos. No tienen nada que ver el uno con el otro –respondió él muy sereno e impasible–. Ya hemos recorrido este camino antes. Es difícil y está lleno de obstáculos, pero hay cosas que están esta vez a nuestro favor. Ha sido una concepción natural y se ha producido más de dos años y medio después de tu último aborto. Ahora es diferente. Lo hicimos nosotros mismos, sin inyecciones de hormonas, ni gráficos de temperaturas. Nos pusimos a ello, hicimos lo que había que hacer y ahora estamos esperando un bebé. Eso es lo que cuenta y tenemos que tomar las cosas tal como vengan.

Ella apretó los labios hasta que se pusieron tan blancos como su cara.

–¿Y si al final sale mal?

–Esta vez todo saldrá bien, Maya –replicó Giorgio muy seguro de sí.

Ella necesitaba apoyarse en su seguridad, pero presentía que él estaba tan preocupado como ella, aunque no lo demostrase.

–Giorgio… ¿Qué fue lo que sentiste cuando perdí a los otros bebés?

–Me sentí desolado, por ti y por mí. Yo no acostumbro a mostrar

mis sentimientos cuando me tengo que enfrentar a un problema. Es lo que siempre he hecho, tanto en los negocios como en los asuntos familiares

–Giorgio hizo una pausa y respiró hondo–. Pensé que tenía que mostrarme fuerte para darte confianza y servirte de apoyo. Ahora me doy cuenta de que quizá me equivoqué.

–Me habría gustado saber lo que sentías…

–¿Y en qué habría cambiado eso las cosas?

–No lo sé…

–No quería angustiarte más haciéndote ver mi propio sufrimiento –dijo él acariciándole las mejillas con las dos manos–. Pero ahora veo que debería haberte abierto mi corazón para que comprendieras que yo también sentía lo mismo que tú.

Maya se sintió más aliviada por aquellas explicaciones, pero aún había algo que le preocupaba. ¿Por qué razón él había querido seguir con su matrimonio, a pesar de los abortos que había tenido? Incluso, aunque finalmente consiguiera darle el heredero que él tanto deseaba, ¿podría seguir viviendo a su lado, sabiendo que lo hacía sólo como madre del heredero de los Sabbatini y no como el amor de su vida, como ella deseaba?

–¿Le has hablado a tu abuelo de este embarazo? –preguntó ella.

–No, pero creo que debemos decírselo cuanto antes –respondió él bajando las manos–. Sería para él una inyección de optimismo saber que va a volver a ser bisabuelo en pocos meses. Sólo desearía que pudiera vivir lo suficiente para verlo.

Maya se hizo eco del dolor que conllevaban sus palabras. Ella también sentía profundamente la enfermedad de Salvatore. Aún no podía creer que el patriarca de la familia, aquel hombre tan fuerte y lleno de vida, se estuviera enfrentando a la muerte. Comprendía el dolor de Giorgio. Se esperaba además de él que llevase los destinos de la familia en aquella difícil época de crisis por la que estaba pasando el imperio de los Sabbatini.

–A mí también me gustaría que pudiera vivir para ver a nuestro bebé si al final…

–Decidido. Se lo diremos en cuanto volvamos de la consulta del médico –dijo él–. Tengo el coche afuera esperando. Vamos a irnos de aquí derechos a la clínica. ¿Necesitas algo?

–Creo que necesito darme una ducha.

–Está bien, date un ducha mientras yo pido cita para el médico –dijo él sacando el móvil del bolsillo–. Diré a alguien del servicio que venga a por Gonzo y se lleve tus cosas a la villa.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, sin que Maya apenas se diese cuenta. Giorgio puso en marcha sus habilidades organizativas y en poco tiempo todo estuvo controlado y de acuerdo con sus planes.

Ella había luchado toda su vida por conseguir ser independiente pero ahora comenzaba a sentir el alivio y el desahogo de tener a alguien que se hiciera cargo de las cosas, que la hiciera sentirse segura y protegida, y la descargara de las preocupaciones.

Se sintió mucho mejor después de ducharse. Las náuseas parecían haber remitido. Se puso unos vaqueros y un suéter de cachemira y se echó una gabardina por los hombros por si luego hacía frío. Bajó las escaleras. Giorgio estaba ya abajo esperándola. Sonrió al verla.

–Tienes mucho mejor aspecto. ¿Te encuentras mejor?

–Sí, ya me encuentro bien.

Él abrió la puerta y se echó a un lado para que ella pasara. Luego, al ver que Gonzo se ponía muy contento pensando que iba a salir de paseo, le ordenó con autoridad que se fuese a su sitio en el cuarto de lavar la ropa.

–Lo encuentro un poco indisciplinado –dijo Giorgio mientras la acompañaba al coche, aparcado en la puerta misma del apartamento a pesar de estar prohibido, y activaba el mando a distancia para desbloquear las cerraduras–. Se nota que has sido demasiado blanda con él.

Ella lo miró con aire de resentimiento.

–Está un poco trastornado por los traslados –dijo ella–. Mirándolo, comprendo ahora lo que deben sufrir los niños cuando sus padres se divorcian. Debe suponer para ellos un verdadero desajuste tener que estar viviendo unas semanas en casa de su madre y otras en la de su padre.

Giorgio le abrió la puerta del coche y la sostuvo hasta que ella entró.

–Yo no fue el que inició el proceso de divorcio –dijo él con una mirada que parecía decirlo todo.

–No, pero habrías acabado haciéndolo antes o después –replicó ella.

Giorgio no contestó a aquella especulación, se limitó a cerrar la puerta y a dirigirse a su asiento con expresión sombría.

Maya se puso el cinturón de seguridad con un movimiento brusco y esperó a que él se acomodara en el asiento del conductor.

–Estoy haciéndolo lo mejor que puedo, Giorgio. No ha sido mi intención maleducar y consentir a Gonzo. El animal te echa de menos, eso es todo. No me di cuenta hasta que nos separamos.

–Bien, eso es algo de lo que ahora ya no tenemos que preocuparnos.

–No estoy yo muy segura. Aún no hemos llegado a un acuerdo sobre su propiedad –dijo ella–. Creo que yo también tengo algo que decir, ¿no te parece?

Giorgio metió la marcha con un movimiento brusco de la mano y arrancó el coche con un rugido de neumáticos.

–Maya, estoy cansado de tener que pasar por el malo de la película –suspiró Giorgio resignado–. Sé que no soy el mejor marido del mundo, pero tampoco creo que sea el peor. No hemos tenido mucha suerte hasta ahora, pero mucha gente tiene problemas incluso peores. Deberíamos comportarnos como personas maduras y hacer frente a las dificultades.

Maya se mordió la lengua para no decir las cosas que pugnaban por salir de sus labios. Él siempre trataba de exponer las cosas como si él fuera la persona madura que veía todo con sensatez y ella sólo una chiquilla que se echaba a llorar en cuanto tenía el menor problema. Los nueve años de diferencia que había entre ellos parecían a veces levantar un obstáculo en su relación.

–No tenemos nada en común –dijo ella–. No comprendo cómo vamos a conseguir que funcione nuestro matrimonio cuando ya ha fracasado una vez.

–Te equivocas, tenemos más cosas en común de las que tú te crees. A los dos nos gustan los perros, por ejemplo.

–Hay mucha gente a la que le gustan los perros –replicó ella–, pero eso no significa que puedan vivir en pareja y ser felices juntos.

–Al menos es un buen comienzo, Maya. Y además, en nuestro caso, tenemos otra ventaja. Congeniamos muy bien en la cama. Somos sexualmente compatibles. Eso no me lo puedes negar, ¿eh?

Ella desvió la mirada avergonzada, cruzó las piernas y se abrazó las rodillas con las manos, en un intento de sobreponerse al rubor que había empezado a subirle por las mejillas.

Giorgio apartó una mano del volante y la puso sobre las suyas.

–Deberías poner una cara más alegre por si acaso hay paparazis rondando por aquí. Es muy importante para mí que mi abuelo crea que esto es una reconciliación de verdad.

Maya le miró atentamente mientras él retiraba la mano para cambiar de marcha.

–¿No te sientes mal engañando a tu abuelo? –preguntó ella–. Siempre has estado muy unido a él. ¿No crees que acabará dándose cuenta de que esto es sólo una farsa?

–Yo no lo veo así –dijo él encogiéndose de hombros–. Y no creo que le esté mintiendo en absoluto. Por mi parte, la reconciliación es lo único que deseo. El divorcio es algo que no entra en mis planes.

Ella frunció el ceño, observándolo atentamente, mientras él seguía muy atento con la mirada el tráfico de la carretera.

–Tú no me pediste que volviese contigo cuando decidí iniciar nuestro proceso de divorcio.

Él le dirigió por un instante una de sus miradas impenetrables,

antes de volver a concentrar su atención en la carretera.

–Sabía que no te estaba haciendo feliz. Pensé que no tenía sentido, en esas circunstancias, seguir haciéndote desgraciada sólo para guardar las apariencias. En todo caso, después de cinco años, creo que deberías ya saber que no soy un hombre muy dado a pedir cosas.

No, claro que no, pensó Maya. El maldito orgullo de los Sabbatini siempre tenía que salir a relucir.

–Así que la única forma de conseguir que volviera contigo fue haciéndome chantaje emocional –dijo ella–. Sabías que no le negaría nada a Salvatore y te aprovechaste de su enfermedad.

–Tal como lo dices, parece como si yo hubiera proyectado su enfermedad para obtener un beneficio –replicó Giorgio–. Daría cualquier cosa porque mi abuelo pudiera seguir vivo diez años más, pero desgraciadamente parece que eso no es lo que el destino ha decidido para él.

–De cualquier modo, esta situación te favorece. Así consigues aplazar el pago del dinero del divorcio unas semanas más, si no unos meses.

Giorgio la miró un instante como si fuera una niña desobediente a la que había que reprender por su conducta.

–Y podrían ser también años. Maya, tienes que meterte esto en la cabeza: los Sabbatini no nos tomamos el divorcio a la ligera.

–¿Crees acaso que me preocupa tu maldito dinero? Con el dinero se pueden comprar muchas cosas, pero no se puede comprar lo más importante de la vida.

–No parece que tú le hicieras muchos ascos al dinero cuando te casaste conmigo –replicó él con una mueca de desprecio–. No te oí nunca quejarte de los viajes de lujo, ni de las joyas y vestidos de marca que te compré.

–Quizá no te dieras cuenta, pero me dejé al marcharme la mayor parte de las cosas que me regalaste, incluyendo los anillos.

–Los tengo guardados en la villa y quiero que te los pongas a partir de ahora.

Maya estuvo tentada de decirle dónde podía meterse los anillos, pero se abstuvo de decírselo pensando en hacer feliz a Salvatore en las semanas que le quedasen de vida. No era el momento para ponerse a discutir con Giorgio, estaban en medio de una tregua y ella debía respetarla por el bien del abuelo que tanto había luchado por la felicidad de su familia.

La sala de espera de la clínica estaba llena de gente pero, nada más llegar, una enfermera les pasó directamente a la consulta del ginecólogo que había tratado a Maya en el pasado.

Tras un breve reconocimiento, el doctor Rossini se mostró muy

optimista sobre la marcha del embarazo.

–Tiene una salud excelente, señora Sabbatini –dijo el doctor–. Ha perdido quizá algo de peso, pero es algo que recuperará pronto con una dieta adecuada y descanso. Le haremos una analítica completa. El test de embarazo que se hizo en casa es bastante fiable, así que, si le parece bien, teniendo en cuenta su historial, haremos una ecografía intravaginal en la salita de al lado para confirmar que esta vez todo marcha bien.

–¿Quieres que te espere fuera? –preguntó Giorgio a Maya.

Aunque la exploración era más invasiva que una simple ecografía abdominal, ella negó con la cabeza. No quería privarle de que viera las primeras señales de vida de su hijo, y además, necesitaba su apoyo.

–No, por favor, quédate.

–Pasen adentro –dijo el doctor Rossini acompañándoles a la salita contigua.

El doctor les dejó unos segundos mientras Maya se desnudaba, se ponía una bata blanca encima y se tumbaba en la mesa de reconocimiento.

Miró a Giorgio con gesto preocupado y él le devolvió una sonrisa de confianza.

–No te preocupes por nada, *cara*. El doctor parece muy seguro de que tanto el bebé como tú estáis perfectamente bien.

El doctor Rossini regresó a la salita, se puso unos guantes y les fue explicando lo que iba haciendo con todo detalle. Les dijo dónde estaba el embrión, que tenía sólo cuatro centímetros.

–Eso que se ve ahí es el latido del corazón –dijo señalando un punto de la pantalla del monitor–. Esa pequeña masa en forma de C está ahora en pleno desarrollo y esa especie de pequeños muñones que se ven ahí se convertirán dentro de pocas semanas en los brazos y las piernas. No tienen esta vez de qué preocuparse. El bebé parece gozar de una salud envidiable. ¡Enhorabuena!

Maya no pudo evitar romper a llorar mientras el doctor recogía todo el equipo. Giorgio, sin decir nada pero con los ojos sospechosamente húmedos, le dio un pañuelo para que se secara. Era aún demasiado pronto para hacerse ilusiones, se dijo ella. También había pasado antes por aquellas mismas pruebas y había acabado perdiendo al bebé. Pero un rayo de esperanza le decía que esa vez las cosas iban a ser diferentes, que el pequeño ser que había visto en el monitor parecía mucho más robusto que los otros cuatro que se habían malogrado en sus primeros dos años de matrimonio.

Ya en el coche y de camino a la villa, ambos permanecieron en silencio. Era un silencio tenso pero apacible. Maya se preguntó en qué estaría él pensando, si estaría nervioso, entusiasmado, preocupado, o

las tres cosas a la vez. Lo miró una y otra vez, tratando de encontrar una pista, pero él seguía muy concentrado sin apartar la vista de la carretera, con el ceño ligeramente fruncido como era habitual en él en esos casos.

Cuando llegaron a la villa, Maya se quedó sorprendida, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Estaba muy cambiada. Hasta el color de la fachada era diferente. Los jardines también parecían distintos. Había construido una gran piscina en una de las terrazas, justo a la que le daba más el sol en primavera y en verano.

El interior había sufrido igualmente una gran transformación. Había cortinas nuevas en todas las ventanas, los suelos de mármol estaban pulidos y brillaban como espejos, y la nueva alfombra de la escalera ofrecía un aspecto suave y mullido que invitaba a hundir los pies en ella. Olía a pintura fresca y todo el conjunto de la villa parecía respirar una vida renovada llena de esperanza en el futuro.

–¿En qué piensas? –le preguntó Giorgio mientras se dirigían a las habitaciones de la planta baja.

–Ha quedado preciosa –respondió Maya fascinada, sin dejar de mirar a su alrededor–. Los colores son preciosos. Yo no lo habría hecho mejor. ¿Contrataste a un decorador?

–No, a un decorador no, a todo un equipo –dijo él con una sonrisa–. Quería remodelar la villa, que todo tuviera un nuevo aspecto.

Maya se preguntó de nuevo si lo que de verdad había pretendido era borrar cualquier vestigio de su presencia en aquella casa. Pero cambió de opinión cuando él le enseñó el dormitorio de arriba. Había tirado un tabique para darle mayor amplitud y había construido dentro un vestidor y un cuarto de baño que era el doble del grande que el que había antes y que estaba equipado con los sanitarios más modernos y lujosos. Tenía una enorme bañera redonda en el centro y una cabina con una ducha doble en una esquina. Había dos lavabos gemelos con sus respectivos espejos de bordes dorados, encastrados en la pared, y un mueble muy funcional lleno de baldas y cajones.

Sólo el vestidor era casi tan grande como toda la cocina de su apartamento. Pero lo que le resultó más sorprendente de todo fue ver que todos los vestidos que no había querido llevarse el día que abandonó aquella casa estaban perfectamente colgados en sus perchas o cuidadosamente doblados y colocados en las diferentes estanterías, como si ella nunca se hubiera marchado de allí.

Cuando terminó de verlo todo se dirigió a él y le miró fijamente,
–¿Por qué no lo tiraste todo o se lo diste a una institución benéfica?

Él, en vez de encogerse de hombros, prefirió esbozar una mueca de indiferencia. Sin embargo, ella vio en seguida un brillo de triunfo en su mirada cuando le puso en la mano el anillo de compromiso y el

de boda que ella le había dejado seis meses atrás en el escritorio junto a su nota de despedida.

–A eso se llama ser previsor –dijo él–. Me arriesgué, pero acerté. Tenía el presentimiento de que cambiarías de opinión en cuanto te dieses cuenta de todo lo que estabas tirando por la borda.

Capítulo 8

SI no hubiera sido por la enfermedad de Salvatore y su precario estado de salud, Maya se habría ido de allí inmediatamente, sólo para demostrarle lo equivocado que estaba.

–No sabes lo que estás diciendo, Giorgio –dijo ella con cierta acritud mientras se ponía los dos anillos en el dedo–. Sabes muy bien que estoy aquí sólo por tu abuelo y por el bebé, pero que tanto uno como otro pueden dejar de estar con nosotros en cuestión de semanas.

–No hables así –replicó él frunciendo el ceño–. Parece como si estuvieras deseando perder a tu hijo. Ya oíste lo que dijo el médico. No hay razón para ser pesimistas. Tanto el niño como tú estáis bien y gozáis de buena salud.

Ella se cruzó de brazos con gesto desafiante.

–No me digas lo que puedo o no puedo decir, ni lo que puedo o no puedo sentir.

Giorgio se pasó la mano por el pelo para echarse hacia atrás un mechón que le caía por la frente. Maya lo vio y sintió la tentación de atusarle ella misma el pelo con las manos, como acostumbraba a hacer en el pasado. Necesitaba hacer algo así para recobrar la confianza y la seguridad en sí misma. Se sentía algo nerviosa y desplazada en aquella villa que había cambiado tanto desde la última vez que había estado allí. Al fondo del pasillo estaba el cuarto de los niños, que ella había preparado con tanta ilusión casi cinco años atrás. ¿Lo habría él desmantelado también hasta hacerlo irreconocible?

Tuvo miedo de preguntárselo.

–Maya –dijo él, acercándose a ella y poniéndole suavemente las manos sobre los hombros–. Perdóname. Se me olvida a veces que estás en medio de un período de desarreglo hormonal y que estarás además preocupada por las malas experiencias que has tenido hasta ahora. Yo también estoy preocupado. Me preocupa mucho volver a cometer los mismos errores del pasado y no saber estar a la altura de las circunstancias. Quiero que sepas que me esfuerzo por aprender, pero todo esto es nuevo para mí. Esta vez, deseo que todo salga perfecto tanto para el bebé como para ti. Créeme, *cara*, no quiero disgustarte, no quiero discutir contigo, sólo deseo cuidarte.

Maya suspiró profundamente mientras lo miraba con aire de desconfianza. –¿Qué hiciste con el cuarto de los niños? –le preguntó finalmente.

Sintió sus manos apretándole los hombros durante una décima de segundo. Luego las retiró y las dejó caer como muertas a lo largo de los costados. Vio la expresión de su rostro amenazando cubrirse con la máscara con la que ocultaba habitualmente sus emociones, pero

en seguida creyó ver un temblor en la comisura de sus labios como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por intentar exteriorizar sus sentimientos. Sin duda estaba librando una gran batalla interior consigo mismo.

–Está muy cambiado –dijo al fin–. Ahora es un cuarto de huéspedes.

Ella tragó saliva, tratando de disimular su contrariedad.

–¿Puedo verlo?

–Claro –dijo él, abriendo la puerta del cuarto y echándose a un lado para que ella pasara.

Maya entró casi con los ojos cerrados incapaz de enfrentarse de nuevo a aquel cuarto que despertaba en ella tantos sentimientos del pasado. Había estado tan ilusionada en aquella época, durante los meses de su primer embarazo… Se pasaba el día comprando de forma compulsiva todo tipo de juguetes y objetos infantiles, llenando la casa de ositos de peluche, chupetes, sonajeros, patucos, vestidos, pañales y baberos. Aprendió a hacer punto y se dedicaba por las tardes a practicar, haciendo unos patucos muy artísticos llenos de filigranas, hasta llegar a convertirse en una verdadera virtuosa. Ella misma eligió el papel para decorar la habitación y se encargó también de empapelarlo. Trabajó, en suma, con mucho entusiasmo a fin de tenerlo todo listo para cuando su deseado hijo viniera al mundo.

Pero no llegó a nacer nuca. Se malogró en la séptima semana.

Después de aquello, cada vez que entraba en aquel cuarto parecía como si las paredes y los suelos, repletos de objetos infantiles, se burlaran de ella. A los pocos meses, se quedó de nuevo embarazada y volvió a renacer en ella, con renovadas esperanzas, el mismo entusiasmo de la primera vez.

Pero al cuarto aborto, decidió cerrar aquel cuarto y no volver abrirlo nunca más.

Abrirlo ahora era como abrir una vieja herida que aún no había cicatrizado. El sonido del picaporte le produjo el mismo efecto que si alguien le estuviera arrancando la costra de aquella herida. Un profundo dolor se adueño de ella. Era el dolor de la pérdida, del desengaño, del fracaso y de la desesperanza.

El cuarto estaba decorado con colores turquesa y crema. No había nada en él que recordase a un cuarto de niños. Era simple y llanamente un cuarto de huéspedes, con unos muebles muy elegantes de estilo parisino.

–Ha quedado muy… bonito –dijo ella al fin con una sonrisa tan forzada que casi le dolieron los músculos de la cara–. Has hecho un gran trabajo. Nadie pensaría que esto fue una vez un… cuarto de niños.

Giorgio se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, mientras

ella apoyaba la cabeza sobre su pecho. Luego le acarició el pelo en silencio, sabiendo que ninguna palabra podría curar las heridas del pasado.

Después de un rato, ella se apartó de él suavemente y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

–Perdona. Deben de ser las hormonas, hoy estoy algo llorona.

–Es comprensible –dijo él, apartándole el pelo de la cara–. Me resultó muy difícil tomar la decisión de remodelar ese cuarto. Sentí como si estuviera renunciando a todo lo que habíamos deseado los dos con tanto afán.

Ella intentó sonreír, pero su sonrisa se convirtió en una mueca amarga.

–Espero que Gonzo no ensucie esos muebles tan elegantes ni ponga sus patas en ellos.

–Estoy seguro de que se comportará bien en cuanto vuelva a su disciplina de antes –dijo él–. Tiene que estar a punto de llegar, junto con todas tus cosas. A propósito, he estado hablando con la agencia a la que alquilaste el apartamento. He conseguido que te rescindieran el contrato a cambio de pagarles el equivalente a dos mensualidades. También he dejado cerrados todos los compromisos que tenías en Londres.

–Gracias –dijo ella, desviando la mirada–. Ya veo que piensas en todo.

–Forma parte de mi trabajo estar pendiente de todos los detalles. Ahora, si no estás demasiado cansada, creo que sería un buen momento para hacer una visita a mi abuelo y darle la buena noticia. ¿No te parece?

–Claro que si –dijo ella con otra sonrisa de circunstancias.

Salvatore acababa de comunicar el pronóstico de su enfermedad a la familia.

Giovanna estaba llorando, pero pareció recuperarse al ver llegar a Giorgio con Maya. Le dio un beso a su hijo y luego la saludó a ella algo más afectuosamente que la noche anterior.

–No sabes lo que me alegra que hayas vuelto con mi hijo. Éste es un día muy triste para todos, pero al menos vosotros habéis conseguido poner una nota alegre.

Maya se limitó a responder de forma ambigua para no decir nada comprometedor.

A Luca se le veía realmente afectado pero resignado, mientras Nic, apoyado de manera indolente contra la librería, tenía aspecto de estar aburrido, como si pensase que tenía cosas más interesantes que hacer que estar allí. Pero Maya sabía que eso era sólo una pose, una forma de ocultar lo que verdaderamente sentía por dentro. En eso era como Giorgio, no le gustaba exteriorizar sus emociones.

–Maya y yo tenemos que daros una noticia –dijo Giorgio en cuanto su abuelo estuvo sentado cómodamente en su sillón y el resto de la familia reunido–. Es aún algo pronto y no queremos que echéis aún las campanas al vuelo, pero acabamos de venir de la consulta del médico y nos ha confirmado que Maya está embarazada.

–¿Tan pronto? –exclamó Giovanna con la boca abierta–. ¡Pero si sólo habéis pasado una noche juntos, desde vuestra separación! ¿Cómo puedes saber que…?

–¡Mamma…! –exclamó Giorgio muy serio.

–Fue la noche de mi boda, ¿a que sí? –dijo Luca con un brillo especial en la mirada–. Sabía que ibais a hacer un esfuerzo para comportaros de forma civilizada en ese día tan especial para Bronte y para mí, pero me di cuenta de las miradas que os cruzasteis cuando creíais que nadie os observaba. Parecía que el aire a vuestro alrededor estuviera cargado de electricidad. Todo lo mundo se dio cuenta de ello.

–No sabes cómo lo siento –dijo Maya más colorada que un tomate–. Espero que no os ofendiésemos ni a Bronte ni a ti.

–En absoluto, todo lo contrario –replicó Luca muy sonriente–. Si éste es el resultado, no podría estar más satisfecho.

–Nosotros también estamos muy felices –dijo Giorgio, tomándole la mano a Maya–. Este niño es muy especial, representa mucho para nosotros. Se nos ha dado una segunda oportunidad y esta vez no vamos a desperdiciarla. Pase lo que pase, estaremos juntos.

Giovanna, muy cordial, abrazó ahora a Maya, expresándole su alegría en una mezcla de inglés e italiano. Maya recordó entonces los primeros días de su matrimonio, cuando mantenía un estrecha relación con su suegra, antes de que la muerte de Giancarlo y la pérdida de sus bebés viniera a ensombrecerlo todo.

Luca felicitó muy efusivamente a Maya y a su hermano y se marchó corriendo para no hacer esperar a su esposa Bronte, que se había quedado en su villa con Eve.

Nic se paseó muy tranquilo por el salón con una sonrisa burlona en la cara, mirando con sus ojos castaños, con pequeñas motas verdes, el vientre de Maya.

–Buen trabajo, Giorgio –dijo mirando a su hermano–. Sabía que lo conseguirías. Ahora todo lo que tienes que hacer es conservarla a tu lado… ¡Ah!, y asegurarte de que de verdad es tuyo, como insinuó antes mamá.

Giorgio miró a Nic muy enfadado y apretó los puños para no decir ni hacer nada inconveniente.

–No tengo la menor duda de que es hijo mío –dijo muy serio.

–Maya… –exclamó Salvatore rompiendo la tensión del momento.

Ella fue a donde estaba sentado y le estrechó las manos que tenía tendidas.

–¿Le ha hecho feliz nuestra noticia, abuelo? –le preguntó ella tratando de que no se le quebrara la voz por la emoción.

–Sí muy feliz, creo que ya me puedo morir tranquilo. Sé que este bebé sobrevivirá. He rezado mucho por él. Unos vienen y otros se van. Es ley de vida, es la voluntad de Dios, *¿sì?*

Maya no veía tan lógica esa ley por la cual Dios se había llevado a sus cuatro hijos, pero no tenía intención de hacer o decir nada que fuese en contra de la fe de aquel anciano que tanto la quería.

–Yo también estoy muy feliz –dijo ella–. Aún no me lo puedo creer. Parece un milagro.

–Es un milagro –dijo Salvatore–. Ahora ya lo único que me queda por hacer en esta vida es ver nacer a mi biznieto.

Nic murmuró algo entre dientes y Giorgio le dirigió una mirada de reproche.

Maya no había tenido hermanos y le había costado acostumbrarse a la forma que tenían los Sabbatini de relacionarse. Había una cierta jerarquía entre ellos. Luca, aunque era el más fuerte, no aspiraba a ser el jefe de la familia y Nic, por su parte, tenía un carácter demasiado parecido al de Giorgio como para estar dispuesto a ponerse a sus órdenes sólo porque fuera el más joven de los tres. A veces libraban luchas de poder entre ellos que duraban días y hasta semanas. Giorgio pensaba de Nic que necesitaba madurar y asumir mayores responsabilidades en la vida. Nic pensaba de Giorgio que era un fanático del orden y que lo que necesitaba era vivir su vida en vez de tratar de controlar la de los demás.

–Esto hay que celebrarlo con champán –dijo Salvatore–. Giorgio, dile a alguien del servicio que suba una botella.

Poco después estaban todos chocando sus copas y brindando alegremente por el futuro bebé. Maya, en lugar de con champán, brindó con una copa de zumo de naranja. Entre aquellas risas y muestras de felicidad, nadie hubiera pensando que sólo unos minutos antes Salvatore les había comunicado a todos su delicado estado de salud. Había un auténtico ambiente de fiesta y Salvatore se encontraba en su elemento, disfrutando a sus anchas de lo que aquello representaba: la continuación de la dinastía de los Sabbatini.

Pero aquella fiesta, como todas las fiestas, tenía que tener un fin. Salvatore comenzó a sentirse cansado y a ponerse pálido. Giorgio llamó en seguida a la enfermera que habían contratado, llevó a su abuelo al dormitorio, y estuvo con él un buen rato hasta que se quedó más tranquilo.

–Giorgio –le llamó Salvatore desde la cama cuando él estaba a punto de salir de la habitación–. Quiero que hagas algo por mí.

–Lo que tú quieras, Nonno –respondió Giorgio.

Salvatore tomó aire antes de hablar, produciendo un ronquido muy fuerte en los pulmones.

–Quiero que traigas aquí a mi ahijada Jade Sommerville de Londres. Quiero despedirme de ella antes de que sea demasiado tarde.

Giorgio frunció el ceño. Sabía que Jade, hija de Keith Sommerville, el socio de su abuelo en los negocios, era una chica rebelde e indisciplinada que había deshonrado a la familia teniendo una aventura amorosa con un hombre casado. Pero Salvatore siempre había sentido debilidad por ella, y la disculpaba diciendo que todo era producto del trauma emocional que sufrió de niña cuando su madre la abandonó. Giorgio, sin embargo, era de la opinión de que Jade había salido a su madre, que era tan frívola como ella, y que acabaría arruinando su vida como lo había hecho Harriet Sommerville hacía veintitantos años.

–Si es eso lo que quieres…

A Salvatore le costaba cada vez más trabajo respirar y la enfermera decidió ponerle la mascarilla de oxígeno para ayudarle. Giorgio trató de ayudarle, pero el anciano levantó ligeramente la mano y murmuró de forma casi ininteligible a través de la mascarilla.

–Déjame ahora, Giorgio. Estaré bien en unos minutos. Tú encárgate de ponerte en contacto con Jade.

–¿Cómo está? –le preguntó Maya cuando bajó a reunirse en el *salone* con el resto de la familia.

–No muy bien –respondió Giorgio con gesto serio–. No creo que viva tanto como los médicos han dicho. Quizá sólo trataban de darle esperanzas para ayudarle a mantener el ánimo.

–Si al menos no sufriese… dijo Maya con angustia–. No podría soportar que…

–No te preocupes por eso, car*a* –dijo Giorgio acariciándole la cara con la mano–. La enfermera está con él las veinticuatro horas del día y está autorizada a administrarle morfina si lo necesita. Es todo lo que podemos hacer por él en esta situación.

Maya no apartó esa vez la cara y recibió con agrado su caricia, sintiendo el calor de su cuerpo y deseando poder apoyar la cabeza sobre su pecho y sentir sus brazos alrededor de ella, como un par de horas antes en la villa.

–Eres un nieto maravilloso, Giorgio –dijo ella–. La verdad es que toda tu familia te adora, Aunque, a veces, creo que esperan demasiado de ti, que descargan demasiadas responsabilidades sobre tus espaldas –se mordió el labio inferior y bajó la mirada–. Quizá yo también esperaba demasiado de ti.

Giorgio le puso un dedo en la barbilla obligándola a levantar la cabeza y a mirarlo a los ojos.

–Yo soy el que debería haberte dado más. Pero esta vez todo va a ser diferente. No sé tú, pero yo tengo la sensación de que todo va a cambiar.

–¿Te refieres al bebé? –preguntó ella mirándolo a los ojos.

–Me refiero a todo –dijo él, dándole un beso en la frente.

–¿*Signor* Sabbatini? –dijo un empleado del servicio desde la puerta, con un teléfono inalámbrico en la mano–. Tiene usted una llamada de Roma. Es un miembro de su familia, interesándose por la salud de su abuelo.

Maya trató de ocultar su contrariedad por ver interrumpida, de forma tan inoportuna, su conversación con Giorgio, cuando parecía estar a punto de abrirle su corazón. Todo era tan confuso... Le encontraba cambiado, más ilusionado que nunca con la llegada del hijo que tanto deseaba, especialmente ahora que la vida de su abuelo estaba a punto de extinguirse.

«Todo va a ser diferente», se dijo ella, recordando lo que él le acababa de decir.

Se despidieron poco después de la familia, dando un beso a Giovanna, que era sin duda la que estaba más afectada. Era lógico, pues llevaba viviendo con Salvatore desde la muerte de Giancarlo.

Nada más llegar a la villa, Maya se sintió algo cansada y Giorgio insistió en que subiera al dormitorio y se echara un rato en la cama a descansar.

–¿Dónde vas a dormir tú? –dijo ella con gesto receloso. –¿Donde crees? –preguntó él a su vez muy seguro de sí–. En mi cama, naturalmente.

–Pero se supone que… no debemos acostarnos –dijo ella con voz temblorosa.

–El médico no me dijo nada sobre ese aspecto. Se lo pregunté mientras tú te estabas vistiendo después de la prueba. Sólo me dijo que tuviéramos cuidado.

Maya se sintió algo indignada de que él hubiera estado hablando de esas cosas íntimas con el médico sin estar ella presente. Aunque, pensándolo bien, quizá hubiera sido mejor así, tal vez le hubiera resultado a ella demasiado embarazoso.

–No fue ése el acuerdo al que llegamos –dijo ella–. No me parece bien reanudar nuestras relaciones matrimoniales como si nada hubiera pasado.

Llevamos meses separados. No esperarás que me eche en tus brazos a la primera oportunidad.

–Tú fuiste la que me dejaste, no yo –replicó él en un tono que daba a entender que estaba a punto de perder la paciencia–. Además, no pretendas engañarte a ti misma. Aquella noche, bastó que te rozase para que te lanzases sobre mí como una gata en celo y me rasgases la

camisa.

Maya no había dado una bofetada a nadie en su vida. Odiaba la violencia de cualquier clase, pero aun así, no se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que ya fue demasiado tarde. Su mano se desplazó por el aire a gran velocidad hasta ir a estrellarse en la mejilla de Giorgio en una sonora bofetada que le hizo girar la cabeza a un lado.

Contempló horrorizada el color rojo oscuro que había apareciendo en su mejilla y se llevó las manos a la boca, tratando de apagar el grito que pugnaba por salir de sus labios al ver lo que acababa de hacer.

Se hizo un silencio tenso. El ambiente parecía irrespirable.

Giorgio clavó sus ojos en los suyos, con una expresión de rabia y desprecio.

–Lo siento… –dijo ella con una mezcla de miedo, vergüenza y remordimiento–. No sabía lo que estaba haciendo… Perdona… ¿Te he hecho daño?

Él se acercó a ella, le agarró la mano y se la llevó a la cara, dejándola allí como si fuera una compresa fría que pudiera aliviarle el dolor. Siguió mirándola fijamente, pero ahora su expresión había perdido la dureza de antes. Esbozó una de sus habituales sonrisas irónicas.

–No te preocupes, *tesoro mio*. Supongo que habrán sido las dichosas hormonas esas las que han tenido la culpa. No sabía que tuvieras tanta fuerza. En todo caso, creo que me lo tenía merecido, *¿sì?*

–No, nunca debí hacerlo –dijo ella retirando al mano de su mejilla y poniéndose de puntillas para darle un beso en el lugar en que le había dejado marcados los dedos.

Maya permaneció con los labios pegados a su mejilla respirando extasiada el perfume de su loción de afeitar con aroma de limón mezclado con el propio olor masculino de su cuerpo.

El tiempo pareció detenerse, como si un duende hubiera bloqueado las agujas del reloj, hasta que ella creyó oír de nuevo un tictac, que no era sino el latido de su corazón, al sentir en su boca los labios de Giorgio besándola dulcemente

Capítulo 9

MAYA se quedó sorprendida por la ternura de aquel beso. La noche de la boda de su hermano había sido todo muy distinto. Una pasión desenfrenada se había adueñado de ellos y se habían besado y abrazado de forma salvaje. Había sido algo primitivo y descontrolado.

Lo de ahora era diferente. Exquisitamente diferente.

Más suave, más reposado y sensual, pero no menos excitante. Sentía el mismo calor subiendo desde las puntas de los pies hasta el centro mismo de su feminidad, mientras él deslizaba la lengua por la comisura de sus labios.

Ella abrió la boca para él y gimió de placer cuando sus lenguas se juntaron. Se abrazaron con naturalidad, como dos viejos amantes después de una larga ausencia.

Él parecía tan familiar y sin embargo tan excitante y seductor... Su lengua se unió a la suya en una danza erótica y sensual. Ella deseaba más, más besos, más caricias, más de todo lo que él le había dado aquella noche loca hacía ya seis semanas, más de eso que ella había deseado en secreto desde entonces.

Continuaron besándose hasta que él puso las dos manos en la parte baja de su espalda y la atrajo hacia sí, haciéndola sentir de inmediato la dureza y el calor de su miembro entre los muslos. Ella recordó la potencia de su erección de otras ocasiones y pensó que sería inútil resistirse. Su cuerpo estaba ya preparado. Cada poro de su piel respiraba el deseo que sentía y que anulaba cualquier asomo de sensatez.

Giorgio le desabrochó la blusa, botón a botón, con mucha parsimonia y luego deslizó los dedos por la hendidura de su escote. Ella se estremeció al contacto y se apretó a su cuerpo, deseando más. Y él se lo dio. Inclinó la cabeza y acarició uno de sus pechos desnudos con los labios y la lengua hasta que el pezón se puso terso y duro y ella se puso a jadear.

–Pareces más sensible –le dijo él con la voz apagada mientras acercaba su boca al otro pecho.

–Serán las hormonas –dijo ella soltando un gemido al sentir su lengua en el otro pezón.

Giorgio la besó entonces en la boca con renovada pasión y ella le devolvió el beso, entregada y sin ninguna reserva.

–*Dio!* –dijo Giorgio apartando la boca unos segundos para respirar–. No sé si debemos seguir. No estoy seguro de saber controlarme. Podría haceros daño, a ti o al niño.

Maya encajó esas palabras peor que si hubiera recibido una bofetada.

–El médico te dijo que no había ningún problema, ¿no? –dijo ella con las manos alrededor de su cuello para impedir que se fuera.

–Maya, te deseo tanto… –replicó él con la respiración entrecortada.

–Entonces tómame –susurró ella.

Él la levantó en brazos con suma facilidad, como si fuera más ligera que una pluma, y subió las escaleras con ella hacia el dormitorio principal. La dejó en la cama y se quitó la ropa mientras miraba con ojos encendidos cómo ella se quitaba la suya.

Se echó al lado de ella, de costado, poniendo una pierna sobre su cuerpo con mucho cuidado para no aplastarla con su peso y la besó en la boca de nuevo.

Ella aprovechó esa postura para tomar su miembro con la mano y sentir su dureza y su magnitud. Comenzó a acariciarlo, sintiendo cómo la sangre inundaba aquel músculo, haciendo su erección cada vez más poderosa. Los movimientos rítmicos de su mano, arriba y abajo, parecían acompasarse con sus jadeos, despertando cada vez más su deseo. Contempló satisfecha el poder sexual que como mujer tenía sobre él.

Él le soltó la mano y comenzó a besarla por todo el cuerpo, empezando por los pechos y siguiendo por el estómago, el ombligo y el abdomen hasta llegar al centro mismo de su feminidad, limpio y depilado.

–Tenías un aspecto muy sexy en aquella salita de la clínica –dijo él–. Pensé que habrías dejado de depilarte después de separarnos.

–No, ya estoy acostumbrada. Así me siento más limpia y fresca.

–Y condenadamente atractiva –dijo él acercando allí su boca.

Le acarició su punto más sensible y erógeno con la lengua y con los labios. Maya arqueó la espalda.

Todo su cuerpo ardía de placer. Estaba a punto de alcanzar el clímax. Lo estaba deseando, pero él la hizo esperar. Prolongó su placer, llevándola al borde del orgasmo y trayéndola de nuevo una y otra vez hasta que, entre sollozos y espasmos de placer, ella le rogó que la llevase al final.

Él hizo lo que le pidió, pero no como ella esperaba. Lamió de forma suave pero continua aquel pequeño brote hipersensible, hasta que todo su cuerpo se estremeció de placer y cada una de sus miles de terminaciones nerviosas se excitaron al unísono como activadas por una corriente eléctrica que la elevara a la cima de una montaña para dejarla luego caer dulcemente a los verdes prados del valle.

–Ahora me toca a mí –dijo él, tomando su mano y llevándola de nuevo a su miembro.

–Pero, ¿no quieres…penetrarme?

¡Qué boba era!, pensó ella por sentir vergüenza de hablar de

aquello, después de todo lo que habían compartido en el pasado.

–Claro que sí, pero no haremos nada de eso hasta que no tengamos el visto bueno del médico –dijo él besándola en el cuello, y luego añadió mirándola con picardía y un gesto de complicidad–: Ya sabes el ritmo y la presión que me gusta.

Maya se puso manos a la obra y comenzó de nuevo a acariciar su miembro tal como sabía que a él le gustaba, contemplando satisfecha el placer que le proporcionaba. Cuando le oyó jadear y notó entre sus dedos las primeras convulsiones, aumentó el ritmo y la presión de su mano progresivamente hasta que él se derramó sobre su vientre con un intenso gemido de placer.

Ella se quedó tumbada boca arriba mirándolo y preguntándose si él tendría alguna idea aproximada de lo mucho que ella lo amaba. Él podía haber insistido en hacer el amor de forma tradicional, con penetración, pero había preferido no hacerlo para proteger así a su bebé.

Al bebé que él quería más que a nada.

Al bebé que él quería más que a ella.

Comprendió la fragilidad de la situación en que se estaba. Él había dicho que seguirían juntos en su matrimonio pasase lo que pasase con el bebé. Pero, ¿qué tipo de matrimonio sería? ¿Continuaría él con sus aventuras, como había hecho su padre al principio hasta que decidió sentar la cabeza? ¿Sería ella capaz de perdonarlo como había hecho Giovanna con Giancarlo? Maya no estaba tan segura de poder convivir con un marido mujeriego. Hacer la vista gorda requería más fortaleza y temple de los que ella tenía.

Giorgio se levantó de la cama y se puso los pantalones.

–¿A dónde vas? –le preguntó ella.

–A traerte un refresco y algo de comer –respondió él, subiéndose la cremallera–. Llevas sin tomar nada desde que vinimos de ver a mi abuelo y necesitas alimentarte. Y por partida doble.

«Todas estas atenciones y desvelos son por el bebé. Por favor, mi adorado bebé, te lo ruego, no te mueras», se dijo ella, poniendo las dos manos en el vientre.

Cuando Giorgio volvió con una bebida y algo de comida en una bandeja, Maya se había quedado dormida. Estaba acurrucada, en posición fetal, con una mano debajo de la mejilla. El intenso color negro de sus largas pestañas contrastaba con el rubio platino de su pelo.

Dejó la bandeja en la mesita sin hacer ruido y se sentó al borde de la cama para mirarla.

A veces le resultaba difícil saber exactamente lo que sentía por su esposa. Nunca había querido enamorarse de ninguna mujer. Durante toda la vida, había buscado en su trabajo la forma de

controlar sus emociones. Había puesto un candado en su corazón para protegerse, como había hecho cuando encontró el cuerpo de su pequeña hermana de tres meses frío en la cuna. Él solo tenía seis años, y el dolor tan profundo y los desgarrados lamentos de sus padres le causaron una gran impresión. Llegó a pensar que él o uno de sus hermanos podrían morir al día siguiente de forma inesperada. O quizá alguno de sus padres. Había sido una experiencia que había marcado su vida y le había hecho madurar antes de tiempo. Sus padres le habían pedido que fuese fuerte y ayudase a sus dos hermanos menores. Tan fuerte y responsable como había tenido que ser cuando su padre sufrió el trágico accidente. Las circunstancias de la vida no le habían dado tiempo a que su dolor y sus sentimientos afloraran a la superficie. Había tenido que hacerse cargo de los trámites del funeral, de hacer todos los papeles necesarios para poner todos los negocios y propiedades a su nombre… Había echado sobre sus espaldas toda la responsabilidad de los negocios de la familia. Su trabajo había llenado toda su vida, de tal forma que no sabría decir qué otra cosa había hecho en la vida además de eso.

Los sentimientos le asustaban. La sensación de sentirse vulnerable e indefenso por estar enamorado le daba pánico. Pensaba que amar a alguien demasiado podría acarrearle un sufrimiento del que luego sería imposible librarse.

Lo veía en Maya. Ella trataba de controlar sus emociones, pero al final eran sus emociones las que la controlaban a ella, quedando a merced de sus sentimientos. Ellos eran los que dictaban su conducta, impidiéndole actuar de forma racional y sensata.

Pero así era Maya, la mujer por la que se había sentido atraído desde el primer instante que la vio. Era tímida, recatada, insegura de sí misma, una pobre chica perdida en busca de una familia en la que encontrar protección y seguridad.

Se inclinó hacia ella y le apartó un mechón de la cara. Ella dio un pequeño suspiro y sus labios temblaron una fracción de segundo, como si fuera una niña. Seguía con una mano debajo de la mejilla. Miró la otra, que tenía puesta de forma dulce y protectora sobre su vientre.

Sintió un vuelco en el corazón. Puso él también su mano sobre la suya y rezó en silencio por el niño que habían concebido, no fruto de un amor mutuo y correspondido, sino de un momento de enojo y amargura.

Confió en que Dios no le hiciera pagar por sus pecados.

Maya se despertó durante la noche y encontró a Giorgio sentado a su lado, apoyado en un codo, mirándola a la luz de la luna cuya luz se filtraba a través de una de las ventanas. Había un leve gesto de contrariedad en su mirada, como si se sintiera molesto por algo, como

si tuviera una pesada carga en su conciencia.

–¿No te he dejado dormir? Espero no haberte molestado –dijo ella, pasándose la punta de la lengua por los labios resecos.

–No, no me has molestado –dijo él apartándole un mechón de la cara y colocándoselo por detrás de la oreja–. Suelo tener a menudo problemas para conciliar el sueño.

–Trabajas demasiado –dijo ella inclinando la cabeza a un lado para rozar con su mejilla la mano que Giorgio había dejado sobre su hombro–. Quieres hacerlo todo tú solo. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre?

Él hizo un gesto de indiferencia mientras seguía jugando con su pelo.

–Tengo a mi cargo una empresa muy grande y compleja, Maya. Eso exige mucha dedicación. Máxime ahora que mi abuelo no va a poder ayudarme más.

–Pero tus hermanos Luca y Nic te ayudarán, ¿no?

Él enrolló un mechón de su pelo alrededor de uno de los dedos, como si fuera un ovillo.

–Me son de gran ayuda y trabajan duro para sacar la empresa adelante, pero hay algunas cosas que tengo que hacer por mí mismo y no puedo delegar en nadie.

–No has respondido a mi pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un día libre?

Él dejó que el ovillo de pelo que había hecho alrededor del dedo se desenredara y luego la miró fijamente a los ojos.

–Creo que me tomaré unos días libres cuando mi abuelo… Quizá podríamos irnos los dos a algún sitio si el médico te da permiso para viajar. Podría ser para nosotros como una segunda luna de miel.

Maya pasó la yema de su dedo índice por el borde del labio superior de Giorgio.

–¿Y si perdemos al bebé?

Él tomó su dedo y lo besó tiernamente, mientras clavaba sus ojos en ella.

–Hasta ahora todo ha ido bien, *cara*. No pierdas la esperanza. Esta vez lo vamos a conseguir, vamos a tener lo que los dos deseamos.

Cuando él acercó los labios a los suyos, Maya elevó en silencio una plegaria al cielo rogando para que lo que él acababa de decir fuese verdad, aunque sabía muy bien que lo que ella deseaba era mucho más de lo que él estaba dispuesto a darle.

Capítulo 10

MAYA vio muy poco a Giorgio durante las semanas siguientes. La enfermedad de Salvatore había evolucionado de tal forma que necesitaba que alguien estuviera con él las veinticuatro horas del día. Giorgio tenía que repartir su tiempo entre mantener a raya a la prensa sensacionalista y atender los asuntos de su abuelo, además, claro, de su propio trabajo, que ya era de por sí bastante estresante. Maya comenzó a ver por primera vez desde que se habían casado que aquel ritmo de vida tan frenético no era algo que él hubiese elegido por voluntad propia, sino que le había venido impuesto por toda la gente que dependía de él. Consciente de ello, trató de hacerle la vida lo más agradable posible, ayudándole en todas las cosas que estaban su alcance y procurando que la villa fuese para él un lugar confortable y un refugio de paz cuando él llegase a casa, cansado y a veces después de que ella se hubiese ido ya a la cama.

Aún no se había hecho del todo a aquella villa que encontraba tan cambiada. Ya no había tantas personas de servicio ni tantos empleados cuidando de los jardines y del mantenimiento de la finca como antes. Tenía así más tiempo para pensar. Le asustaba hacer planes para el futuro, pero le gustaba poder ayudar a Giorgio en todo lo que estuviera en su mano mientras durase aquella fase tan difícil de la enfermedad de su abuelo. Pasaba muchas horas junto a Salvatore para dar así algún descanso a sus familiares. Disfrutaba sentada a la cabecera de su cama, charlando con el anciano cuando él estaba animado, o leyéndole el periódico o alguna de sus novelas favoritas.

A pesar de sus largas ausencias de la villa, Giorgio seguía durmiendo en su cama por las noches. Ella esperaba con ilusión el momento en que él llegaba por la noche en silencio y se acostaba con ella estrechándola entre sus brazos y la colmaba de besos y caricias hasta hacerle olvidar los sinsabores del día. Seguía sin querer penetrarla y prefería continuar con aquellos juegos amorosos. Era algo que a ella le resultaba frustrante, pero confiaba en que cambiaría cuando pasase el período de seguridad y la vida del bebé ya no corriese peligro.

Estaba ya en la semana duodécima del embarazo. Casi no podía creerlo. Incluso después de haber visto al bebé en la ecografía que se había hecho esa misma semana, le parecía un sueño. Confiaba en que, conforme pasasen los días, fuera recuperando la seguridad en sí misma y alejando sus temores.

Veía lo entusiasmando que estaba Giorgio con la buena marcha del embarazo, pero lo que seguía sin ver muy claro era lo que él sentía por ella. Trataba de ser comprensiva y se decía que quizá su aparente

aire de ausencia y distracción no tenía nada que ver con ella, sino con el trabajo y el estrés al que estaba sometido. Se mostraba en todo momento muy atento y solícito con ella. Todo el que los viese, habría dicho que era un amante esposo y un hombre orgulloso y entusiasmado de tener su primer hijo.

Eso era lo que pensaba su familia. Giovanna les había invitado a cenar la semana anterior. Aunque todos los miembros de la familia estaban un tanto decaídos por el deterioro físico de Salvatore, que no estaba en condiciones de bajar las escaleras para estar con ellos, Maya había visto que todos daban por hecho su reconciliación y no dudaban de que su matrimonio estaba ya consolidado.

Se había hecho muy amiga de Bronte, la esposa de Luca. Maya se había ofrecido a ayudarla a perfeccionar su italiano y pasaban buenos ratos juntas en la villa jugando con la pequeña Eve. Maya había llegado a querer mucho a la niña, que cada día que pasaba estaba más guapa. Bronte estaba ya de casi cuatro meses, y estaba también radiante y muy ilusionada con su nuevo hijo. No dejaba de darle ánimos a Maya, infundiéndole confianza para que no se preocupase tanto, disfrutase de su embarazo y pensase sólo en la felicidad que tendría cuando naciese su hijo.

Le aseguraba que las náuseas que aún sentía eran una buena señal, tal como le había dicho Giorgio y el propio médico le había confirmando esa misma tarde en la consulta.

Maya estaba sentada leyendo un libro, esperando que Giorgio llegara a casa, cuando oyó el ruido de la puerta de entrada. Gonzo se puso a ladrar de forma lastimera como si presintiese que se avecinaba algo malo, aun antes de que Giorgio entrase en la sala.

A Maya se le escurrió el libro de entre las manos, pero no se dio cuenta de ello ni oyó siquiera el golpe que produjo al caer al suelo.

–¿Giorgio? –exclamó ella asustada con un hilo de voz.

Miró a Giorgio y sus ojos se llenaron de espanto al ver su mirada.

–Ya no está con nosotros –dijo él aparentemente sereno–. Ha muerto hace dos horas. Se fue en paz y sin sufrir.

Ella sintió un profundo dolor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó de la silla, casi tambaleándose y se echó en sus brazos. Lo abrazó con fuerza, como si pretendiera con ese abrazo liberarle del dolor que, a pesar de su entereza, sabía que sentía en ese momento.

–Lo siento mucho –dijo ella, luchando por controlar sus sentimientos–. Era una persona maravillosa. Lo echaremos todos mucho de menos.

Giorgio dejó caer la cabeza sobre su pelo rubio y sedoso y la abrazó muy emocionado.

–Sí, lo era. Tenía mucha ilusión porque siguiéramos juntos. No

quería que estuviésemos tristes por él. Quería que viviésemos nuestra vida al máximo, como hizo él.

«Si la vida no fuese tan caprichosa…», pensó Maya. Quizá algunas personas podían disfrutar de su vida a tope, pero cuando la vida le había golpeado a uno en lo más profundo de su alma, lo veía todo de otro modo y se tomaba las cosas con más calma.

Giorgio le tomó las manos y la miró a los ojos.

–¿Cómo te encuentras, cara? ¿Qué te ha dicho el ginecólogo? Siento no haber podido acompañarte. ¿Recibiste mi mensaje? Estuve toda la tarde con el médico de cuidados paliativos de mi abuelo. No me dio tiempo a ir contigo.

Maya se quedó sorprendida por el cambio brusco que había dado a la conversación, Estaba empezando a comprender que ésa era su forma habitual de sobrellevar los problemas, seguir adelante como si nada hubiera pasado. Por muy apenado que estuviese, nunca lo iba a demostrar delante de otra persona, aunque fuese su mujer.

–Sí, leí el mensaje. Lo comprendí perfectamente. En cualquier caso, se trataba sólo de una revisión. Todo está bien. El doctor Rossini considera que las náuseas me durarán todavía un par de semanas más.

Él sonrió muy satisfecho y le puso la mano en el vientre aún bastante plano.

–Nadie diría que llevas ahí a mi hijo. ¿Cuándo se te empezara a notar?

–Según Bronte, dentro de uno o dos meses –respondió ella–. Me dijo que, cuando estaba embarazada de Eve, a ella no se le empezó a notar hasta después del quinto mes.

–Creo que deberíamos hacer un comunicado oficial a la prensa después del funeral del abuelo. Mira cómo lo hicieron Luca y Bronte con Eve y luego con su boda y ahora con su segundo embarazo. Es lo que la gente está deseando oír. Les gusta este tipo de noticias.

–Pensaba que querías mantener a la prensa al margen de todo esto el mayor tiempo posible –dijo ella con el ceño fruncido.

Giorgio le soltó las manos y se dirigió a la barra del mostrador donde estaban las bebidas. Echó un poco de agua con hielo en una copa y se la dio a ella. Luego, volvió y se sirvió para él un poco de brandy.

–Mi abuelo quería que el nombre de los Sabbatini estuviera asociado con el éxito y la prosperidad, no con la enfermedad y la muerte –dijo él– Es algo que debemos a nuestros inversores y a todos los clientes y empleados de nuestra cadena de hoteles. Debemos trasmitirles el mensaje de mi abuelo: la vida y los negocios deben continuar. El anuncio de un acontecimiento tan feliz como la de llegada de nuestro hijo hará olvidar la pérdida de mi abuelo.

Maya no pudo ocultar su indignación. No podía evitar pensar en

la prensa, acosándola como perros hambrientos a todas horas y quizá hasta poniendo en riesgo la vida de su hijo y la suya propia cuando se arremolinaran los reporteros gráficos en torno a ella para conseguir una exclusiva o simplemente una fotografía.

–Así que, para ti, esto es sólo una estrategia mercantil, ¿verdad?

Giorgio echó otro trago de brandy antes de responderle.

–¿Por qué eres tan negativa, Maya? Lo único que trato de decir es que necesitamos dar un mensaje esperanzador. Yo dirijo una corporación de ámbito internacional y no quiero que pueda verse perjudicada por ningún suceso. Es lo mismo que habría hecho mi abuelo. De hecho, ésas fueron algunas de las últimas palabras que me dijo antes de morir.

Maya se dio la vuelta y dejó su copa con un golpe sordo en la mesa.

–No estoy dispuesta a que la prensa y las revistas del corazón aireen mi embarazo por media Europa, sólo porque pueda redundar en un beneficio económico para tu empresa.

–Maya… Ella se volvió de repente con la mirada de una gata en celo.

–No me hables en ese tono de condescendencia como si fueras aquí el único que lo decide todo. Sabes muy bien lo que me molesta el acoso de los medios de comunicación. Creo que fue una de las razones de que se desmoronara nuestro matrimonio.

–Nuestro matrimonio no se desmoronó por eso, sino porque tú no eras lo suficiente madura como para enfrentarte a la realidad de la vida y comprender que las cosas no son siempre como a uno le gustaría que fueran. Te comportaste como una niña malcriada que veía que no podía tener lo que quería cuando lo deseaba. Tú fuiste la que diste al traste con nuestro matrimonio con tus caprichos y tus manías.

–¿Me estás llamando niña malcriada y caprichosa? –dijo ella con los ojos llenos de indignación–. Y me lo dices precisamente tú, con tu Lamborghini, tu Ferrari y tu jet privado. ¡Por el amor de Dios! Tú no sabes nada de lo que es luchar para salir adelante en la vida. A ti te lo han dado todo servido en una bandeja de plata.

–No pienso seguir discutiendo esto contigo –replicó él dejando su copa vacía en el mostrador de las bebidas–. Veo que estás un poco alterada por la muerte de mi abuelo y creo, además, que ha sido un error por mi parte haberte hablado de lo del comunicado a la prensa.

Ella, lejos de calmarse tras esas palabras, se sintió aún más indignada. Se cruzó de brazos y lo miró detenidamente.

«Niña malcriada».

«Tú fuiste la que diste al traste con nuestro matrimonio con tus caprichos y tus manías».

Aquellas palabras resonaban en su mente como golpes de tambor.

Pero, ¿qué demonios pretendía decir con eso? Él se habría divorciado de ella en un abrir y cerrar de ojos si no hubiera sido porque sabía que resultaría más beneficioso económicamente llegar a un acuerdo.

Vio como se servía otro brandy, ahora doble. Giorgio no era un bebedor habitual. Comprendió que lo estaba haciendo para olvidar el dolor tan profundo que sentía por su abuelo y que se empeñaba en ocultar. Le había dicho que la encontraba algo alterada por la muerte de Salvatore, pero, como siempre, él no le había dicho como se encontraba él.

–Giorgio… –dijo ella, entrelazando con fuerza los dedos de las manos, buscando las palabras adecuadas.

–Déjalo ya, Maya –le cortó él llevándose la copa a los labios.

Ella contó hasta diez, antes de decidir cambiar de conversación.

–¿Cómo se lo está tomando tu madre?

Giorgio se encogió de hombros sin volverse siquiera hacia ella para mirarla.

–Está muy afectada, como es lógico. Le hace recordar, además, la muerte de mi padre, pero tiene a toda la familia apoyándola. Luca y Bronte están ahora con ella, y tiene además a la pequeña Eve. Ella es en estos momentos el mejor consuelo para ella y para todos nosotros. Nic vendrá mañana. Estará en Montecarlo, jugando en el casino o con alguna estrella del mundo del espectáculo.

–Desapruebas su estilo de vida, ¿verdad? Giorgio se giró y la miró fijamente con la copa de brandy en la mano.

–Piensas que he sido un privilegiado por haber nacido en el seño de una familia rica y poderosa y, en efecto, tienes razón, especialmente si me comparas contigo. Pero no creas ni por un momento que no sé apreciar el valor de las cosas. Luca tuvo que madurar de prisa al darse cuenta de que estaba a punto de arruinar su vida y la de Bronte. A Nic le queda aún mucho por aprender para llegar a ser una persona responsable, pero tengo la sensación de que va por buen camino.

–¿Sí? ¿Por qué lo dices?

–Mi abuelo me puso, a grandes rasgos, al corriente de su testamento –dijo él con una amarga sonrisa–. Y permíteme decirte que a Nic no le va a gustar alguna de sus cláusulas. Si no se aviene a la disciplina y a las normas de la familia, quedará desheredado.

–¿Salvatore puso eso en su testamento? –exclamó ella con un gesto de sorpresa.

Giorgio asintió con la cabeza y echó otro trago.

–Se armará un buen revuelo en la lectura del testamento cuando

Nic se entere. Si intenta recurrirlo, tendrá por delante un camino largo y espinoso, además de muy costoso. Espero que sea sensato y no lo haga. La prensa convertiría el asunto en un circo, por no hablar de la repercusión tan nociva que tendría para nuestra empresa.

–No estoy muy acostumbrada a ese tipo de cosas –dijo ella–. Mi madre murió sin haber hecho testamento. La verdad es que tampoco hubiera servido de nada que se hubiera molestado en hacerlo, no tenía nada que dejarme.

Giorgio dejó su copa en el mostrador.

–Debiste de echarla mucho de menos cuando se murió así, tan de repente. Nunca me has hablado de ello.

Maya no quería recordar aquella época tan triste de su vida, su desgraciada infancia, los años que pasó con su tía abuela, con la que se había ido a vivir tras la muerte de su madre. Una mujer mezquina que nunca le había hecho una caricia ni la había elogiado, ni dado ánimos por sus progresos en el colegio o en el instituto. Una mujer que había sido incapaz de demostrarle el menor afecto porque pensaba que los elogios inflaban perniciosamente el ego y la autoestima de los niños y se volvían luego intratables.

Los años del colegio habían sido los peores. Había visto cómo los padres de los demás niños y niñas de su clase asistían a las reuniones con los profesores y a las fiestas de fin de curso, mientras que su tía abuela no acudía a ninguno de aquellos actos. Eunice Cornwell no creía en la competitividad ni en el valor de las recompensas y galardones de ningún tipo, así que cuando Maya consiguió el primer premio de su curso no hubo nadie de su familia el día de la entrega de premios.

–Fue uno de los días más tristes de mi vida –dijo Maya con la mirada perdida como si estuviese viviendo aún aquel momento–. A mi tía abuela le molestaba tenerme a su lado y a mí tampoco me gustaba estar con ella, así que me fui de su casa en cuanto tuve la oportunidad.

–Pobre Maya, fuiste una triste niña huérfana –dijo Giorgio acercándose a ella–. No es de extrañar que te sintieras atraída por mí y por mi familia.

–Me sentí atraída por ti, no por tu familia –le corrigió ella.

–Sí, claro –dijo él acariciándole el pelo–. Y aún lo sigues estando, ¿verdad, *tesoro mio*?

–No puedo negarlo. Salta a la vista –dijo ella con una sonrisa, llevándose la mano al vientre. Él siguió acariciándole el pelo con una mano y apoyó la otra en su vientre.

–Me gustaría hacer el amor contigo –dijo él con una voz profunda, sensual e irresistible–. Ahora.

Maya vio en sus ojos esa mirada sombría y a la vez brillante que

ponía siempre que quería hacer el amor con ella. Sintió un ligero temblor por todo el cuerpo cuando él le acarició los pechos.

–¿Me lo estás pidiendo o es sólo una forma de hablar? –dijo ella con voz temblorosa.

–¿Necesito pedírtelo, *cara*? –replicó él acercando los labios a su boca.

Ella le respondió con hechos no con palabras. Unió su boca a la suya y deslizó la lengua en busca de la suya hasta encontrarla y formar con ella un dúo lleno de sensualidad que fue poco a poco haciéndose más ardiente y apasionado. Se quedó casi sin respiración cuando él la estrechó entre sus brazos y vio su vestido hecho un ovillo alrededor de sus pies y sus pechos desnudos anhelando sus caricias. No pudo contener un gemido al sentir sus labios en los pezones.

Aquellos segundos de pasión se hicieron por momentos tan ardientes como un infierno, consumiéndolo todo a su paso. No hubo tiempo para subir las escaleras, ni para más besos y caricias, ni palabras de amor.

Giorgio la tumbó en el suelo recién enmoquetado con mucho cuidado y se echó sobre ella, apoyándose con las manos a ambos lados de su cabeza para no presionarla con su peso. Aplastó sus labios con los suyos mientras su lengua penetraba en su boca en un erótico y delicioso anticipo de lo que estaba por venir.

Ella se retorció de deseo bajo su cuerpo. Lo deseaba desnudo y dentro de ella. Deseaba sentir en su interior aquel miembro duro y poderoso que tanto había echado de menos. Le agarró de la camisa, tirando con fuerza de ella hasta arrancarle los botones y luego le quitó el cinturón de los pantalones como si fuera una loca en plena acción.

Él le quitó la ropa que le quedaba con un poco más de delicadeza, pero tampoco demasiada. Fue besando cada parte de su cuerpo. Sus labios y su lengua eran como llamas de fuego que encendían y abrasaban su carne. Al llegar a sus pechos se recreó especialmente en ellos, lamiéndole los pezones hasta ponerlos duros y erectos.

Ella tomó entonces su miembro con la mano, gozando de su turgencia. Él se estremeció y se agitó de placer ante la suavidad y firmeza de sus dedos. Luego le apartó la mano y entró en ella con un empuje firme y seguro. Ella se puso a jadear, y sintió estremecerse todo su cuerpo.

Él trató de controlarse, retrocediendo un poco por si su penetración había sido demasiado honda, pero ella le hincó los uñas en la espalda incitándole a que fuera aún más profunda. Él impuso entonces un ritmo cada vez más rápido que parecía ir acompasado con sus jadeos. El sudor que transpiraba por la piel era incapaz de apagar el fuego que le abrasaba.

Ella arqueó la espalda para sentir más su miembro. Se sintió al poco absorbida por un torbellino que la zarandeaba como una muñeca de trapo hasta hacerle perder el sentido. Sus convulsiones parecieron contagiar a Giorgio, que alcanzó el orgasmo pocos segundos después que ella. Sintió una segunda oleada de placer al sentirle derramándose dentro de ella.

Saciado el deseo ambos, Maya se quedó quieta y en silencio bajo el cuerpo de Giorgio. Su corazón seguía latiendo aceleradamente. Se sentía feliz y gozosa de haberle poseído totalmente. No quería hablar ni moverse para no estropear el momento. Quería seguir todo el tiempo posible con su cuerpo pegado al suyo, para sentirlo íntimamente cerca. Era consciente de que para él era una proximidad más física que emocional, pero ella no era capaz de separar el amor del sexo. Incluso aquella noche loca de la boda de Luca, ella había obrado más por amor que por deseo.

El destino los había juntado de nuevo. Tendría que pensárselo muy bien antes de tomar la decisión de seguir con él o divorciarse definitivamente.

Los Sabbatini sólo jugaban para ganar. Perder era una palabra que no estaba en su vocabulario. La relación de Giorgio con ella nunca había estado basada en el amor. Había sido sólo fruto del orgullo y del sentido de propiedad de los Sabbatini y de su deseo de perpetuar la dinastía.

Pero eso era una de las pocas cosas que Giorgio no podía controlar, por más que ella lo desease.

Capítulo 11

EL funeral por Salvatore Sabbatini fue largo, pero muy emotivo. Había tenido una larga vida, llena de éxitos y de alguna que otra tragedia. La muerte de su hijo Giancarlo supuso un gran golpe para él. Cuando Giorgio proyectó la presentación que había preparado sobre su abuelo, Maya no pudo reprimir las lágrimas al ver pasar las imágenes de su vida, desde su infancia a sus últimos días con su nieta Eve en las rodillas.

Tuvo lugar luego un acto de homenaje, de carácter privado, en el hotel Sabbatini. Sólo podían asistir, en principio, los familiares y allegados, pero por alguna razón, consiguieron infiltrarse un par de reporteros de la prensa. Uno de ellos enfocó por sorpresa con su cámara al rostro de Maya mientras el otro le ponía en la boca un micrófono.

–*Signora* Sabbatini, díganos, ¿es verdad que está esperando un hijo? Maya, desconcertada, vaciló unos segundos antes de contestar.

–Sin comentarios.

–*Signora* Sabbatini, se dice que ese niño podría ser de Howard Herrington, el hombre con el que usted mantuvo una breve aventura durante su separación. Todo el mundo sabe que su marido y usted han tenido problemas para tener hijos estos últimos años. ¿Tiene algo que decir a eso?

Giorgio apareció entonces de repente. Parecía muy enfadado. Maya nunca le había visto así.

–Esos rumores son absolutamente falsos –dijo él–. El hijo es mío. No hay ninguna duda de ello y nunca la ha habido. Ahora, por favor, tengan la bondad de salir de esta sala si no quieren que me vea obligado a llamar al servicio de seguridad.

Cuando los periodistas se retiraron, Giorgio tomó del brazo a Maya y se fue con ella a una de las salitas privadas que había en un lateral del salón de actos. Cerró la puerta y la miró con gesto de preocupación.

–¿Estás bien? Me dio la impresión de que ibas a desmayarte en cualquier momento.

Maya se llevó una mano a la frente.

–Debía haberlo previsto. Me sentí como una pánfila sin saber qué decir a ese periodista.

–Sabía que podía ocurrir una cosa así –dijo él pasándole una mano por la mejilla–. Por eso quería hacer un comunicado oficial antes de que la prensa se adelantase con algún cotilleo estúpido. Es mucho más difícil atajar los rumores cuando provienen de fuentes desconocidas.

Maya se le quedó mirando unos segundos como tratando de desentrañar sus pensamientos.

–No tienes ninguna duda de que este hijo es tuyo, ¿verdad, Giorgio?

–Por supuesto que no –dijo él acariciándole el pelo con la mano–. Ahora, ya no.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Has descubierto últimamente alguna prueba de tu paternidad?

–Me encontré por casualidad el otro día con tu ex pareja, Howard Herringbone. Maya no se molestó siquiera en corregirle el apellido.

–¿Que te lo encontraste por casualidad? –preguntó ella, alzando las cejas, con una mezcla de ironía e incredulidad–. Vamos, Giorgio, ¿me estás tomando el pelo?

–Está bien, lo admito –dijo él, tras una tensa pausa–. Me enteré de dónde vivía y le hice una visita. Me confirmó que había coincidido contigo en un restaurante invitado por un amigo común y que ésa había toda su relación contigo.

Maya se puso roja de indignación por su atrevimiento y su falta de confianza.

–Así que no me creíste cuando te lo dije. Necesitabas que te lo confirmara otra persona para que creerme, ¿eh?

–Ponte en mi lugar, Maya. Me dejaste al ver que yo no podía dejarte embarazada. ¿Qué otra cosa podía pensar cuando descubrí que estabas esperando un hijo?

–Yo no te dejé por eso –replicó ella–. Te dejé porque nuestro matrimonio estaba roto.

–¿Y por qué no me dijiste que estabas embarazada? Tuve que ser yo el que lo descubriera por casualidad cuando buscaba un cepillo de dientes en tu lavabo.

–Pensaba decírtelo.

–¿Ah, sí? –exclamó el con ironía–. ¿Y cuándo? ¿Quizá pensabas hacer lo mismo que hizo Bronte con mi hermano? ¿Decírmelo cuando mi hijo tuviese ya un año?

Maya salió en defensa de cuñada y amiga.

–Fue culpa de Luca, no de ella. Él fue el que cortó la relación si darle ninguna explicación. No confió lo suficiente en ella como para contarle la verdad del problema de salud que tenía.

–Luca ha sido siempre muy reservado –dijo Giorgio–. Ni siquiera se lo contó a su propia familia.

–Bueno, lo importante es que al final se reconciliaron y ahora están muy enamorados el uno del otro. Yo me alegro mucho por ellos.

–Y yo también –dijo él–. Pero sé lo mucho que Luca ha sentido no haber podido estar junto a su hija esos primeros meses. Creo que

ésa fue una decisión que Bronte no tenía derecho a tomar, nos tuvo engañados a todos durante un año. Tenía que habérselo dicho al menos a él. Yo no te perdonaría nunca si me hicieras una cosa así.

–¿Cómo podría hacerte una cosa así, si hasta ahora no he conseguido estar embarazada más de seis semanas seguidas? –dijo ella muy enfadada.

El aire se volvió espeso e irrespirable por la tensión del momento.

–Maya… –dijo él, acercándose unos pasos hacia ella.

Ella, al verle venir, tomó precauciones cruzando los brazos por delante de sus pechos.

–Giorgio, no pongas las cosas más difíciles de lo que están. Me obligaste a volver contigo para que tu abuelo viviera en paz sus últimos días, pero ahora ya no está con nosotros. Ya no hay ninguna razón para que siga a tu lado. Podría hacer el equipaje en unos minutos y marcharme de esta casa, sin que tú pudieras hacer nada por detenerme.

–Maya, si me vuelves a dejar, te aseguro que arrepentirás el resto de tu vida –dijo él echando fuego por los ojos–. Te resultó demasiado fácil la primera vez. Entonces, no quise hacer nada para retenerte, juzgué que necesitabas darte un respiro y reflexionar sobre nuestro matrimonio. Pensé que quizá los dos lo necesitábamos. Pero esta vez sería distinto, no me quedaría cruzado de brazos, te quitaría al niño en cuanto naciera, no lo dudes.

Maya tragó saliva intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. Aquella discusión ya no era sólo por dinero, sino también por su hijo, y veía que él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tener ambas cosas controladas. Ella era irrelevante para él, una simple pieza más en el ajedrez de su vida, a la que mover a su antojo. Si él la amase, le habría faltado tiempo para pedirle que se quedase con él, en vez de amenazarla con quitarle a su hijo.

–Estás dando por sentado muchas cosas, como que nuestro hijo nazca –dijo Maya con una voz tan fría y amarga, y tan llena de desprecio, que ni ella misma la reconoció como propia.

–El médico tiene mucha confianza en que esta vez tendrás un parto normal y el niño nacerá sin problemas –replicó Giorgio–. Quiero ese hijo, Maya. No me obligues a tener que quitártelo, entrando en una larga cadena de batallas legales por su custodia cuyo final los dos sabemos de antemano cómo acabaría.

–Sí, sé muy bien lo cruel y despiadado que puedes llegar a ser cuando quieres conseguir tus deseos. Prefieres encadenarte a un matrimonio sin amor, por Dios sabe cuántos años, antes que darme lo que quiero.

–Me parece que tú no sabes siquiera lo que quieres –replicó él–.

Me dijiste que querías el divorcio, pero en cuanto estuvimos juntos unas horas volviste a mi cama, como siempre. Hay cosas, Maya, que no han cambiado, ni podrán cambiar. Tú me deseas y yo te deseo.

Maya se avergonzó de sentir el rubor en sus mejillas. Reconocía su debilidad, se había entregado a él de nuevo después de unas cuantas caricias. ¿Por qué no podía controlarse cuando estaba cerca de él?

–¿Y cuánto crees que va a durar nuestra atracción sexual? –preguntó ella.

–Creo que todavía bastante– contestó él con un brillo especial en sus ojos negros como el carbón–. Si no fuera por toda esa gente que está ahí al otro lado de la puerta, te lo demostraría aquí mismo, sobre esta mesa.

Maya sintió todo su cuerpo respondiendo inconscientemente a sus palabras con una oleada ardiente de deseo. Se estremeció y se le puso la carne de gallina con sólo pensar en que pudiera poseerla en aquel mismo momento. Habían hecho el amor todas las noches desde que habían vuelto a estar juntos, y cada vez había sido mejor que la anterior, como si su cuerpo estuviese llegando a un estado de plena madurez sexual. Había perdido buena parte de sus complejos e inhibiciones y disfrutaba de su cuerpo de todas las formas posibles.

Un golpe en la puerta vino a romper el hechizo del momento, como lo hace una piedra lanzada sobre el frágil cristal de una ventana.

–¿Sí? –preguntó Giorgio abriendo la puerta.

–Lo siento –dijo Bronte, la esposa de Luca, algo avergonzada–. Estaba buscando a Jade Sommerville. La vi un instante en el funeral, pero no he vuelto a verla desde entonces. Supongo que debe haberse ido.

Giorgio dijo algo así como que él no llevaba el control de los asistentes y se disculpó diciendo que tenía que irse a atender a unos amigos. Salió de la salita dejando a Maya con Bronte.

Bronte miró a Maya con gesto preocupado.

–¿Te encuentras bien, Maya?

Maya estaba aún bajo los efectos de las palabras de Giorgio y permanecía inmóvil como si tuviera pegados los pies al suelo.

–Disculpa a Giorgio si ha estado un poco grosero contigo, pero tiene muchos problemas en la cabeza. Supongo que te harás cargo.

–Sí, no te preocupes –replicó Bronte muy comprensiva–. Es la triste historia de esta familia. Giorgio tiene muchas responsabilidades a sus espaldas, no es de extrañar que esté a veces un poco quisquilloso. ¿Cómo lo llevas tú?

–Bien –dijo ella, bajando un poco la mirada.

Se produjo un breve silencio, tenso y revelador.

–Mira, puedes decirme que no me meta en tus asuntos, pero me

pareció, al entrar, ver cierta tensión entre Giorgio y tú –dijo Bronte–. Supongo que será por el estrés de estos últimos días.

–Estamos teniendo algunos problemas de readaptación, pero creo que los resolveremos pronto. La verdad es que no he sido una compañera muy agradable para él últimamente. Aún no me puedo creer que vaya a conseguir tener un hijo.

–¡Oh, Maya querida! –dijo Bronte, acercándose a ella y dándole un abrazo–. Sé lo duro que debe de ser para ti, pero tienes que ser optimista y tener paciencia. Pronto se te empezará a notar y entonces estoy segura de que te parecerá todo distinto, más real.

–Sí, supongo que sí. Lo que no sé es como tratar a Giorgio, nunca lo he sabido. Me parece que no conseguimos congeniar desde el punto de vista afectivo.

–Pero tú aún lo amas, ¿no?

–Ése es el problema –dijo Maya suspirando–. Lo amo con toda mi alma. Creo que aún más que antes. –¿Entonces?

–Giorgio es incapaz de amar o al menos de demostrarlo.

–Pero tiene que haberte amado alguna vez –dijo Bronte con gesto sorprendido–. Se casó contigo, ¿no? Maya se mordió ligeramente el labio inferior.

–En nuestra relación, no hubo nunca el menor romanticismo, fue sólo un matrimonio de conveniencia.

–¿Qué demonios quieres decir, Maya?

–Giorgio y yo nos conocimos poco antes de que su padre tuviera el accidente –dijo Maya, suspirando de nuevo–. Yo me enamoré de él en seguida, pero él se casó conmigo por voluntad de su familia. Quería tener un heredero, especialmente después de las pocas esperanzas que los médicos le habían dado a su padre. Yo acepté, pensando que con el tiempo llegaría a amarme, pero no fue así. Nos hicimos desgraciados el uno al otro, especialmente cuando se vio claro que yo no podía responder a las expectativas que él había puesto en mí para que le diera el hijo que perpetuara la dinastía de los Sabbatini.

–¡Oh, Maya! –volvió a exclamar Bronte, consternada, sin saber qué decir.

–He vuelto con él sólo por Salvatore y el bebé –continuó Maya–. Si no estuviera embarazada, me habría ido ahora que Salvatore ya no está con nosotros. Giorgio tiene tantas ganas de volver a su vida de antes como yo a la mía.

Bronte miró a su amiga con cara de lástima.

–Querida, no pensarás que hay otra mujer por medio, ¿no? Ya sabes, una amante o algo así.

A Maya le vino a la memoria la imagen de la esbelta modelo y sintió un dolor tan agudo como si le acabasen de atravesar el corazón con una espada.

–No sé… Tal vez… Espero que no…

Bronte le puso afectuosamente una mano en el hombro.

–¿Quieres que le diga a Luca que hable con Giorgio sobre el asunto?

–No, por favor, no involucres a Luca ni a nadie en esto. Giorgio y yo somos los que tenemos que resolver nuestros problemas.

–Ten paciencia, Maya –le aconsejó Bronte–. Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo últimamente. Giorgio, como hermano mayor, tiene que asumir el peso del negocio de la familia. Conforme las cosas se vayan consolidando, todo será diferente y tendrá menos estrés, no tendrá que ocuparse personalmente de todo como hasta ahora. A Giorgio se le ve siempre pendiente de ti. Luca y yo lo estuvimos comentando el otro día. Siempre protegiéndote, cuidando de que descanses lo suficiente y no te fatigues demasiado. Se enfadó mucho con nosotros por dejar que te quedases con Salvatore la semana antes de que se muriese, ¿te acuerdas?, el día que yo tenía la revisión con mi ginecólogo. Dijo que sólo podías estar unos minutos. A mí, si te digo la verdad, llegó a asustarme, pero Luca dijo que todo lo hacía porque le preocupaba mucho la salud del bebé y la tuya.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Luca con Eve en brazos. La niña parecía algo enfurruñada.

–¡Hala, ya la tienes aquí! –dijo Luca, mirando a su esposa con una sonrisa de complicidad–. Aquí está tu mamá.

–¡Mamá! ¡Mamá! –dijo la niña, lloriqueando extendiendo los bracitos hacia su madre.

Maya sintió envidia al ver la escena. Cómo desearía ella tener un niño o una niña que viniera a refugiarse en ella con tanta ternura, por no hablar de un marido que la amase tanto como Luca a Bronte.

–Esta señorita lo que necesita es dormir –dijo Bronte sonriendo–. Maya, ¿te apetece ir de compras mañana conmigo? Puedo venir a recogerte. Sé donde hay una tienda muy buena con ropa premamá. Tenían un conjunto de blusa y pantalón en tonos blanco y lila que te quedaría muy bien. Armonizaría con ese bronceado de piel tan espléndido que tienes.

–Sí, me gustaría –respondió Maya–. Aún no me he comprado nada.

–¡Genial! –exclamó Bronte, acunando a Eve sobre su pecho–. Vendré a recogerte sobre las once, ¿de acuerdo?

Maya asintió con la cabeza mientras contemplaba a la familia saliendo de la salita. La niña en brazos de su madre y Luca con el brazo alrededor del hombro de Bronte, en un gesto de marido protector.

Al poco de marcharse, entró Nic de forma impetuosa, y con actitud pendenciera. –¡Oh, *scusi*! –dijo él, parándose en seco al verla–.

Pensé que eras otra persona.

–Siento haberte decepcionado –dijo Maya con una cierta aspereza.

–Mira, Maya, sé que no tienes un gran concepto de mí, pero, por el bien de Giorgio, tratemos de llevarnos bien. No sabes lo que me alegra que hayas vuelto con él. Giorgio está mejor contigo, más asentado. No ha sido el mismo desde que lo dejaste.

–No he sido capaz hasta ahora de darle el hijo que deseaba, y aún es pronto para decir si esta vez…

–Lo estás haciendo muy bien –dijo él, mirándole el vientre, una y otra vez.

–Siento mucho lo de tu abuelo –dijo Maya para llenar el silencio que se había producido.

Nic adoptó de repente una expresión dura y seria. Tenía sólo treinta y dos años, pero en aquel momento cualquiera habría dicho que era mayor.

–Ese viejo intrigante malnacido ha intentado arruinarme la vida. Pero yo no me voy a dejar doblegar ni por él ni por nadie.

–Eres igual que tu hermano –dijo ella con un tono de sarcasmo.

–Me lo tomaré como un cumplido. Aunque, si le tuviera delante, te juro que le rompería las narices. Apostaría a que fue él el que convenció al viejo para que hiciera eso.

–¿El qué?

–Olvídalo, no tiene importancia –dijo él abriendo la puerta–. Te veré luego.

Capítulo 12

DE vuelta a casa, Giorgio condujo en silencio y Maya prefirió no decir nada. Estaba aún algo enfadada con él, pero aún lo estaba más con ella misma por no haber tenido el valor de responder a sus amenazas como se merecía. Podía dejarle antes de que el bebé naciera y pasar los seis meses de embarazo que le quedaban tan triste y sola como había pasado los seis meses de su separación. Pero por el bien del bebé decidió quedarse. Estaba empezando ya a sentir esos signos del embarazo de los que todos hablaban: una sensación de mayor vitalidad, la piel más lisa y brillante, y esa eclosión hormonal que la hacía sentirse más mujer. Estaría loca si pusiese en riesgo todo eso yéndose a vivir a un apartamento de alquiler con Gonzo.

Comprendía que aquellos últimos días habían sido muy duros para la familia Sabbatini. Estaban todos muy afectados por la muerte de Salvatore y sería muy egoísta por su parte complicar aún más las cosas. Además, ella no quería dejar de ver Giorgio ni un solo día. Estaba empezando a comprender su carácter. Siempre adoptaba un aire frío e indiferente cuando tenía algún problema. Ella había interpretado eso en el pasado como un rechazo hacia ella, pero ahora se daba cuenta de que tenía que pensar mejor las cosas y no dejarse llevar por la primera impresión.

Lo del incidente de Giorgio con Luca y Bronte por dejar que ella se quedase unas horas cuidando a Salvatore le había sorprendido mucho. Giorgio no le había dicho nada pero, si no recordaba mal, había contratado a otra enfermera al día siguiente. Quizá sólo fuese porque quería que el bebé no corriese ningún riesgo. Después de todo, ésa era la única razón de que siguiesen juntos.

Pero, a pesar de todo, ella quería que estuviera a su lado viendo cómo el bebé iba creciendo día a día en su vientre. Bronte le había dicho, hacía un par de semanas, lo duro que había sido para ella, durante el embarazo de Eve, no tener a su lado más que a su madre, y lo mucho que le habría gustado que Luca hubiera estado con ella, compartiendo día a día la evolución de su embarazo como lo estaba haciendo ahora con el segundo bebé que estaban esperando.

Maya puso una mano en su vientre con aire maternal y se preguntó si el bebé se daría cuenta de lo mucho que lo quería y de cuánto deseaba que naciera sano y salvo. Si consiguiera ese milagro, se consideraría la mujer más afortunada del mundo. Oveja Negra

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Giorgio, mirándola–. ¿Sientes alguna molestia?

–¿Es el bebé lo que te preocupa o yo? –replicó ella, apartando la mano.

–Tengo ahora muchas preocupaciones en mi vida y tú eres ciertamente una de ellas –contestó él, enfilando ya el coche hacia la entrada de la villa.

–Gracias, eso me hace sentirme mucho mejor.

Él detuvo el coche, paró el motor y se giró en el asiento hacia ella.

–Siento haber discutido tan acaloradamente contigo acerca del asunto del divorcio. Pienso, como tú, que no tiene sentido prolongar la agonía de nuestro matrimonio, pero creo también que las cosas podrían funcionar mejor si los dos pusiéramos algo de nuestra parte.

Maya lo miró a los ojos, pensando si tendría el valor de preguntarle de una vez lo que él sentía ahora por ella. Pero luego pensó que sería muy fácil para él decirle que la amaba y ella seguramente no le creería.

Los divorcios de los famosos eran algo horrible. Salían a la luz todos los trapos sucios de una y otra parte y la prensa entraba a saco para airearlos. Ni Giorgio ni ella querían desde luego tal cosa si podían evitarlo.

–Le prometí a mi abuelo que cuidaría de ti –dijo él, pasándole una mano por la espalda–. Tú eras como una nieta para él. Creo que él veía en ti a la nieta que perdió hace treinta años.

Maya puso una mano sobre la suya y apoyó en ella la mejilla.

–Nunca has querido hablarme de ella… de Chiara. No he visto siquiera una foto suya.

Giorgio la miró con ojos sombríos y retiró la mano.

–Se habría parecido mucho a Eve –dijo, agarrando con fuerza el volante a pesar de que el coche estaba parado–. Luca me enseñó algunas fotos de cuando Eve tenía la misma edad de Chiara y parecía como si fuera su hermana gemela.

–Debió de ser terrible para ti encontrártela en aquel estado.

Hubo un breve silencio que a ella se le hizo eterno.

–Sí –contestó él con una expresión ausente como si estuviera reviviendo la trágica escena de aquel infausto día–. Entré en la habitación y estaba todo en silencio. Un silencio terrible e inquietante. Y al acercarme a ella vi que estaba demasiado quieta, demasiado pálida… Parecía de cera, como si fuera una muñeca.

Maya sintió un nudo en la garganta que le impidió casi respirar.

–¡Oh, Giorgio…!

–Creo que será mejor que entremos –dijo él–. Has estado hoy muchas horas de pie y yo también estoy muy cansado. Ha sido una semana agotadora.

Maya le siguió hacia la puerta de entrada de la villa, dichosa de sentir la firmeza de su brazo alrededor de la cintura. Recordó la pasión que se encendía entre ellos cada vez que estaban juntos,

aunque estuvieran enfadados. Él acaba de abrirle su corazón, Y aunque sólo hubiera sido una pequeña rendija, había sido suficiente para ver el sentimiento tan profundo que él ponía en todo, a pesar de que no lo exteriorizase. Sin duda, estaba haciendo un esfuerzo para tratar de mejorar su relación con ella. Sabía que no le resultaba nada fácil. Había visto, en la expresión de su cara, la gran lucha interna que había mantenido mientras le contaba la escena en que había encontrado muerta a su hermana. Y lo amaba mucho más por eso.

Una vez dentro, Giorgio la rodeó la cintura con los dos brazos.

–¿Por qué no subes y preparas el baño? Tengo que hacer unas llamadas y leer el correo en el ordenador, pero subiré en unos minutos y me bañaré contigo.

Maya sintió el corazón latiéndole a toda velocidad. Bañarse con Giorgio era toda una experiencia inolvidable. No lo había vuelto a hacer desde su separación, pero sabía que resultaría tan excitante como la última vez, si no más.

Estaba ya dentro del baño de agua caliente, cubierta de espuma hasta el cuello, cuando él llegó. Estaba totalmente desnudo. Gloriosamente desnudo. Era una fiesta para la vista y ella disfrutó, al calor del baño, de aquel cuerpo divino. Los hombros anchos, el pecho musculoso y con un ligero vello, el abdomen duro y liso como una plancha de acero y sus muslos firmes y fuertes como columnas, escoltando a su miembro, que se alzaba orgulloso entre ellos.

–¿Cómo está el agua? –dijo, acercándose al borde, y mirando con ojos ardientes de deseo los pechos de Maya, que asomaban parcialmente por entre la espuma.

–Cada vez más caliente –dijo ella, arqueando la espalda para exhibir mejor sus pechos, más abultados desde las últimas semanas que de costumbre.

Giorgio clavó los ojos en ellos como un águila que contemplara una presa desde su atalaya.

–Estás cada día más hermosa –dijo él, entrando en la bañera y abriendo las piernas de forma que ella quedase entre ellas.

Maya se incorporó un poco y se puso a acariciarle entre los muslos con la mano, sintiendo de inmediato su erección. Siguió acariciándole sin dejar de mirarlo con unos ojos seductores que parecían promesas de placeres mayores. Se detuvo un instante para comprobar si el ritmo era el correcto.

–¿Te gusta así? –preguntó ella.

–Sabes mejor que yo lo que me gusta –replicó él, echando la cabeza atrás cuando ella prosiguió frotándolo con la mano.

Luego acercó sus delicados pechos a su torso duro y firme, y sintió que los pezones se le ponían tiesos y erectos al contacto con su vellosidad áspera y a la vez suave. Los dos cuerpos enlazados frente a

frente. Era una sensación llena de erotismo. Sabía que él anhelaba entrar en ella para descargar dentro su tensión.

Pero ella no estaba dispuesta a permitírselo hasta haberle excitado un poco más. Quería seguir acariciándole hasta que él le suplicara que parase. Él siempre había llevado la iniciativa, pero ahora estaba decidida a ser ella la que tomase el control, y haría uso de todas sus armas femeninas para recordarle que ambos eran iguales, al menos en lo referente a su relación física. Si él no la amaba, si no sentía nada por ella, al menos en el aspecto sexual no podían llevarse mejor.

Ella le puso un dedo en mitad del pecho obligándolo a hundirse dentro del agua.

–Abajo, muchacho –dijo ella en un tono como si fuera una profesional del sexo–. Aún no he terminado contigo.

–Pensé que estabas cansada –replicó él con la voz apagada.

–Eso lo dijiste tú, no yo. Yo no estoy cansada en absoluto. De hecho, estoy empezando a animarme.

–*Dio!* –exclamó él cuando ella inclinó la cabeza sobre su pecho y se puso a lamerle las tetillas.

Uso la lengua, los labios y luego los dientes hasta hacerle gemir de placer. Había demasiada agua para hacer lo que ella quería, así que, muy hábilmente, quitó el tapón de la bañera con el dedo gordo del pie y sonrió muy enigmática cuando se escuchó el típico sonido del último remolino de agua.

–¡Se ha vaciado la bañera! –dijo él con gesto de sorpresa.

–¿Y? –dijo ella poniéndose de rodillas y mirándolo muy seductoramente como si pretendiese decirle «ven aquí», luego se quitó la espuma y se pasó las manos muy sensualmente por todo su cuerpo, acariciándose los pechos, el vientre y el punto más erógeno de su sexo–. Creo que ya sabes lo que viene ahora.

Sí, lo sabía.

Nunca la había visto tan audaz y atrevida. Estaba realmente provocadora y él, más excitado que nunca.

Salieron del baño y, sin perder tiempo en secarse, se dirigieron al dormitorio, dejando el mármol del suelo marcado con las huellas de los pies y la espuma del gel de baño que les caía del cuerpo.

Él la deseaba, y ella le deseaba a él.

De forma apremiante y apasionada.

Ella se tumbó en la cama, desnuda como estaba, y se puso en una pose muy provocativa que parecía decir «ven y tómame».

–¿A qué estás esperando? –dijo ella.

Él no se hizo de rogar, se puso encima de ella y la penetró. Ella se apretó contra él incitándole a entrar más profundamente. Él se movió entonces de forma frenética y acompasada tratando de

encontrar el orgasmo liberador, pero controlándose debidamente para que ella consiguiese antes satisfacer su deseo. La tocó con uno y luego con dos dedos en su punto más sensible hasta que ella gimió de placer y se puso a gritar pocos segundos después cuando le vinieron las convulsiones del clímax y sintió que su cuerpo se deshacía en mil pedazos, derritiéndose luego como si estuviera hecho de alguna sustancia especialmente sensible al calor. Él se derramó dentro de ella casi inmediatamente después y permaneció en la misma posición, con los codos apoyados a ambos lados para no hacerle daño con su peso, mirándola fijamente.

–Cuando el bebé sea mayor, ya no podremos hacer el amor de esta forma –dijo él–. Tendremos que ser un poco más creativos.

–A veces tengo la impresión de que nada de esto es real, que todo es sólo un sueño y que alguien me va a despertar en cualquier momento para decirme que no estoy embarazada, que no hay ningún bebé.

Él le apartó el pelo que le cubría las mejillas.

–No temas, *cara*, todo es verdad. Estás embarazada y llevas dentro de tu vientre a nuestro hijo. Y, además, te sienta bien. Todo el mundo dice que cada día estás más guapa. Pronto, sentirás al bebé moverse dentro –dijo él poniéndole una mano en el vientre–. Estoy deseando sentirle dando patadas.

–Bronte dijo que aún faltan algunas semanas para eso –replicó Maya.

–Me lo dirás en cuanto lo sientas, ¿verdad?

–Por supuesto –dijo ella, pasándole un dedo alrededor del cuello.

A pesar de todo, Giorgio estaba aún preocupado por la idea de que ella pudiera abandonarlo de nuevo. Había dejado la firma del acuerdo económico de su matrimonio para después de la boda, pero con el accidente de su padre y las complicaciones posteriores no había tenido tiempo de preparar los papeles oportunos.

No le agradaba tener que amenazarla con hacerse con la custodia del bebé, pero quería a ese hijo y no estaba dispuesto a permitir que ella se lo llevase al otro lado del mundo, para que él no lo pudiera ver cuando desease ni pudiese tener ninguna influencia en su vida. No estaba en sus planes unirse al club de padres divorciados que conocía, hombres que apenas veían a sus hijos, que se pasaban en solitario los fines de semana, las Navidades y las vacaciones, mientras sus hijos estaban con su madre y su nueva pareja.

Quería que su hijo tuviera una infancia feliz. La suya había sido muy dichosa hasta el desgraciado día en que había encontrado a Chiara muerta en la cuna. Le había llevado muchos años ser capaz de recordar aquella escena sin estremecerse y sentir ganas de llorar. A sus

padres les había pasado lo mismo, se habían estado consumiendo de dolor durante años antes de conseguir salir de aquel abismo de sufrimiento. Pero habían salido. Y habían conseguido también sacar a flote su matrimonio a pesar de las infidelidades de su padre, que ciertamente parecían haber sido más producto de la pena por la pérdida de Chiara, que de un deseo frívolo de herir o faltar al respeto a su esposa. Giovanna le había perdonado y habían sido muy felices hasta el mismo día de su muerte.

A pesar de sus aventuras, la madre de Giorgio había amado siempre a Giancarlo y había estado a su lado hasta el último momento.

Giorgio, en cambio, no estaba seguro de lo que Maya sentía por él, aunque estaba casi convencido de que no era amor. Se había sentido cautivada por su riqueza y los lujos de su familia y lo que ella, a veces, llamaba amor no era otra cosa que la fascinación por su estilo de vida. Después del primer año, había dejado de decirle que le amaba, lo que de alguna forma venía a demostrar que sus sentimientos no habían sido auténticos.

Él, por su parte, tenía que admitir avergonzado que se había casado con ella sin estar enamorado. Había sido, para él, sólo un matrimonio de conveniencia, una forma de asegurar su futuro. Todo se había trastocado tras el accidente mortal de su padre, se había visto abocado a hacer lo que se esperaba de él, casándose con la mujer adecuada con la que tener un heredero que perpetuase la dinastía de los Sabbatini.

En los últimos días, había estado pensando mucho en sus sentimientos hacia Maya. Habían sido cambiantes como las estaciones, tibios y templados unas veces, fríos y ardientes otras. Las circunstancias de la vida le habían impedido ver las cosas con más claridad. Le habían asustado, en ocasiones, sus efusivas demostraciones y su entrega apasionada. Había sido preciso que lo abandonara para que se diera cuenta de ello. Sabía que, sin la presión de tener un heredero y el estrés de tener que responder a las expectativas que la familia había puesto en él, habría conseguido sacar a flote su matrimonio. En la cama, se compenetraban perfectamente, de eso no cabía duda, pero había algo más. Ella le había sido de mucha ayuda durante la enfermedad de Salvatore. Se había pasado muchas horas al pie de su cama, charlando con él o leyéndole el periódico o alguna novela, y luego se había ido a la villa, a disponerlo todo para que, cuando él llegase cansado del trabajo, lo encontrase todo perfecto y a su gusto. Sí, ella se había esforzado mucho y de forma callada para ayudarle y apoyarle en todo, pero siempre tratando de mantener su independencia y no dejando que él la dominase, como había hecho en el pasado.

La voz de Maya interrumpió sus pensamientos.

–¿Crees que sabremos en la próxima ecografía si el bebé es niño o niña?

–¿Tú quieres saberlo o prefieres que sea una sorpresa?

–¿No crees que hemos tenido ya bastantes sorpresas? –exclamó ella en tono de ironía.

Él sonrió y la dio un beso en la frente.

–Tú eres la que no dejas nunca de sorprenderme, Maya –dijo él acercando su boca a la suya.

Ella se pasó la lengua por los labios como preparándolos para él. Luego abrió ligeramente la boca y lo besó apasionadamente dejando escapar un pequeño gemido de placer.

Nadie besaba como Giorgio, pensó Maya. No era que ella tuviera mucha experiencia, pero sí la suficiente como para saber que sus besos eran cualquier cosa menos castos y platónicos. La besaba de forma sensual, erótica, demostrando su ardiente deseo en cada movimiento de su lengua.

Le acarició los pechos con los labios y la lengua, y ella se revolvió en la cama de placer sintiendo los pezones cada vez más duros y tersos bajo sus caricias. Luego, sintió uno de los dedos de él acariciándole en su punto más íntimo y sensible hasta casi hacerle perder el sentido.

Y, cuando estaba a punto de llegar al clímax, él prolongó aún un poco más el momento, como ya había hecho antes.

Justo cuando pensó que ya no podría aguantar más, él la agarró con las dos manos por la cintura y la penetró por detrás con suavidad pero con firmeza. Fueron unos momentos sublimes en los que sintió que la sangre corría por sus venas con la fuerza de un arroyo en primavera.

Sus empujes eran cada vez más profundos y poderosos. Él la dominaba. Todo su cuerpo se puso a temblar de repente como movido por un terremoto, sacudido por los espasmos y convulsiones del orgasmo imparable.

Él esperó aún unos segundos a que se sintiera saciada y satisfecha para apretarla con más fuerza por las caderas y vaciarse dentro de ella con unos últimos impulsos plenos de virilidad. Ella sintió sus jadeos por detrás comprendiendo que él también estaba llegando al final.

¿Conseguiría él disfrutar tanto con otra mujer?, se preguntó ella. Ese pensamiento venía a menudo a su mente de forma inesperada e inoportuna como una rata que apareciese bajo la mesa justo cuando los invitados a una cena importante estuviesen a punto de llegar. No podía olvidar esos pensamientos, los parecía tener grabados de forma enfermiza en su subconsciente. Giorgio podía comerse, sin ningún

problema, la tarta en casa y luego varios pastelitos fuera.

¿Cómo podía ella saberlo sin preguntárselo? ¿Cómo podía preguntárselo sin descubrir lo mucho que le importaba?

Capítulo 13

CUANDO Maya despertó a la mañana siguiente, vio que Giorgio ya no estaba en la cama, cosa que no le extrañó demasiado, sabía lo madrugador que era. Sin embargo, un sexto sentido le dijo que había algún problema.

Apartó la colcha de la cama, se puso la bata y bajó las escaleras. Al acercarse a su estudio, le oyó hablando por teléfono, cosa que tampoco era inusual en él, incluso a esa hora tan temprana, dado que tenía negocios con empresas de todo el mundo con diferencias horarias significativas entre ellas. Lo que le pareció más extraño fue su tono de voz. Hablaba muy bajo a pesar de que parecía muy enfadado.

Hablaba en inglés y, sin duda, con una mujer.

Maya sintió que las frágiles esperanzas que había alimentado esos últimos días sobre su matrimonio se quebraban definitivamente.

–Te dije que no me llamaras nunca a este número –decía Giorgio–. Nuestra relación, o como quieras llamarla, está rota. Ahora tengo otras prioridades.

La persona que estaba al otro de la línea debió responderle algo, porque él se quedó escuchando, sin decir nada, durante unos segundos, hasta que al fin volvió a intervenir con el mismo tono de aspereza.

–Rechazaré cualquier reclamación o demanda que quieras ponerme. No tienes pruebas de nada. Todo el mundo comprenderá que no se trata más que de un montaje para tratar de conseguir dinero fácil.

Maya consideró que ya había oído bastante. Se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua y tranquilizarse un poco, pero algo le llamó la atención al pasar junto a la mesa donde estaba el periódico de la mañana.

En la portada podía leerse la siguiente noticia en grandes titulares:

Giorgio Sabbatini, el multimillonario magnate de los hoteles, pillado in fraganti con su amante, una famosa modelo de lencería. Exclusiva.

Maya pasó las hojas del periódico con mano temblorosa hasta llegar a las páginas centrales donde se veía una foto de Giorgio con la famosa modelo, llamada Talesha Barton. Estaban en un club nocturno y habían sido sorprendidos en una actitud muy sugerente. Talesha era todo lo que ella no era. Era alta y tenía los pechos grandes, el pelo negro y un aspecto exótico con los ojos almendrados y unos labios muy carnosos y sensuales, quizá tratados con botox.

El reportaje estaba lleno de escabrosos detalles sobre cómo la modelo había conocido a Giorgio Sabbatini y había disfrutado de una

tórrida noche de pasión con él en un refugio secreto.

–Es un amante extraordinario –decía la modelo en el reportaje–. Puede estar toda la noche contigo sin cansarse. Es la experiencia sexual más fabulosa que he tenido en la vida.

Maya trató de controlar las náuseas que sentía en ese momento y cerró el periódico. Estaba realmente desolada y se sentía herida y despreciada.

Giorgio entró justo en ese momento y se sorprendió al verla levantada a esa hora tan temprana.

–¿Maya?

Ella le arrojó el periódico y las páginas desperdigadas salieron volando por los aires, hasta caer al suelo a sus pies.

–¡Malnacido! –gritó ella fuera de sí–. Eres un canalla, me has vuelto a engañar.

–Espera un momento, Maya –dijo él acercándose a ella, pasando por encima de lo que había quedado del periódico–. No te creerás toda esta basura, ¿verdad?

Maya estaba rayando en la histeria. Se sentía objeto de una profunda ofensa. Giorgio la había traicionado y su traición se había publicado en la prensa para que todo el mundo se enterase del poco respeto que tenía a su mujer y lo poco que significaba para él. ¡Qué vergüenza para ella! Ya no se atrevería a ir por la calle con la cabeza alta. Todo el mundo la miraría y comentaría lo ingenua que había sido pensando que un hombre de la reputación de Giorgio no volvería a sus andanzas de playboy en cuanto ella se diera la espalda. ¿Durante cuánto tiempo podría ella soportar esa situación? ¿Cuándo podría verse libre de esa tortura?

–¿Cómo pudiste acostarte con esa…? –exclamó ella.

–Me estás acusando de algo sin fundamento, sólo por lo que has leído en ese periódico –respondió él muy serio–. A esa mujer le dieron una buena suma de dinero por contar esa historia totalmente inventada. Te juro por lo más sagrado que es todo mentira.

–¡Vamos, por favor! –dijo ella entornando los ojos con gesto de desdén–. ¡Si os han sacado abrazándoos el uno al otro!

–Si no recuerdo mal, a ti también te sacaron en una postura parecida con aquel Haward… o Howard –replicó él.

–Ya te dije que no pasó nada –dijo ella en actitud muy digna–. Un paparazi sacó una foto desde un ángulo tal que daba la impresión de que estaba pasando algo más íntimo de lo que realmente estaba sucediendo.

–Un caso muy parecido al mío. Aunque tengo que admitir que salí con ella un par de veces y que llegué a tomármela en serio en algún momento. Pero en seguida me di cuenta de mi error. Como estaba muy enfadado contigo porque me habías abandonado, dejé que

la prensa publicase lo que se le antojase, sin preocuparme de si podías llegar a enterarte o no. Pero ahora las cosas son muy distintas.

–Tú lo quieres tener todo, ¿verdad Giorgio? –dijo ella llena de amargura–. Quieres tener en casa a tu amante y fiel esposa, cuidando a tus hijos, mientras tú tienes por ahí tus aventuras con otras mujeres, como hizo tu padre.

–No metas a mi padre en esto –dijo él con el rostro contraído–. Mi madre le perdonó hace mucho tiempo y eso no es asunto nuestro. Además, desgraciadamente, él ya no puede defenderse.

–Tu madre fue una ingenua volviendo con él –dijo Maya–. Pero quizá le pasó como a mí, que no le quedaba otra salida. ¿La amenazó o la chantajeó tu padre alguna vez durante su matrimonio? ¿O fue simplemente el hecho de que tuviera tres hijos que criar lo que la llevó a pensar que sería mejor seguir soportando sus infidelidades?

Giorgio movió la mano por el aire en un gesto de desesperación.

–Tú no tienes la menor idea de cómo eran mis padres. Perdieron a su única hija, la pequeña Chiara a la que tanto adoraban, y eso les dejó destrozados, fue un golpe demasiado fuerte para ellos. A mi madre tuvieron que darle analgésicos, e incluso sedarla algunos días, para que pudiera sobrellevar su dolor. Yo tenía que ayudarla a cuidar de mis hermanos, darles de comer, bañarles y acostarles, especialmente cuando la niñera se había ido de casa ofendida por algún insulto que le había dicho mi madre en uno de sus arrebatos de desesperación

–Giorgio hizo una pausa para darse un respiro–. Mi padre no podía soportar aquella situación. Tenía un negocio que atender. Mis abuelos trataron de echarles una mano, pero nadie pudo calmar su dolor. Yo vivía con el miedo constante de poder perder a mi madre, o a mi padre, en cualquier momento. Estaba convencido de que ninguno de los dos quería seguir viviendo. Por eso tuve que aprender a no mostrarme débil delante de nadie y a ser firme y fuerte para mantener unida a mi familia.

Maya le escuchó sin interrumpirle. Parecía que cada vez que hablaba de su hermana, le abría una pequeña parte de su corazón y eso contribuía a que pudiera conocerlo un poco mejor. Había estado ocultando sus sentimientos y emociones para dar una imagen de fortaleza que sirviera de apoyo a su familia.

–Al final, las cosas se arreglaron –prosiguió él–. Resulta irónico pensar que lo que los médicos no habían conseguido con sus medicinas y analgésicos lo logró mi padre con sus aventuras amorosas. Aquello hizo salir a mi madre de su depresión. Comprendió que tenía que luchar para sacar adelante el matrimonio en el que tan feliz había sido hasta la muerte de Chiara.

–No sabes cuánto lo siento, Giorgio –dijo Maya suavemente–.

Debió de ser muy duro para ti. Eras tan joven para echarte encima toda la responsabilidad de la familia…

Él la miró con una expresión sombría y seria.

–El matrimonio tiene esas cosas, Maya. Supone muchos sacrificios. Incluso en los más matrimonios más felices hay momentos amargos. Y puede resultar aún más difícil para las personas famosas, que tienen que ver cómo cualquier cosa que hagan, por intrascendente que sea, aparece en la prensa al día siguiente, tergiversada y con frecuencia falseada.

Ella lo miró fijamente a los ojos como desafiándole a que dijera la verdad y sólo la verdad.

–¿Te acostaste con esa modelo?

Se produjo un breve silencio que a ella le pareció eterno.

–Me avergüenza tener que decirlo, pero confieso que lo intenté –respondió él–. Pero, llegado el momento, me eché para atrás. Pensé que no sería noble por mi parte. Naturalmente, eso a ella le sentó muy mal, se sintió despechada y trató de ensuciar mi reputación.

Maya se sintió más aliviada. Creía sus palabras porque le parecían sinceras. Había admitido incluso que había estado a punto de acostarse con esa modelo, cosa que, después de todo, hubiera estado en su derecho de hacer, teniendo en cuenta que por entonces estaban separados y no se veían.

–¿Vas a hacer algo con esa historia que la prensa ha publicado? –preguntó Maya–. ¿Exigirás una retractación formal o llevarás a cabo algún tipo de acción legal contra esa mujer o contra el periódico?

–Lo pondré en manos de mi equipo de abogados –replicó él–. Cuanto antes se corte esto de raíz, mejor. Si esa mujer te llama por teléfono, no hables con ella, cuélgala. Lo hace sólo por dinero, créeme, no es por otra cosa –dijo, acercándose a ella y poniéndole un dedo en la barbilla–. No puedo asegurarte que no vuelva a ser objetivo de la prensa o que alguna otra mujer, con la que pude haber salido alguna vez antes de conocerte, vea la oportunidad de hacer dinero fácil vendiendo alguna patraña a la prensa. Pero lo que sí puedo prometerte es que cuidaré de ti y de nuestro bebé, para formar entre los dos la familia que siempre hemos deseado.

–¿Y si volviera a perder al bebé? ¿Seguirías pensando en seguir adelante con nuestro matrimonio?

Giorgio frunció el ceño como si la pregunta le resultara molesta. Ella pensó que, después del bebé, lo que más le importaba era mantener toda su fortuna bajo control. Por el contrario, el divorcio, si finalmente se llevaba a cabo, iba a resultarle muy costoso.

–Hay montones de matrimonios felices en el mundo que no tienen hijos –respondió él finalmente–. Tenemos además aún mucho tiempo por delante. Llegado el caso, si fuera necesario, podríamos

volver a probar con las nuevas técnicas de fecundación in vitro o incluso considerar la adopción.

–El amor no es para ti un requisito necesario para que un matrimonio sea pleno y feliz, ¿verdad? –preguntó ella.

Él la miró con sus ojos negros y sombríos, inescrutables e inexpresivos.

–El amor es como este bebé, un bonus, un extra maravilloso –respondió él–. Tú me dijiste una vez que me amabas. Quizá sea posible que vuelvas a amarme de nuevo. Aunque espero que, esta vez, sea con un poco más de madurez.

–¿Piensas que yo no era suficiente madura entonces para saber lo que era el amor? –exclamó ella con el ceño fruncido.

–Estabas deslumbrada, Maya. Tú misma lo dijiste. Aún recuerdo tus palabras: «¿Qué chica podría haberse resistido ante aquella ostentación de dinero, hoteles de lujo, villas majestuosas y viajes exóticos?»

–¡Vamos, por el amor de Dios, Giorgio! –exclamó ella en tono de reproche y frustración–. Te lo dije sólo en broma. Sabes de sobra que el dinero no me impresiona lo más mínimo. Reconozco que, al principio, pude sentirme algo deslumbrada. Pero me enamoré de ti, no de tu dinero ni de tu forma de vida. Te amaba a ti por lo que eras como persona.

Giorgio se la quedó mirando fijamente unos segundos.

–¿Y sabes ahora ya qué tipo de persona soy?

–Lo sabría si tú me dejaras –respondió ella.

–Me gustaría ser un hombre capaz de hacerte feliz, Maya –dijo él acariciándole la mejilla–. Pero reconozco que no soy muy bueno exteriorizando mis emociones. No me siento a gusto. Me da la impresión de que, haciéndolo, me quedo en inferioridad de condiciones respecto a la persona que tengo delante.

–Pero, ¿no te das cuenta de que no puedes ir por la vida sin amar ni necesitar a nadie? ¿Qué tipo de padre vas a ser si no sabes demostrar tus sentimientos?

–Creo que no me conoces en absoluto, si pretendes decir que no seré capaz de amar a mi hijo –contestó él–. Daría mi vida por él, incluso ahora.

–¿Y por mí? –se atrevió a preguntar ella–. ¿Serías capaz también de dar tu vida por mí?

Él la tomó por los hombros y la miró a los ojos.

–Ya he renunciado a mi vida por ti, Maya. Podría haberme ido a otro sitio a empezar una nueva vida con otra mujer, pero no lo he hecho. Por el contrario, he decidido continuar a tu lado.

–No es eso lo que te he preguntado –dijo ella tratando de sostenerle la mirada.

–A veces preguntas demasiado, Maya –replicó él, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo–. Tengo una agenda muy apretada esta semana. Estaré fuera la mayor parte de ella.

–¿Vas a salir de viaje?

–Tengo que dirigir una empresa muy grande, Maya, ya lo sabes. Y tras la muerte mi abuelo, no tengo ni un minuto libre. Esta semana tengo reuniones en tres países diferentes, un montón de documentos que preparar y muchas cuentas que supervisar.

Ella se frotó el labio inferior con los incisivos superiores, dudando de si debía preguntárselo o no.

–¿Y qué me dices de mí? –se decidió decir al fin–. No quiero quedarme aquí sola. ¿Por qué no me llevas contigo?

–Creo que, en el estado en que estás, es mejor que te quedes. Aquí tienes al doctor Rossini y, en caso de que sientas alguna molestia, puedes presentarte en su clínica en unos minutos. Viajar es siempre muy cansado y podría resultar perjudicial para ti. Además, voy a tener que estar de reunión en reunión y no tendría tiempo de estar contigo.

Maya se sintió herida, pues dedujo de sus palabras que no quería que estuviera con él.

–Está bien –dijo ella, cruzándose de brazos y haciendo un mohín, sin darse cuenta, con el labio inferior–. Tendré que encontrar algo para entretenerme mientras estés fuera.

–Maya, ten cuidado con la prensa de esta ciudad. Algunos reporteros parecen más bien chacales hambrientos en busca de una presa. No quiero que tengas problemas con ellos.

–Sé lo que hay que hacer con la prensa –dijo ella, mirando significativamente las páginas sueltas del periódico que estaban tiradas por el suelo.

–No quiero que hables con nadie de los medios de comunicación bajo ninguna circunstancia, ¿me entiendes? –dijo él muy serio.

Ella alzó la barbilla desafiante y lo miró con arrogancia.

–¿Te preocupa que pueda venderles la exclusiva de nuestra reconciliación, contándoles las verdaderas razones de cómo se produjo?

Giorgio le dirigió una mirada llena de reproche.

–Si haces una cosa así, te arrepentirás toda tu vida, Maya, tenlo por seguro. No sólo me harías daño a mí, sino a toda mi familia. Sería un golpe bajo, un gesto innoble que nunca te perdonaría.

Ella sostuvo su mirada abrasadora todo el tiempo que pudo, pero al final se vio obligada a bajar la vista al suelo.

–¡Vamos Giorgio! Sólo ha sido una broma. Sabes muy bien que nunca haría una cosa así.

Él le puso la punta del dedo índice debajo de la barbilla y la miró fijamente durante un buen rato con su habitual mirada oscura e

inescrutable.

–A veces me pregunto si te he llegado a conocer alguna vez –dijo él como con cierto pesar–. Como eres de verdad, quiero decir.

«Lo mismo puedo decir yo de ti», pensó ella, mientras separaba ligeramente los labios para recibir su beso.

Capítulo 14

MAYA había olvidado por completo que tenía una cita con Bronte para ir de compras. Se acordó cuando oyó a Gonzo ladrando junto a la puerta a las once de la mañana.

Nada más abrir, entró Bronte con cara de preocupación y le dio un abrazo.

–¿Estás bien? –dijo Bronte a modo de saludo–. ¡Válgame Dios! ¡Qué historia tan repugnante publica esta mañana la prensa! –se echó un paso atrás para mirar a Maya–. No creerás una sola palabra de eso, ¿verdad?

–Maya se mordió el labio inferior, pensando la respuesta–. Giorgio no te mentiría nunca. Puedes fiarte de él. Luca me dijo que la palabra es ley para su hermano. Si él te dijo que no se acostó con esa mujer, es que no lo hizo.

–Estuvo a punto de hacerlo –dijo al fin Maya, sintiéndose ofendida de nuevo.

–Pero no lo hizo, eso es lo que importa –dijo Bronte tomando a su amiga del brazo–. Hay algunas mujeres que son verdaderas depredadoras sexuales. Ven a un hombre rico y poderoso como un trofeo a conquistar. Pero Giorgio es demasiado inteligente para dejarse atrapar por una cazafortunas de poca monta como ésa. Confía en él. Está empeñado en sacar adelante vuestro matrimonio y por nada del mundo haría ahora una cosa así.

–Hace sólo un par de meses que le conoces y parece como si lo conocieras ya mejor que yo –dijo Maya con una triste sonrisa.

–Bueno, conozco muy bien a Luca y creo que los dos hermanos están cortados por el mismo patrón –dijo Bronte–. Y ahora, salgamos de compras. He dejado a Eve muy contenta con Giovanna, pero tampoco quiero abusar. Mi suegra está muy triste tras la muerte de Salvatore. ¿Cómo se lo está tomando Giorgio?

–No habla mucho de esas cosas –respondió Maya–. Para él, es un hecho más de la vida. Siempre se lo toma todo así. Nunca exterioriza sus sentimientos, pero estoy convencida de que sufre cuando está solo. Ahora está fuera de viaje.

–¿Le dijiste que ibas a salir de compras?

–No, no me lo preguntó –dijo ella moviendo la cabeza–. Lo único que sé es que no quería que fuera con él.

Bronte frunció el ceño.

–Quizá no quería que te cansases con tantas horas de viaje. Alojarse en un hotel, aunque sea de la cadena Sabbatini, puede resultar agobiante, especialmente estando embarazada.

–No sé…

–Tú querías realmente estar con él, ¿verdad? –dijo Bronte tocándole un brazo afectuosamente.

Maya se mordió el labio de nuevo para contener las lágrimas.

–Lo que realmente quiero es que me ame. ¿Es eso mucho pedir?

–¿Cómo sabes que él no te ama? –exclamó Bronte–. Hay muchas formas de expresarlo, además de con palabras. Sé que las palabras son importantes, yo necesito oírlas también. Pero algunos hombres no se sienten a gusto revelando su amor a la persona a la que aman. Son cosas de hombres.

–¿Y a ti?, ¿te dice Luca que te ama?

–Sí, pero no me lo dijo hasta después de nuestra reconciliación. Ten paciencia, Maya. Hace sólo unas semanas estabais enfrentados en un enconado divorcio. Supongo que no está dispuesto a que puedas tener algún poder sobre él, confesándote lo mucho que te necesita y te ama. Podrías sacar provecho de ello. Ningún hombre en su sano juicio querría hacerlo y menos un Sabbatini. Ya sabes lo orgullosos que son.

Maya sabía que Bronte tenía razón, pero lo que no creía era que Giorgio la amase como ella como ella deseaba. Lo único que podía hacer era esperar a que su hijo consiguiese hacer su relación más sólida. Quizá entonces, él pudiera abrirle su corazón y decirle lo que sentía realmente por ella.

Las dos mujeres disfrutaron mucho aquella mañana de compras y Bronte propuso a Maya pasar juntas el resto del día en su villa. Ella también estaba sola, Luca había salido en viaje de negocios. Charlando y charlando, se hizo de noche, y Maya decidió quedarse a cenar con Bronte para no tener que cenar ella sola en la villa de Giorgio.

Un empleado del servicio la llevó a casa poco antes de las diez. Nada más abrir la puerta, oyó a Gonzo ladrando y el teléfono sonando sin parar.

Dejó en el suelo las bolsas que llevaba, acarició al perro por detrás de las orejas y descolgó el teléfono.

–¿Sí?

–¿Tienes una idea de lo preocupado que he estado todo este tiempo? –dijo la voz de Giorgio muy enfadado al otro lado de la línea–. ¿Dónde demonios has estado y por qué no te has llevado el móvil contigo? Llevo todo el día llamándote, ¡maldita sea!

Maya hizo una mueca de disgusto al recordar que había apagado el móvil al entrar a almorzar con Bronte en un restaurante del centro de la ciudad y se había olvidado de volver a conectarlo al salir.

–Lo siento mucho –dijo ella–. Estuve de compras con Bronte por la mañana y pasé luego en su casa el resto de la tarde aprovechando que Luca está de viaje de negocios en Londres. Me dejé apagado el móvil.

–No vuelvas a hacerlo –dijo él, tajante–. He estado muy

preocupado. Pensé que le podía haber pasado algo al bebé.

Maya contó hasta diez antes de decirle algo de lo que luego pudiera arrepentirse.

–El bebé está bien y yo he pasado un día muy agradable con Bronte. Me he comprado mi primer vestido premamá.

Se produjo un silencio largo y tenso.

Giorgio lo rompió al fin, pero su voz sonó un tanto artificial.

–¡Qué bien! ¿Y de qué color es?

–Blanco y rosa –respondió ella–. La verdad es que no lo necesito todavía, pero Bronte se empeñó en que me lo comprara.

–Me gusta que estés con ella. Pero me gustaría que la próxima vez me avisaras antes de a dónde vas ir.

–Se me olvidó, Giorgio –replicó Maya–. De todos modos, ¿por qué tengo yo que decirte a dónde voy a ir si tú no me dices nada de lo que haces?

–Ya te dije que estoy de viaje de negocios.

–Pero no me dijiste siquiera dónde.

–Estoy en Praga en este momento. Iré mañana a Lyon y pasado mañana estaré en Nueva York. Volveré para pasar juntos el fin de semana. Hay una fiesta benéfica en el hotel el sábado por la noche. Me gustaría que me acompañaras, si no te importa, por supuesto.

–Claro, iré contigo. A propósito –dijo ella tras una breve pausa–, Bronte y Luca van a ir a pasar unos días a la villa de Bellagio y me han invitado a ir con ellos. ¿Te importaría? Volveré a tiempo para la fiesta.

–Todo lo contrario, me encanta que estés con ellos.

Se produjo un nuevo silencio.

–Gonzo te ha echado de menos –dijo Maya suavemente.

–Yo también a él.

–¿Y a mí, me has echado de menos? –preguntó ella, arrepintiéndose en seguida de haber sido tan explícita.

–Sí, te he echado de menos todas estas noches cuando estaba en la cama.

–Yo también –replicó ella muy emocionada.

–Maya…

Ella se quedó expectante, confiando en que fuera a decirle lo que tanto deseaba oír de sus labios, pero él pareció cambiar de opinión.

–¿Qué, Giorgio?

–No, nada –dijo él–. Cuídate mientras yo esté fuera, ¿de acuerdo?

–No te preocupes, estaré bien –respondió ella, decepcionada.

Maya había vuelto ya a la villa de Giorgio, tras haber pasado unos días muy agradables con Luca, Bronte y la pequeña Eve. Acaba de dar de comer a Gonzo y estaba a punto de deshacer la bolsa de equipaje que había llevado cuando oyó el coche de Giorgio

deteniéndose en la entrada. Sintió un vuelco en el corazón. Gonzo se puso a ladrar contento bajando a toda velocidad las escaleras. Maya le siguió a un ritmo más pausado, no queriendo demostrar tanto entusiasmo hasta no saber a qué atenerse con él.

Giorgio se detuvo un instante en el hall para dar unas palmaditas al animal y luego alzó la vista y miró fijamente a Maya bajando las escaleras.

–*Cara* –dijo él con una sonrisa–, estás radiante. ¿Te lo pasaste bien con Bronte y Luca?

–Sí, muy bien –replicó ella, alzando la cabeza para que Giorgio le diera un beso.

Él la besó y se quedó con las ganas de seguir besándola hasta que ella le pidiese que le hiciesen el amor. Era lo que había estado soñando todas esas noches en la cama del hotel.

–Tengo algo para ti –dijo él, tomando las bolsas que había sacado del coche.

Maya dirigió hacia allí sus ojos grises, con gesto nervioso.

–No necesito nada. Ya tengo muchos vestidos.

–No son vestidos… para ti.

Ella retrocedió unos pasos cuando él abrió una de las bolsas para enseñarle lo que contenía.

–No –exclamó ella–. No, Giorgio, llévatelo. Llévatelo todo.

Giorgio frunció el ceño.

–¿Qué te ocurre, Maya? Son sólo algunas cosas para el bebé. ¡Mira qué osito de peluche tan bonito le he comprado! ¡Déjame que te lo enseñe!

Giorgio se agachó para desenvolverlo pero, en cuanto se incorporó, ella ya se había ido del hall.

Tomó las bolsas y la siguió hasta el *salone*, pero ella había salido por las puertas francesas y estaba en un extremo de la terraza.

Sintió un miedo, rayando el pánico, adueñándose de él y un sudor frío y abundante recorriéndole el cuerpo, al ver a Maya de espaldas, sujeta a la barandilla, mirando hacia abajo.

–Maya ven aquí, quiero hablar contigo –le dijo él en un tono que parecía casi una orden.

Ella se volvió, apoyada en la balaustrada, y lo miró con gesto desafiante.

–¿Por qué no vienes tú aquí?

Él trato de no perder los nervios. Apretó los dientes con tanta fuerza, que pensó que se pasaría escupiendo el polvo del esmalte durante varios días.

–Apártate de una vez de esa maldita barandilla –dijo él empapado de sudor.

–Tendrás que venir a por mí si quieres. Yo no pienso entrar

hasta que no te deshagas de todas las cosas que hay en esas bolsas.

Giorgio se sintió desconcertado sin saber qué decir. Se había gastado una pequeña fortuna en todos aquellos regalos y vestidos para niños, se había ido de compras cuando se suponía que debía haber estado de reuniones y había estado rebuscando por las tiendas infantiles en vez haber estado supervisando los presupuestos de las diferentes delegaciones de su compañía. Había comprado un tren por si era niño y una colección de muñecas por si era niña. Había pedido incluso una cuna que le iban a enviar por piezas desde Estados Unidos. Quizá no tuviera tiempo para aprender a ensamblarla y a barnizarla. Quizá tampoco tuviera tiempo para volver a montar el cuarto de los niños. Se arrepentía ahora de haber cambiado el que había. Pero Maya llevaba ya más de dos años sin entrar en él y había decidido quitarlo, como si pudiese así olvidar con ello el fracaso de su matrimonio.

–Maya, esto es ridículo –dijo él, tendiéndole una mano–. Entra y discutiremos esto como personas adultas.

Ella negó con la cabeza, muy obstinada.

–Deshazte de esas bolsas. Ahora mismo.

Giorgio soltó una maldición, agarró las bolsas y las metió en un armario que había en el vestíbulo.

Cuando volvió, vio que ella había entrado ya en el *salone*, pero seguía aún muy tiesa y con cara de pocos amigos.

–¿Me quieres decir que está pasando? –preguntó él.

Ella abrió los ojos como platos, como si le sorprendiera mucho esa pregunta.

–¿Cómo te atreves a preguntarme una cosa así? –respondió ella con voz temblorosa.

Giorgio no acababa de comprenderlo. Por más empeño que ponía, aquello no tenía sentido para él. Estaba intentando ser un buen marido y un padre comprometido y moderno, tal como exigían los tiempos.

–Maya, dime por qué estas disgustada. Nunca se me han dado bien las adivinanzas. Estoy acostumbrado a tratar con hechos y cifras, con cosas concretas, no con ideas abstractas.

–¿Tienes idea de lo que es llegar a casa y ver el cuarto de los niños que has preparado y decorado con tanta ilusión durante meses y darte cuenta de que no ha servido para nada porque has perdido al bebé que deseabas con todo tu corazón? ¿Puedes comprenderlo?

Él tragó saliva con dificultad. Era como si pretendiera pasar por la garganta un rollo de alambre de espino. No respondió. No podía. Las palabras parecían atascarse entre aquellos crueles alambres, arañándole la garganta, desgarrándole por dentro con aquellos pinchos tan afilados como cuchillos.

–¡Cuatro veces! –dijo ella, levantando una mano con el dedo pulgar encogido–. ¡Tuve que pasar por eso cuatro veces! Compré ositos de peluche, juguetes de todo tipo, hice patucos de punto... Me sentía una estúpida y una madre fracasada. Era como si hubiera caído sobre mí una maldición, como si fuera un castigo por haberme hecho demasiadas ilusiones cuando aún era demasiado pronto. ¡Nunca! ¡Nunca más volveré a hacerlo! Hasta que no tenga a mi hijo en los brazos, no le compraré nada ni dejaré que nadie lo haga, y menos a ti, Giorgio.

–*Cara*, lo siento mucho –dijo él–. Ahora comprendo lo estúpido que he sido. Debería haberme dado cuenta de tus sentimientos. Estaba tratando de tener una actitud positiva, pero no es eso lo que necesitas en este momento. Tampoco era lo que necesitabas entonces. Lo que necesitabas era a alguien que te comprendiese y estuviese a tu lado en esos momentos tan especiales y difíciles para ti.

Ella asintió con la cabeza y rompió a llorar. Él, apenado, la estrechó entre sus brazos. Se quedó así abrazado junto a ella, lamentando lo mal que había llevado las cosas en el pasado.

No era de extrañar que ella lo odiase. No era de extrañar que siguiese amenazándolo con dejarle de nuevo.

En el pasado, nunca le había demostrado que se preocupara por ella, y ahora tampoco había dado muestras de que entendiera la angustia que ella debía de sentir por la incertidumbre de su embarazo, a pesar de que el médico le había asegurado que todo marchaba correctamente.

Después de sus experiencias tan amargas, no podía permitirse el lujo de bajar la guardia hasta que no tuviera al bebé en sus manos. Quedaban menos de veinticinco semanas para eso, pero eran muchos días de preocupaciones.

Iba a ser una larga espera para ambos.

–Maya –dijo él sin dejar de abrazarla, mirándola a los ojos–. Perdóname por haber sido tan insensible. Déjame intentarlo otra vez. No sé si podré lograrlo, pero voy a poner todo mi empeño en ello.

Ella le dirigió una trémula sonrisa, pero sus ojos estaban aún empañados de tristeza.

–Todo esto quizá le suene a superstición a un hombre como tú, acostumbrado a tratar sólo con evidencias. No quiero que nada me prive de la oportunidad de ser feliz que se me presenta ahora. Llevó muchos años esperando y deseando ser madre. Cuando miro a Bronte, siento envidia de ella. Cuando paseo por la calle y veo a mujeres que tienen dos y tres hijos, me entran ganas de llorar de frustración, pensando que yo no he sido capaz de tener eso a lo que la mayoría de las personas no le da ninguna importancia, porque creen que tener un hijo es la cosa más normal y natural del mundo.

–Lo conseguiremos, Maya –dijo él, acariciándole tiernamente las muñecas con las yemas de los dedos.

–Siempre estás muy seguro de conseguir todo lo que deseas –dijo ella con la voz apagada.

–No siempre he conseguido todo lo que quería –dijo él, pensando con amargura cómo se había sentido aquel día que había encontrado en el escritorio su nota de despedida.

Giorgio había vuelto a encubrir sus sentimientos, como hacía siempre que le abrumaba algún problema. Se había comportado como un autómata, como si el divorcio fuese un negocio molesto que había que manejar con gran profesionalidad. Pero, por dentro, se había sentido frustrado y herido en su orgullo. Había fracasado en su matrimonio y medio mundo iba a enterarse de su fracaso porque no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

El naufragio de su matrimonio había servido de carnaza para las revistas del corazón y para llenar los bolsillos de periodistas sin escrúpulos que preferían el sensacionalismo a la información.

–Sin embargo, casi siempre consigues salirte con la tuya –dijo Maya–. Como conseguir que volviera contigo, por ejemplo. No estabas dispuesto a recibir un no por respuesta, ¿verdad?

–Es cierto –replicó él, llevándose sus manos a la boca y besándolas con ternura–. Pero después de todo, tú también te sientes a gusto conmigo, ¿no?

Maya sabía que no podía llevarle la contraria, que no podía darle una respuesta que no fuese la que él esperaba. Por eso decidió alzar la cabeza y disfrutar de su presencia, entregándose al sueño de pensar que esa vez todo saldría bien, tal y como ella había deseado.

Capítulo 15

EL acto benéfico, que se celebraba habitualmente todos los años, comenzó con una intervención de Giorgio en la que expuso el trabajo que se estaba haciendo en el orfanato que su fundación había construido en África. Oveja Negra

Maya escuchó embelesada sus palabras. No sabía que él estuviera involucrado hasta ese extremo en aquel gran proyecto solidario.

Sintió que se le encogía el corazón al ver proyectadas en la pantalla las imágenes conmovedoras de unos niños muy pequeños con los ojos negros y brillantes. Habían perdido a sus padres durante la guerra civil de su país y no habrían tenido ninguna oportunidad de sobrevivir de no haber sido por la generosidad de personas como Giorgio y de su equipo de voluntarios. Los niños estaban recibiendo un cuidado esmerado a la espera de su adopción. Recibían educación, tenían juguetes y ropa, y hacían excursiones, cosas que no habrían sido posibles sin el esfuerzo, la dedicación, y por qué no decirlo, las grandes sumas de dinero, que Giorgio había puesto en el proyecto.

Maya sintió, viendo todo aquello, lo ingrata y desagradecida que había sido. Ciertamente, ella no había sido capaz de tener un hijo, pero había millones de niños huérfanos en el mundo que darían cualquier cosa por tener a alguien que les diese un poco de amor y de atención, que les ofreciese, en suma, una segunda oportunidad en la vida.

Decidió en aquel mismo instante unirse a la fundación de Giorgio. Estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar a aquellos niños huérfanos a rehacer su vida.

Cuando terminó su exposición, Giorgio volvió a la mesa. La orquesta comenzó a tocar en ese momento y Giorgio le preguntó si quería salir a bailar.

–Me gustaría mucho –dijo ella juntando su mano derecha con la izquierda de él y acoplándose entre sus brazos como si fuera la primera vez que estuviera entre ellos.

Siguió sus pasos por la pista guardando el ritmo y el compás con la misma naturalidad que si fuera una bailarina de salón profesional.

Tras unas vueltas rápidas, ella lo miró fijamente. En sus ojos podía verse el amor y el respeto que sentía hacia él en ese momento.

–¿Por qué no me hablaste de tus actividades benéficas con esos niños? No he sabido hasta ahora que patrocinabas económicamente todo ese proyecto tan ambicioso. Había oído hablar de él muchas veces en los últimos meses, pero no pensé ni por un momento que tú fueras su fundador.

Giorgio, con una serie de giros y desplazamientos muy habilidosos, se alejó, bailando con ella, del campo de acción de un reportero que quería sacarles una foto.

–Me surgió la idea pensando en tu infancia.

¿Cómo era posible que no hubiese habido nadie en tu familia que se hiciera cargo de ti, además de esa tía abuela soltera?, me preguntaba. Llegué a la conclusión de que debía haber millones de niños en circunstancias parecidas, si no peores. Pensé que, si no podía tener hijos de mi propia sangre, podría hacer algo por los que habían tenido la fortuna de venir al mundo pero la desgracia de no tener a nadie que se hiciese cargo de ellos. Ha sido el proyecto que más satisfacciones me ha dado en la vida. Ver la luz que ilumina esas pequeñas caras cuando les llevo regalos, juguetes o ropa es algo indescriptible. Me hace sentirme como si fuera el padre de miles de niños.

Maya estaba tan emocionada, que no pudo contener las lágrimas.

–¡Qué orgullosa me siento de ser tu mujer! ¿Me dejarás ir contigo alguna vez a conocer a esos niños?

Él la estrechó entre sus brazos de forma protectora.

–Mi bella y adorable esposa no va a ir a ninguna parte hasta que no nazca nuestro hijo. ¿Me has entendido?

–Pero Giorgio, yo quiero formar parte de tu vida y de este proyecto en particular. Lo necesito.

–Está bien, en ese caso pasarás a formar parte de él, pero yo pondré las condiciones. No quiero que asumas ningún riesgo en tu embarazo. No te dejaré que vayas a ningún país que esté en guerra o no goce de un sistema sanitario adecuado.

–Si no estuviera embarazada, ¿me dejarías ir contigo? –preguntó ella.

Giorgio la miró largo rato con gesto de recelo antes de contestar.

–No, tampoco.

–Pero, ¿por qué?

–Vamos, Maya –dijo el tomándola de la mano y llevándola fuera de la pista de baile.

–¿A dónde vamos?

–A casa –respondió él, deteniéndose un instante en el guardarropa para recoger los abrigos.

Maya se sentó en la parte de atrás de la limusina. Giorgio, a su lado, miraba por la ventanilla con gesto muy concentrado y pensativo.

–¿Ocurre algo? –preguntó ella.

–No, no pasa nada –replicó él, sin mover un músculo de la cara.

–Giorgio no comprendo por qué te has puesto tan serio de repente. Todo lo que te he pedido es poder ir contigo alguna vez en el

futuro.

Él se volvió entonces y la miró con una expresión adusta.

–Olvídalo. Te lo prohíbo terminantemente.

–Es por el bebé, ¿verdad? –dijo ella con cierto resentimiento–. No quieres que le pase nada a tu hijo.

–Por supuesto que no. Ni a ti tampoco.

Maya decidió refugiarse en el silencio, mientras el conductor de la limusina les llevaba de vuelta a la villa.

Nada más entrar, Giorgio dejó el abrigo en el sofá que encontró más a mano y se volvió hacia ella.

–Sé que piensas que lo único que me interesa es tener un heredero. Cuando miro hacia atrás, comprendo que hayas llegado a esa conclusión. Nunca te he demostrado abiertamente lo que sentía por ti.

–No hay nada malo en querer tener un hijo –dijo ella, tratando de disimular la emoción que empezar a sentir–. Yo también lo deseo.

–Maya, tú te mereces mucho más de lo que te puedo dar. Cuando miro a Luca y a Bronte y veo cómo abren su corazón y sus sentimientos el uno al otro, siento que te he defraudado, si no menospreciado. Me casé contigo por conveniencia y, cuando me abandonaste, te dejé marchar como un estúpido. Aún no me puedo creer que hiciera una cosa así.

Maya se aclaró la garganta antes de responderle.

–Los dos éramos muy desgraciados, Giorgio. No tenía ningún sentido continuar así. Tú no me amabas y yo…

–No lo digas –le cortó él.

–¿Que no diga qué?

–No quiero oírte decir que no me amabas. No creo que pudiera soportarlo. Especialmente, ahora.

–No iba a decirte eso –dijo Maya–. Siempre te he amado. Sé que crees que yo era una chica inmadura, cegada por tu riqueza. Es probable que tengas razón. En lo de inmadura, quiero decir. No supe comprenderte, no supe darme cuenta de que era más importante lo que callabas que lo que decías. Ahora veo lo mucho que te preocupabas por todos y, en especial, por tu familia. Y lo hacías, no por obligación, sino por amor. Las necesidades de los demás eran para ti más importantes que las tuyas propias. Por eso te amo ahora incluso más que antes.

Giorgio se acercó a ella y le tomó las manos entre las suyas.

–No sé cómo puedes seguir amándome cuando te he defraudado y decepcionado tantas veces.

Maya consiguió sonreírle, a pesar de las lágrimas que empezaban a rodar por sus mejillas.

–Yo también te defraudé a ti. Nunca nos dijimos lo que

sentíamos el uno por el otro. Siempre te eché la culpa de eso, pero ahora me doy cuenta de que debí haber sido más sensible y comprender por lo que estabas pasando. Sufriste mucho cuando perdimos a nuestros bebés, trataste de disimularlo para protegerme, igual que hacías con tu familia. Y no lo hacías por orgullo, sino por amor.

Él la acunó entre sus brazos como si fuera una niña. Y ella se sintió apretujada contra aquel cuerpo, pero no le importó porque era precisamente allí donde deseaba estar.

–Te amo, *cara* –dijo él–. Sé que tal vez no me creas, pero es verdad. Me avergüenza pensar que pude casarme contigo sin amarte, pero de alguna forma fue algo muy provechoso para mí, pues casándome contigo aprendí a conocerte y a darme cuenta de lo que de verdad sentía por ti –hizo una pausa y se apartó un poco de ella para poder mirarla a los ojos–. Tú te tomaste nuestro matrimonio mucho más en serio que yo. Pensé con arrogancia que todo saldría según los planes sin pensar en los problemas que podrían surgir. No supe hacerte feliz. No pude darte un hijo. No supe hacer las cosas como es debido. Y para colmo, cuando te marchaste de mi lado, te dejé ir cuando debería haberme puesto de rodillas delante de ti para que me dieras otra oportunidad.

–¡Oh, cariño! –exclamó ella, abrazándose a él–. Los dos cometimos muchos errores. Pero lo importante es que ahora estamos juntos de nuevo.

–Sí, pero sólo por un azar del destino –replicó él acariciándole las mejillas–. ¿Qué habría pasado si yo no te hubiera pedido que subieras conmigo a la habitación aquella noche de la boda de Bronte y Luca para ultimar los detalles de nuestro divorcio? ¿Qué habría pasado si tú, en vez de subir, me hubieras mandado al infierno? Habríamos desperdiciado esa oportunidad. Habríamos arruinado nuestras vidas.

–Yo subí a tu habitación porque no podía más –dijo ella acurrucándose entre sus brazos–. Te echaba mucho de menos. Creo recordar que la excusa que puse fue que quería quedarme con Gonzo. La verdad es que era el último lazo que me unía a ti.

–¿Pensabas irte de verdad a vivir a Londres? –preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

–Habíamos llegado a un punto en que pensé que la única solución posible era marcharme. La prensa me recordaba a cada momento lo que estabas haciendo. Era superior a mis fuerzas. Tenía que irme si quería olvidarte.

Giorgio retiró las manos de sus mejillas para poder abrazarla mejor.

–No quiero decirte cómo me sentí cuando vi en los periódicos

aquel artículo sobre ti y ese tal Herringbone. Estuve maldiciendo y despotricando por todas partes durante días. Nadie quería estar a mi lado. Ni yo mismo me soportaba.

Maya sonrió mientras apoyaba la mejilla sobre su pecho. No se preocupó esa vez de decirle que no era Herringbone sino Herringtone, porque tuvo el presentimiento de que ese nombre no iba a volver a salir nunca más en una conversación entre ellos.

–Nunca habría acudido a esa cita estúpida si no me hubiera sentido tan desgraciada. Estaba tan celosa de esa modelo…

–Maya. Debes creerme cuando te digo que nunca he tenido nada con esa mujer. Era insustancial y vanidosa. Sólo consiguió hacerme ver con mayor claridad lo que de verdad sentía por ti. Comprendí entonces lo equivocado que estuve obligándote a dejar tu trabajo, sin importarme el sacrificio y la renuncia que suponía para ti.

–Tú no me obligaste a renunciar a mi trabajo –replicó ella–. Pensé simplemente que eso era lo que tu familia y tú esperabais de mí.

–Lo que viene a ser lo mismo –dijo él–. Quiero hacerte feliz, *cara*. Si deseas dar clases, me parecerá bien. Haré todo lo que esté en mi mano para que puedas continuar tu carrera, si es eso lo que deseas. Sólo tienes que prometerme que no volverás a dejarme nunca más.

–No pienso a ir a ninguna parte –dijo ella con una sonrisa de felicidad–. Me siento muy feliz donde estoy.

Cinco meses y medio después, Maya contemplaba al hijo que tenía en los brazos y sintió como si el corazón no le cupiera en el pecho. Era un milagro. Aunque había habido algunas pequeñas dificultades en el parto, el niño había llegado al mundo perfectamente, con todos los dedos de las manos y los pies en su sitio, con su naricilla y su pequeña mandíbula tan parecida a la de su padre. Tenía también unos buenos pulmones, de eso no cabía duda a juzgar por lo que se le oía en toda la clínica.

Giorgio no había dejado de llorar desde que había visto a Maya dando a luz a su hijo. Él mismo había cortado el cordón umbilical y sabía que nunca podría olvidar el momento en que había visto aparecer la cabeza de su hijo.

–¿Puedes creerlo? –dijo ella con una sonrisa llena de orgullo mientras el movía la cabeza con gesto negativo, incapaz de hablar–. ¿Cómo vamos a llamarle? –le preguntó ella, mirando embelesada al bebé que había dejado ahora sobre su pecho.

Giorgio se aclaró la garganta antes de decir nada.

–No podemos andar perdiendo el tiempo discutiendo esas cosas –replicó él–. Nuestro pobre hijo no tiene nada que ponerse. Tendré que salir a comprarle ropa.

Maya lo miró con aire avergonzado.

–La verdad es que… le compré un par de cosas la semana

pasada. Bronte me llevó de compras y no pude resistirme.

Giorgio le apartó el pelo que le caía por la cara.

–Veo que al final recobraste la confianza y dejaste a un lado tus supersticiones,

–Sí, tenía confianza en que tú me seguirías amando pasase lo que pasase.

Giorgio se inclinó hacia ella y la besó en la boca dulcemente.

–Te lo dije, *cara*. El bebé es un bonus, un extra.

Un bonus precioso y maravilloso para una relación que vale para mí más que todo el oro del mundo.

–Te amo, Giorgio –dijo ella sin poder contener las lágrimas de alegría. Él sonrió y le enjugó las lágrimas con las yemas de los dedos.

Yo también te amo, mucho más de lo que se puede expresar con palabras. Nunca dejaré de amarte.

El bebé se puso a llorar al perder contacto con el pezón del que se estaba alimentando. Maya le ayudó a encontrarlo de nuevo y contempló feliz a su hijo, que parecía haber nacido con bastante hambre. Luego, miró de nuevo a Giorgio.

–¿Cómo le llamaremos entonces? –preguntó ella–. ¿Tienes alguna sugerencia? Giorgio pasó un dedo suavemente por la pequeña cara sonrosada de su hijo.

–¿Qué te parece Matteo? –dijo él.

–Mmm… Me gusta –replicó Maya–. ¿Qué significa?

–Significa, regalo de Dios –respondió él.